

JUAN ANTONIO
CEBRIÁN

LA AVENTURA DE
LOS ROMANOS

EN HISPANIA



se

Año 218 a.C.: dos legiones romanas bajo el mando de Cneo Escipión desembarcan por sorpresa en la península Ibérica. Tienen como objetivo cortar las vías de suministro de los cartagineses, una estrategia más en el transcurso de la segunda guerra púnica, que enfrentó a Roma y a Cartago por el control del Mediterráneo occidental. Será el primer movimiento en un larguísimo proceso que culminará con la invasión y la colonización de Hispania, uno de los territorios más codiciados por Roma, y uno de los últimos en someterse totalmente a su poder.

Fueron necesarios dos larguísimos siglos de lucha sin cuartel para doblegar el ánimo belicoso e inquebrantable de íberos, celtíberos, lusitanos, cántabros... En ese tiempo, la potencia latina utilizó el suelo hispano como escenario de sus guerras civiles y como fuente inagotable de recursos naturales y humanos para el Imperio. Debido a ello, la península fue completamente romanizada y la impronta latina terminaría por definir el carácter de los habitantes de estas tierras.

En *La aventura de los romanos en Hispania* nos encontramos con la epopeya y sus héroes legendarios, como el estratega Aníbal, guerreros como Viriato, el carismático líder Escipión, el incomparable genio militar de Julio César, y las figuras de dos andaluces, Trajano y Séneca, emperador y maestro de emperadores... Y también con acontecimientos que ocupan un lugar ineludible en los anales de la historia universal, como la violenta conquista de Sagunto tras ocho meses de asedio, los elefantes de Aníbal atravesando la península en su camino a la metrópoli romana, la heroica resistencia y el sacrificio de Numancia, la Pax Romana que alcanzó todas las orillas del Mediterráneo gracias a Octavio Augusto...



Juan Antonio Cebrián

La aventura de los romanos en Hispania

ePUB r1.0

Perseo 27.02.13

Título original: *La aventura de los romanos en Hispania*
Juan Antonio Cebrián, 2004
Retoque de portada: Perseo

Editor digital: Perseo
Corrección de erratas: xlakra
ePub base r1.0



Este libro está dedicado a mi hijo Alejandro, futuro guerrero de la paz y defensor de la tolerancia y armonía entre los pueblos. Él y los de su generación serán los depositarios de los mejores valores humanos que nos harán avanzar a pesar de todo por este brumoso siglo XXI. Esa es mi esperanza.

AGRADECIMIENTOS

Este libro de divulgación histórica sobre la conquista romana de la península Ibérica no hubiese sido posible sin obras maravillosas escritas por los historiadores de la Antigüedad, por ello deseo agradecer con sincera emoción los trabajos de Tito Livio, Polibio de Megalópolis, Estrabón, Amiano Marcelino, Apiano de Alejandría, Plutarco, Valerio Máximo, Dión Cassio, Diodoro, Floro, Frontino, Polieno, Eutropio, Orosio, Zonaras o Marcial. Por último quiero expresar un agradecimiento especial al alemán Adolf Schulten que, si bien no es de mi simpatía, no deja de ser uno de los mayores expertos mundiales en tribus autóctonas de la península Ibérica.

Debo confesarles que, leyendo los trabajos de los anteriormente citados e intentando traducirlos a un lenguaje moderno y asequible, agoté todas las reservas de aspirinas. Créanme que mereció la pena.

INTRODUCCIÓN

La historia de España es una de las epopeyas más interesantes de la cronología humana, especialmente el período que se refiere a la Edad Antigua en la península Ibérica. En ella encontramos aspectos tan interesantes y épicos que despiertan la curiosidad de numerosos investigadores.

En mi caso particular, confieso, sin tapujos, que este capítulo de nuestro periplo histórico es uno de mis favoritos. Siempre quise saber qué sintió Aníbal ante su ejército posicionado en las llanuras de Cartago Nova en los instantes previos a marchar sobre Roma atravesando los Pirineos, Alpes y Apeninos en una aventura sin parangón en su época. En aquellas filas cartaginesas y mercenarias se integraban gentes de distintos orígenes, predominando íberos y celtíberos de la península Ibérica. Fue, desde luego, un momento único para el mundo, y esa gesta nació en estos pagos.

También me hubiese gustado vivir la sensación que experimentó Cneo Escipión cuando, en 218 a.C., puso pie en Iberia al frente de dos legiones dispuesto a cortar las vías de suministro cartaginesas y, de paso, cambiar el antiguo nombre griego de la Península por el romano de Hispania.

Batallas, alianzas con las tribus aborígenes, deserciones en masa de los mercenarios antes de los combates decisivos, ofensivas, contraofensivas, enfermedades, hambrunas, luchas enconadas por el control de los fértiles valles fluviales; ése fue, en definitiva, el desarrollo de los acontecimientos iniciales en el intento romano por invadir y, posteriormente, colonizar nuestra tierra.

La expansión por el oriente levantino y las zonas meridionales de la península Ibérica; el choque brutal con las tribus celtíberas en un sinfín de largas, crueles y agotadoras guerras; la bravura de los guerrilleros hispanos frente a la demoledora maquinaria bélica romana, y la resistencia de astures y cántabros convirtiendo sus castros, montañas y bosques en el campo de batalla final por su libertad. Todo esto hizo necesario el empleo de muchas legiones para doblegar el espíritu de independencia albergado por aquellos guerreros aferrados a sus tierras, creencias y tradiciones. Un claro ejemplo lo constituye la defensa a ultranza que los autóctonos realizaron en algunas de sus ciudades: Sagunto, Numancia, Calagurris...

Les invito a descubrir nuestro deslumbrante tránsito por el mundo antiguo, donde encontrarán personajes como el genial Aníbal, quien llevó a la todopoderosa República romana a una guerra en su propio territorio; la familia Escipión, que intervino decisivamente en los asuntos de Hispania y protagonizó alguno de los episodios de imperecedero recuerdo, como el asedio y toma de Numancia; la visita de algunos ilustres romanos, como fueron Catón el Viejo, Sempronio Graco, Quinto Sertorio, Pompeyo, Julio César o el primer emperador, Octavio Augusto. Ellos se impregnaron de la magia hispánica hasta el punto de considerar esta provincia —que tanta sangre y esfuerzo le había costado a Roma— la perla más preciada, primero, de la República y, posteriormente, del Imperio.

Conoceremos a los héroes de la resistencia tribal al invasor: hombres como Indíbil y sus feroces ilergetas, Viriato y sus bravos guerrilleros lusitanos, o el indomable jefe cántabro Corocota, que consiguieron con sus hazañas atravesar los siglos.

Hispania supuso una fuente constante de recursos humanos y materiales para la potencia latina. Materias primas como trigo, aceite, vino y salazones; productos mineros extraídos de importantes yacimientos peninsulares y tropas en origen mercenarias y, más tarde, auxiliares de las legiones, propiciaron un acercamiento progresivo y real a la más absoluta romanización.

En efecto, la Hispania imperial se siente plenamente romana; aporta intelectuales como Séneca, Lucano, Marcial o Quintiliano, y emperadores de acreditada valía como Trajano, Adriano o Teodosio; a cambio recibe la luminosidad del Imperio más grande que vieron los tiempos: su idioma, su derecho legislativo, su forma de entender el urbanismo, la administración y, finalmente, el camino común de la religión. En resumen, Roma forjó la raíz de nuestra idiosincrasia.

En este libro encontrarán los momentos apasionantes que jalonaron dos siglos de dura conquista. Déjense llevar por la imaginación y participen en los principales escenarios de aquellas tan emocionantes centurias. Sean testigos privilegiados de batallas decisivas, trascendentales alianzas y mestizajes inevitables entre romanos e hispanos.

Mi único propósito es que ustedes sigan disfrutando con mis obras divulgativas. Este trabajo sigue la línea de mis anteriores escritos, *La aventura de los godos* y *La cruzada del sur*, aunque en verdad, Hispania supone el primero de la saga. Sólo me resta desearles buenos momentos históricos al calor de lo que cuenta mi nuevo libro. Como siempre dije, acercarnos a la historia es tomar contacto con la auténtica realidad de nosotros mismos.

I

EL SUEÑO DE IBERIA

Durante más de un siglo, cartagineses y romanos pugnaron por el control del Mediterráneo occidental, librando tres guerras que atemorizaron al mundo conocido. La principal batalla entre las dos potencias tuvo como escenario la península Ibérica.

EL FULGOR DE CARTAGO

Año 218 a. C: tras nueve meses de implacable asedio, las tropas cartaginesas de Aníbal Barca se disponían a asestar el golpe definitivo a la angustiada ciudad de Sagunto. Habían sido semanas de incertidumbre en las que la mejor maquinaria bélica de la época se empleó a fondo con el fin de doblegar la heroica resistencia de los saguntinos, fieles aliados del secular enemigo romano.

El genial estratega púnico quería acabar de una vez por todas con aquel obstáculo tan incómodo para sus objetivos. Torres de asalto, catapultas y los mejores soldados reclutados en los territorios norteafricanos e ibéricos se disponían a entregarle una gran victoria. Por su parte, los defensores de la plaza no estaban dispuestos a sufrir una rendición tan poco honrosa para su forma de entender la vida. Roma no enviaba los ansiados refuerzos, pero poco importaba ya: Sagunto mantendría su palabra hasta el final. Y ahora, ese momento había llegado.

En una desapacible mañana de invierno mediterráneo, Aníbal ordenó un ataque total sobre las últimas posiciones saguntinas. Previamente, la artillería pétreo había barrido de las murallas a sus escasos defensores. Cientos de nómadas africanos se empleaban con denuedo en el derribo de esas mismas paredes. Por un sinfín de grietas, los mercenarios cartagineses irrumpieron con la determinación de la victoria y las ansias por obtener el presunto botín que aumentaría sus siempre menguados patrimonios.

En el interior de la ciudad, los supervivientes, exhaustos, tomaban la decisión final de morir combatiendo al enemigo. En el centro del último bastión crearon una inmensa pira donde fueron a parar todos los objetos de valor. Los heridos o incapacitados para la lucha se suicidaron, y unas pocas decenas de guerreros saguntinos tomaron las armas para iniciar una desesperada carga sobre los invasores. Éstos, aunque sorprendidos por la bravura demostrada, apenas tardaron unos pocos minutos en acabar con ellos. Sagunto había caído y Aníbal contemplaba el resultado de su victoria: murallas, casas y palacios en completa ruina; cientos de cadáveres, entre ellos los cuerpos de mujeres y niños, sembraban las calles, el fuego lo cubría todo y decenas de prisioneros se convirtieron en esclavos de la soldadesca. Una

victoria pírrica sin duda alguna, pero trascendental para la historia, pues, aun sin saberlo, ése fue el detonante que abocaría a Cartago a un tremendo final.

Las noticias del desastre llegaron a Roma. El temor al ataque cartaginés provocó un profundo desasosiego y un largo debate entre los senadores del incipiente poder. Tras arduas deliberaciones se tomó la decisión de enviar mensajeros a la metrópoli africana para pedir explicaciones sobre el hecho.

Los delegados romanos se plantaron ante el consejo cartaginés de los sufetes con dos opciones; uno de los embajadores, cuyo nombre era Fabio, habló en estos términos: «Aquí os traemos la paz y la guerra. Elegid lo que queráis». Si Cartago elegía la paz, debería entregar las cabezas de Aníbal y sus oficiales por la ofensa cometida contra Roma en la destrucción de su aliada Sagunto. Si en cambio se optaba por la guerra, sería un momento definitivo para las dos potencias dominantes del Mediterráneo occidental. Los sufetes, que todavía recordaban la humillación de su derrota en la primera guerra púnica, exclamaron: «No nos importa lo que tú prefieras». Fue entonces cuando el romano, alarmado por lo que estaba escuchando, gritó: «Tendréis guerra». A lo que los gobernantes de Cartago replicaron: «Lo aceptamos, y con el mismo espíritu lucharemos hasta el final». De esa manera tan abrupta estalló la segunda guerra púnica entre romanos y cartagineses, dando paso a 7 años de combates que, sin lugar a dudas, marcaron el destino de la península Ibérica. En el verano de ese mismo año, Cneo Cornelio Escipión ponía pie en la antigua Iberia al mando de dos legiones romanas. Era el principio de la presencia y dominación de la emergente potencia latina sobre Hispania, que se prolongaría 627 años.

Pero volvamos al origen de esta hermosa historia, sepamos algo más sobre los albores de la conquista romana de Hispania en un tiempo entroncado con tradiciones paganas, luchas por la supervivencia y amor a la tierra natal.

Hace más de tres mil años, la península Ibérica estaba poblada por más de cien entidades tribales, entre las que sobresalían grupos de celtas e íberos. Cada comunidad mantenía su propia forma de vida y de muerte; lo más parecido a un reino se llamaba Tartessos, una enorme y compleja sociedad estructurada en torno a las extracciones de mineral y al comercio con los pueblos del mar.

Hacia el 1100 a.C., los fenicios se establecieron en el sur de la Península fundando Gades (Cádiz), una pequeña ciudad donde tan sólo se podían ver un puerto, un mercado y algunas casas pertenecientes a los primeros colonos. En aquellos años el intercambio comercial con las poblaciones aborígenes era incesante.

Los fenicios fueron durante siglos los grandes mercaderes del mundo antiguo; sus experimentadas naves practicaban el cabotaje por todas las costas del Mediterráneo y

aún más allá, pues sabido es que afrontaron con decisión la exploración atlántica por las latitudes europeas y africanas.

Precisamente, en sus frecuentes contactos con la península Ibérica dieron a ésta un curioso nombre, *Span* o «tierra de conejos». La verdad es que no eran conejos lo que venían a buscar a estas tierras sino el codiciado producto extraído de los riquísimos yacimientos minerales.

Tras la fundación de su primera colonia peninsular se crearon nuevos establecimientos mercantiles en diferentes puntos del sureste, Levante y Baleares.

Entre los siglos XI y IX a.C., las relaciones comerciales de las metrópolis fenicias Tiro y Sidón con sus colonias mediterráneas no pudieron ser mejores. Por entonces un producto ibérico hacía furor por todo el mundo conocido; nos referimos al *garum*, una especie de salsa espesa de pescado que sirvió para condimentar toda suerte de gastronomías muy acostumbradas a la contundencia de rotundos sabores. En efecto, las conservas y salazones de la península Ibérica cobraron merecida fama en todo el arco mediterráneo.

Los asiáticos, celosos rivales de los griegos, llegaron a fantasear terribles leyendas sobre dónde se encontraba el fin del mundo conocido. Se llegó a decir que superar las columnas de Hércules en el estrecho de Gibraltar supondría, para los arriesgados aventureros, nada menos que la muerte en un infierno lleno de bestias y peligros. Es curioso cómo estas historias destinadas a salvaguardar el monopolio comercial fenicio perduraron a lo largo de los siglos en el inconsciente colectivo de los pueblos de mar. Esas tretas y la indudable habilidad empresarial fenicia permitieron el trasiego durante siglos de naves que transportaban ánforas repletas de comestibles ibéricos, así como de vinagres, vinos, etc.

Hacia el año 800 a.C. se fundó Cartago en los territorios de la actual Túnez. Según cuenta la leyenda fue Dido, una hermosa princesa de Tiro, la que en compañía de algunos fieles seguidores llegó a esos lares para iniciar la construcción de una nueva ciudad, a la que llamaron *Kart Hadasht*, que luego los griegos tradujeron por *Karchedon* y los romanos por *Cartago*.

En el siglo IV a.C., Alejandro Magno barrió del mapa a las orgullosas capitales fenicias y quedó como principal depositaria del monopolio comercial fenicio la cada vez más influyente colonia africana. Cartago fue una de las ciudades más hermosas del mundo antiguo; no era muy populosa, tal vez contaba unos pocos miles de habitantes que moraban tras los imponentes muros construidos para su protección. En el interior se levantaban edificios de hasta 12 plantas y lujosos palacios que albergaban a una clase dominante proveniente de las antiguas urbes fenicias.

Pero sobre todo destacaba su impresionante puerto marítimo, donde se podían amarrar 220 buques de variado calado y tonelaje. El centro de la ciudad estaba a su vez protegido por tres líneas de fortificaciones en las que se podían distribuir hasta 20.000 soldados mercenarios con 4.000 caballos y 300 elefantes adiestrados para el combate. Como vemos, el poder de Cartago era más que evidente, y todo gracias al trabajo de unos incansables negociantes que sabían sacar rendimiento a cualquier cargamento por extraño que fuera.

Los fenicios eran de raíz semita y hablaban un idioma muy parecido al hebreo. Según los cronistas romanos, era gente de modales exagerados, tez cetrina y largas barbas sin bigote. Amantes de la buena mesa, se entregaban a juergas sin fin tras haber concluido algún trato comercial. No olvide el lector que estos datos han sido aportados fundamentalmente por historiadores romanos, es decir, enemigos declarados de los cartagineses, y no es de extrañar que hablaran con desprecio de aquellos a los que combatían. Por desgracia, las bibliotecas de Cartago se perdieron para siempre después de la destrucción total que sufrió la ciudad en el siglo II a.C., y eso nos privó de un mejor conocimiento acerca de un pueblo pionero en las comunicaciones internacionales. Quién sabe adónde llegaron las exploraciones marítimas fenicias. Lo cierto es que, en el siglo IV a.C., la colonia de Cartago quedó como única heredera de aquellos incansables empresarios de la antigüedad.

En esos tiempos los cartagineses manejaron papel moneda con el apoyo de unas arcas estatales repletas de oro; tengamos en cuenta que, además de los beneficios comerciales, Cartago recibía el tributo de algunos reinos vasallos.

Por otra parte, floreció la agricultura, siendo el cartaginés Magón el maestro que supo sacar un vergel de donde antes hubiera desierto. En efecto, los cultivos cartagineses de vid, cereales y árboles frutales fueron los más famosos de su época, y todos, incluidos los romanos, aprendieron esas nuevas técnicas de siembra y riego que tanto mejoraron el rendimiento de los campos mediterráneos.

Cartago crecía casi sin oposición. Desde Cerdeña a Gibraltar, sus naves mantenían un férreo control marítimo; pocos barcos osaban navegar por las zonas de influencia cartaginesa, so pena de ser abordados y hundidos —sin que mediara provocación alguna— por los invencibles quinquerremes púnicos, auténticos acorazados de la época. No obstante, ese poder iba a ser eclipsado por Roma, una flamante potencia surgida en la península Itálica y que, en el siglo III a.C., se encontraba en plena etapa republicana.

En ese tiempo Roma ya había sometido a todas las tribus vecinas y empezaba a pensar en su expansión por el Mediterráneo. Ante Roma sólo había un enemigo

visible, y ése no era otro que Cartago.

Desde finales del siglo VI a.C., las relaciones entre las dos potencias habían sido más o menos pacíficas. Las limitaciones territoriales romanas y la falta de ambición imperial por parte de Cartago facilitaron algunos tratados de no injerencia en los asuntos propios de cada uno. Pero en el siglo III a.C. la situación iba a dar un giro de 180 grados. Los cartagineses mantenían diversos intereses en la isla de Sicilia, donde, además de las consabidas colonias, disfrutaban de fructíferas afianzas con algunas ciudades locales. Los romanos, temerosos ante el poder cartaginés, decidieron construir una magnífica flota copiando el modelo de los que ya entendían como rivales a batir. Esta decisión disgustó a los magnates norteafricanos, los cuales empezaron a recelar de aquellos romanos aspirantes a todo, en un universo que parecía debía obedecer sólo las órdenes del comercio púnico.

En el año 264 a.C. sucedió lo inevitable. Se inició la primera guerra púnica, que duraría veintitrés agotadores años, con un resultado humillante para Cartago, que tuvo que asumir, además de la derrota militar, las pérdidas de Sicilia y Cerdeña con un desorbitado pago de impuestos por los gastos ocasionados durante la guerra. En definitiva, esta primera contienda entre romanos y cartagineses dejaba a los segundos casi como tributarios de los primeros y, por si fuera poco, debían asumir su pérdida de hegemonía en los principales puertos mediterráneos.

Tras la derrota, miles de mercenarios contratados para esa guerra regresaron a Cartago dispuestos a cobrar su paga. Al frente de esa tropa de fortuna viajaba Amílcar Barca, uno de los pocos militares cartagineses que había salvado la honra gracias a su talento y habilidad estratégica.

LA GUERRA DE LOS MERCENARIOS

Amílcar recibió por sus méritos militares el sobrenombre de «Barca», que en lengua fenicia significaba «rayo» o «fulgor». En 241 a.C., el consejo de gobierno de Cartago se enfrentaba a la ruina más absoluta del Estado, los gastos bélicos superaban con creces cualquier expectativa, se tenía que asumir la pérdida de la joya siciliana y, para mayor zozobra, 40.000 mercenarios empleados en la contienda exigían —al ser desmovilizados— sus pecunios atrasados de tantos años.

Los 300 senadores cartagineses asumieron con estoicismo todas las desgracias, menos la de pagar a la soldadesca contratada. Fue un grave error, ya que de inmediato se produjo una calamitosa sublevación que estuvo a punto de hacer desaparecer la otrora superpotencia mercantil. Tras la negativa al justo pago por los servicios prestados, surgieron entre los mercenarios algunos líderes, como Magón y Spendio, que condujeron a los descontentos hasta las mismísimas murallas de la metrópoli africana. La ciudad quedó sitiada, para mayor perplejidad de sus habitantes y gobernantes. Éstos, temerosos ante la previsible hecatombe, no dudaron en llamar al mejor de sus generales y, por otra parte, el único capaz de solventar con eficacia aquella angustiosa situación.

Amílcar dudó durante días si debía asumir el mando del ejército o no, pues a nadie se le escapaba que aquellos soldados que ahora exigían sus derechos ante las murallas de Cartago habían sido hombres que lucharon al servicio de la ciudad bajo el mando del militar que los tendría que combatir, y todo por la negligencia de unos senadores con alma de usureros.

Amílcar estaba triste. Bien sabía que aquello podía suponer el fin del poder púnico en el Mediterráneo, algo inimaginable hacía tan sólo unos meses: Cartago luchando contra sus propios ejércitos mercenarios, los mismos que le habían asegurado la hegemonía en esa parte del mundo durante tantos siglos.

Sin embargo, algo sucedió que terminó por acelerar la difícil decisión del estratega cartaginés. Una mañana del año 240 a.C., los mercenarios que sitiaban la plaza dispusieron frente a la misma a un grupo de prisioneros cartagineses, unos 700 incluyendo mujeres y niños. Sin mediar palabra, los sitiadores cortaron brazos y

piernas a las aterrorizadas víctimas y las empujaron a un foso que previamente habían excavado.

Una vez aquel grupo de inocentes estuvo en el interior, los insurrectos cubrieron la zanja, enterrándolos vivos.

La escena fue contemplada por los atónitos y encendidos ojos de Amílcar, el cual disipó cualquier titubeo anterior para asumir con decisión la dirección del ejército cartaginés. Era el momento de actuar. Cartago no podía, ni quería, consentir un insulto de esa envergadura. Con presteza se reclutaron todos los hombres disponibles para la lucha, incluso ancianos y adolescentes fueron sumados a ese contingente de urgencia. Durante semanas los más experimentados oficiales adiestraron con instrucción espartana a los 10.000 efectivos con los que se contaba.

En la ciudad todo el mundo era consciente de que Cartago se jugaba su «ser o no ser» en aquel cruel capítulo de la historia. Concluido el adiestramiento, se pasó revista a las tropas. Se iban a enfrentar a un ejército cuatro veces superior y más experimentado en el combate. A pesar de la adversa circunstancia, Amílcar supo infundir valor y agresividad en sus guerreros, les inculcó con maestría que la victoria era la única salida posible para la supervivencia de su pueblo, y con ese mensaje atravesaron las murallas de Cartago para combatir a los sorprendidos mercenarios. Los cartagineses plantearon un frente de combate total en el que no existía la retaguardia. El avance de Amílcar fue devastador, y en pocas jornadas los rebeldes fueron empujados hacia un valle donde se parapetaron a la espera de las oportunas negociaciones. Sin embargo, Amílcar no deseaba pactar ninguna tregua, limitándose a obstruir los pasos francos de aquella geografía con la ambición de agotar por hambre al enemigo. Durante meses los mercenarios resistieron como pudieron, acabaron con los víveres, sacrificaron los caballos y, finalmente, víctimas de la locura, terminaron por comerse a los prisioneros y a los esclavos. Al cabo de casi tres años los orgullosos soldados de fortuna se vieron reducidos a un famélico ejército de esqueletos. Cuando intentaron forzar su salida, los cartagineses sólo tuvieron que rematarlos, dando a sus líderes un terrible castigo en venganza por su osadía. Terminaba así la que fue calificada por Polibio como «la guerra más despiadada y sangrienta de la historia».

Con el sabor amargo de la victoria, Amílcar pensó en nuevos objetivos que aliviase la situación económica de Cartago, agravada por la inesperada conquista romana de Cerdeña. En el año 237 a.C. se debían adoptar decisiones trascendentales, de lo contrario Cartago sucumbiría ante el imparable avance de Roma. Fue entonces cuando el inteligente Amílcar expuso a los sufetes cartagineses la necesidad de conquistar la riquísima península Ibérica. Era el único modo de mantener a flote la

debilitada influencia de la cada vez menos preponderante heredera fenicia. Ese mismo año se organizó una expedición militar con el ánimo de sojuzgar a la antigua Iberia de los griegos.

AMÍLCAR Y LA CONQUISTA DE IBERIA

Durante siglos, griegos y fenicios se disputaron la autoridad sobre las riberas mediterráneas de la península Ibérica. A la antes mencionada fundación de Gades, los púnicos sumaron otras colonias, como Sexi (Almuñécar), Malaka (Málaga), Abdera (Adra), e incluso llegaron a tomar el control de algunos puntos de las Baleares, como Ibiza.

Por su parte, los griegos optaron por zonas más al norte, tales fueron los casos de Emporion (Ampurias), Rhode (Rosas) o Hemeroskopeion (Denia). Tras la irrupción de Roma, el litigio entre helenos y púnicos pasó a un segundo plano. Diferentes tratados entre la nueva potencia y Cartago (506 a.C.-348 a.C.) establecieron los ámbitos de actuación comercial para los dos colosos mediterráneos. El estallido de la primera guerra púnica tuvo las consecuencias que ya conocemos: Cartago, desprovista de sus mejores colonias septentrionales, se vio abocada a intentar ejercer el mando sobre el Mediterráneo meridional, y ahí se encontraba buena parte de la península Ibérica.

Por causas que desconocemos, en este tramo del siglo III Cartago había perdido buena parte de su influjo sobre Iberia, pero ahora resurgía con fuerza el interés por recuperar el dominio de esas latitudes bajo la espada de Amílcar Barca. Éste, en 237 a.C., consiguió apoyo y ejército suficiente para emprender una conquista territorial tan ambiciosa como vital para la supervivencia de la metrópoli africana. Ese mismo año se ultimaron los preparativos de la expedición.

Según cuenta la leyenda, el general condujo a su yerno Asdrúbal y a sus hijos Aníbal, Asdrúbal, Hannón y Magón al templo dedicado a Baal-Haman, deidad suprema para los cartagineses y de trágico recuerdo, pues en su boca de fuego murieron miles de niños sacrificados para aplacar su ira. En el recinto sagrado Amílcar animó a sus «leoncillos», como le gustaba llamarlos, para que jurasen odio eterno a la enemiga Roma, y así lo hicieron en un acto que marcaría sus vidas para siempre, en especial la del primogénito Aníbal, un niño de tan sólo nueve años que daría mucho que hablar.

Tras las protocolarias despedidas, el ejército cartaginés embarcó en sus naves zarpando rumbo a Iberia. El desembarco se produjo en Gades y pronto se vio

hostigado por la belicosidad de las tribus nativas. No sin esfuerzo, Amílcar y sus hombres avanzaron por el valle del Guadalquivir.

A pesar de su evidente inferioridad numérica, los púnicos, gracias en buena parte a las alianzas con algunos reyezuelos locales, pudieron superar con éxito los primeros meses de ofensiva peninsular. En este tiempo la principal oposición se encarnó en las tribus turdetanas, apoyadas por mercenarios celtas que llegaron del bajo Tajo. Finalmente, los reyes turdetanos Indortes e Istolatio fueron vencidos y muertos, lo que provocó que buena parte de sus guerreros dejara de luchar, siguiendo antiguas costumbres ibéricas. Amílcar se benefició, no sin sorpresa, de esta tradición, llamada *devotio*, por la cual los combatientes íberos seguían a su líder hasta la muerte.

La campaña militar se prolongó varios años, en los que los cartagineses operaron sin el apoyo de su metrópoli. A pesar de ese inconveniente, Amílcar supo seguir adelante obteniendo recursos y guerreros en una tierra cada vez menos hostil. Fundó Akra Leuka (Albufereta, Alicante), base de operaciones desde la que lanzar futuros ataques hacia el norte peninsular. Este asunto terminó por inquietar a las colonias factoría griegas, las cuales veían amenazada por momentos su propia existencia en aquel territorio tan querido por donde discurría el caudaloso río Iber (Ebro).

Amílcar, lejos de contenerse, siguió consolidando su dominio por el valle del Betis (Guadalquivir), el sureste peninsular y la zona de Levante. La expectativa inmediata para el cartaginés pasaba por lanzar nuevas expediciones hacia el interior peninsular. Mientras tanto, ¿en qué pensaba la impávida Roma? Resultaba claro que los cartagineses se estaban fortaleciendo en Hispania. Aunque lo cierto es que en ese período Roma bastante tenía con afrontar sus propios problemas de seguridad interna y externa. Aun así, atendieron la súplica de sus aliados griegos y enviaron en 231 a.C. una embajada con el cónsul Papirio, quien expuso sin tapujos sus temores al propio Amílcar. Éste escuchó la interpelación romana y, sin inmutarse, dijo: «Estamos aquí para poder pagar los impuestos que nos exigís, por tanto Roma no debe preocuparse». Desconocemos si esta frase fue convincente para el delegado romano. Parece que sí, pues regresó a su ciudad exponiendo a los senadores que Amílcar no representaba por el momento ningún peligro. En consecuencia, Roma dejó hacer a los cartagineses a la espera de seguir cobrando los magníficos impuestos de guerra. Una vez resuelto el incidente, Amílcar preparó sus próximas acciones bélicas. Y en una de esas batallas perdió la vida: ocurrió en la ciudad de Heliké (Elche o Elche de la Sierra), cuando los cartagineses esperaban confiados los refuerzos prometidos por Orissón, rey de los oretanos.

Lo que parecía un simple trámite se convirtió en una trampa mortal para cientos

de cartagineses, ya que los oretanos atacaron por sorpresa a sus presuntos aliados. En la refriega, Amílcar intentó vadear un río, con tan mala fortuna que cayó de su caballo y falleció ahogado.

ASDRÚBAL, CAUDILLO DE IBERIA

Las tropas púnicas honraron los restos fúnebres de su querido general, ése que con tanto acierto los había dirigido durante casi nueve años.

La situación parecía difícil para el ejército expedicionario pues, una vez desprovisto de su cabeza visible, ¿quién estaría capacitado para asumir el mando? La respuesta no se hizo esperar, volviéndose todas las miradas sobre Asdrúbal, yerno de Amílcar, un hombre muy bien preparado para afrontar el inquietante presente. Por aclamación popular, el joven militar fue elegido como jefe del contingente colonial. Una decisión que Cartago aceptó, más preocupada por seguir asegurando sus conquistas en Iberia que por otros motivos.

Asdrúbal se destapó con una brillantez inusual, optando por las alianzas con las tribus ibéricas antes que por la extenuante contienda contra las mismas. Hábilmente, se casó con una princesa local, lo que le granjeó la amistad de muchos pueblos nativos. Una vez más, la secular *devotio* peninsular se puso en marcha y fueron miles de guerreros íberos los que se sumaron a la causa de Asdrúbal, llamado «el Bello» por sus agraciados rasgos. Fue nombrado *strategós autokrátor*, es decir, caudillo de los ejércitos establecidos en Iberia. Con este gesto, los autóctonos peninsulares reconocían la autoridad de los Barquidas, desvinculándose de cualquier servidumbre hacia Cartago.

En 227 a.C., el nuevo líder eligió la ubicación de la antigua ciudad de Mastia para levantar una urbe que le sirviera como centro de mando y operaciones. De esa manera nació Qart Hadas-hat, la que los romanos conocerían como Cartago Nova, enclavada en uno de los lugares más ricos y estratégicos de todo el Mediterráneo.

Cartago Nova estaba rodeada de excelentes yacimientos minerales, entre los que destacaban los argentíferos; era además una zona privilegiada para los cultivos, y su bahía marítima no tenía parangón en aquellas geografías. Desde su nueva ciudad, Asdrúbal administró inteligentemente los recursos disponibles, mejoró el comercio de las tradicionales salazones ibéricas, obtuvo una ingente cantidad de metales y gestionó con eficacia la industria del esparto. La riqueza comenzó a llenar las arcas cartaginesas y se acuñaron monedas de plata con la efigie del propio Asdrúbal.

Una vez más, el creciente poder púnico asustó a las factorías griegas establecidas en el noreste de la península Ibérica y este justificado temor provocó que volvieran a solicitar la mediación romana. Pero los latinos no estaban para muchos dispendios, dado que por entonces los celtas cisalpinos amenazaban con una invasión en toda regla desde el norte de la bota italiana. Roma envió embajadores para que se entrevistasen con Asdrúbal. Éste, consciente de la situación y de las ventajas que podría obtener, negoció con astucia una ampliación de influencia por el Levante peninsular. Los romanos, con más prisa que pausa, firmaron el tratado del Ebro en 226 a.C.

Por este documento se fijaba el río Ebro como frontera entre púnicos y griegos, con algunas cláusulas, como por ejemplo la que afectaba a la población de Sagunto, ciudad aliada de Roma que debía ser respetada aunque quedara rodeada por territorio afín a los cartagineses. Sin duda fue un gran acuerdo para Asdrúbal, siendo la primera victoria política tras el desastre de la primera guerra púnica.

Cartago Nova (Cartagena) aparecía en el concierto internacional como floreciente ciudad del Mediterráneo y era el centro de las actuaciones púnicas en Iberia.

En la metrópoli, el auge de Asdrúbal se contemplaba con recelo; algunos llegaron a denunciar que el yerno de Amílcar se estaba desentendiendo de Cartago para pensar en la creación de un reino independiente. Pero Asdrúbal se mantuvo fiel a su ciudad natal, fortaleciendo las relaciones con África y nutriendo a la urbe gracias a los beneficios de su envidiable situación económica.

Por desgracia, nunca sabremos lo que hubiese pasado de vivir unos años más, ya que en 221 a.C. Asdrúbal murió asesinado de un tajo con una falcata íbera. Según cuenta la historia, un guerrero fiel a su *devotio* se cobró venganza tras la ejecución de su jefe por orden de Asdrúbal.

La pérdida del valiente estratega cartaginés sembró de incertidumbre el campo púnico. No obstante, los soldados supieron elegir un nuevo caudillo que los comandase. A pesar de su juventud (tan sólo tenía veinticinco años), Aníbal Barca, hijo mayor de Amílcar, aceptó el honor de liderar aquella tropa tan identificada con su familia. Hasta entonces el muchacho había dirigido la caballería cartaginesa, dando buenas muestras de su genialidad. Había llegado la ocasión para que aquel siglo se descubriera ante uno de los mayores talentos de la epopeya militar, sólo comparable con la figura del mismísimo Alejandro Magno.

Aníbal, tras conseguir el mando, retomó su viejo —aunque no olvidado— juramento: el odio eterno a Roma.

HANNIBAL AT PORTAS

Entre los años 221 y 219 a.C., Aníbal condujo dos expediciones punitivas por el interior de la península Ibérica. Combatió a la tribu de los olkades para, posteriormente, devastar Helmantiké (Salamanca) y Arbucala (Toro), principales ciudades de los vacceos.

Seguramente no existía por parte de Aníbal ninguna pretensión conquistadora sobre estos territorios, pero sí la de dejar bien claro quién llevaba el control de la Península. Tras dos invernaadas en Cartago Nova, los púnicos se prepararon para una acción militar contra Sagunto, ciudad aliada del enemigo romano.

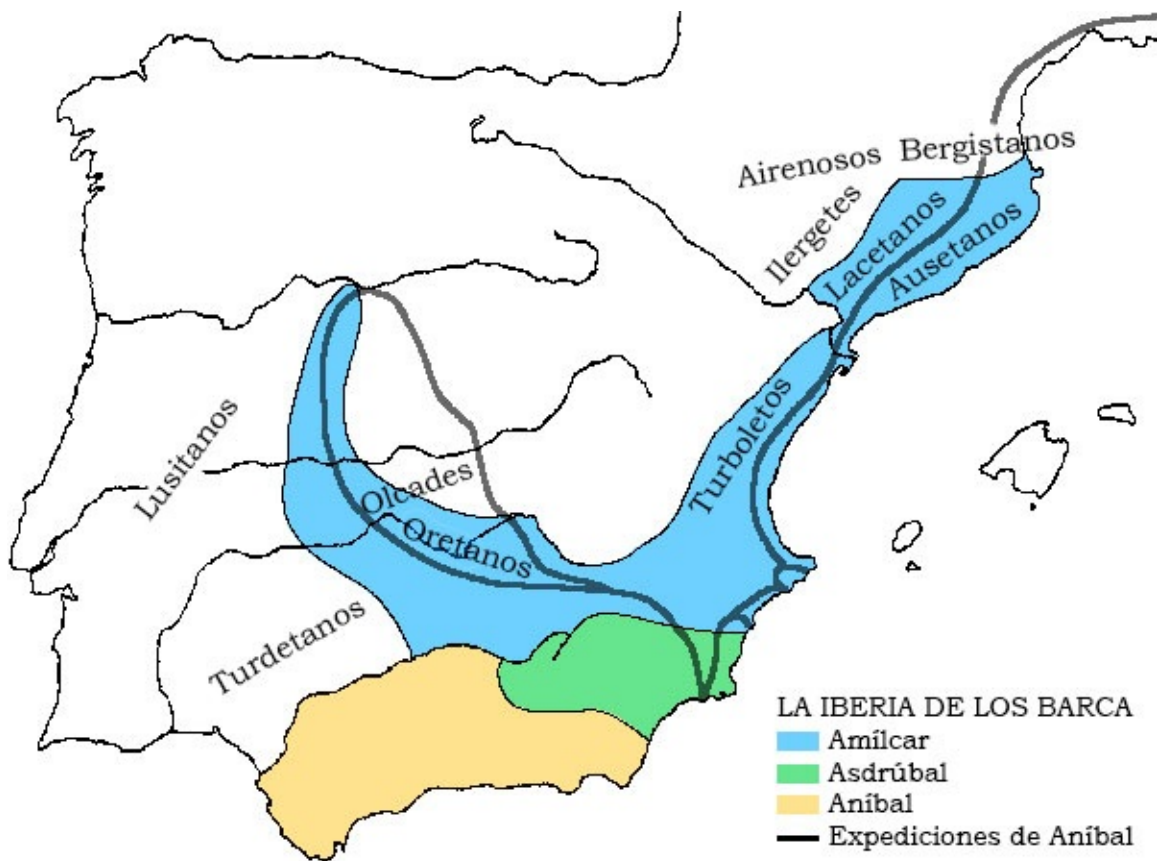
En 219 a.C., las tropas cartaginesas cercaron la plaza, sometiéndola a un riguroso asedio. Los saguntinos resistieron y enviaron mensajeros a Roma solicitando su intervención en aquel desesperante episodio. Roma reaccionó con una prudencia impropia en otros tiempos. Los meses fueron pasando a la par que se debilitaba la resistencia saguntina. Aníbal, más decidido que nunca, ordenó el asalto total a la ciudad. De hecho era un *casus belli* para Roma y, como ya hemos señalado en las primeras páginas de este libro, estalló con total virulencia la segunda guerra púnica. La diferencia con respecto a la anterior conflagración era que, en esta ocasión, los cartagineses iban a llevar la guerra a las mismas puertas de Roma en una acción sin precedentes, que hoy día se sigue estudiando en todas las escuelas castrenses. Protagonistas de aquel acontecimiento fueron el ejército cartaginés de Aníbal y sus miles de tropas auxiliares íberas.

La unión de estos dos modos tan distintos de entender la guerra daría unos resultados tan óptimos como deslumbrantes en el mundo antiguo.

En la primavera de 218 a.C., Aníbal Barca fue capaz de reclutar un ejército tan numeroso como heterogéneo; 90.000 infantes, 12.000 jinetes y 37 elefantes de guerra pasaron revista ante los ojos de su orgulloso jefe en una llanura cercana a Cartago Nova. La decisión del estratega cartaginés era tan valiente como presuntuosa: nada menos que avanzar contra Roma sorteando los Pirineos, los Alpes y los Apeninos. Una proeza inasumible para cualquier mando militar, pero no para un genio descollante como Aníbal. Con paso firme, las formaciones iniciaron la marcha hacia

el Ebro, primer obstáculo natural, que no tardaron en rebasar. Ante ellos se hacían patentes la perplejidad de las antiguas colonias griegas y la combatividad de las diferentes tribus locales que por entonces habitaban la actual Cataluña.

Durante semanas el ejército cartaginés estuvo limpiando de enemigos aquella región tan vital para los propósitos de la expedición. Consciente de esta importancia, Aníbal segregó del grueso de su ejército a unos 10.000 infantes y 1.000 jinetes que puso bajo el mando de su hermano Hannón, mientras que otros 15.000 soldados eran confiados a otro hermano, Asdrúbal, para que protegieran los territorios al sur del Ebro.



La misión de estas tropas era la de defender la retaguardia púnica y abastecer a la columna que se dirigía hacia Italia en cualquier momento de necesidad.

Aníbal hacía gala de una profundidad intelectual fuera de lo común; su visión de los acontecimientos venideros le hacía destacar sobre el resto de coetáneos. Sabía como nadie manejar a sus hombres, infundiéndoles el valor necesario para continuar en aquella campaña tan heterodoxa como desconcertante. En su círculo más próximo se encontraban oficiales de toda confianza que lucharon a su lado desde los tiempos

en que su padre llegó a Iberia. Aníbal retomaba así el sueño de Amílcar y estaba dispuesto a homenajear a su progenitor rindiendo y humillando a la odiada Roma.

El joven caudillo conocía las vicisitudes de la milicia: se entrenaba, comía y pernoctaba junto a sus guerreros. En ese sentido cabe mencionar que los historiadores de la época relataron admirados la austeridad del general cartaginés y describieron en sus obras cómo Aníbal dormía en el suelo, pasaba hambre y tiritaba de frío al igual que cualquiera de sus hombres. Todos estos factores influyeron en el espíritu combativo de aquel ejército que avanzaba hacia los Alpes. Es cierto que formaban una amalgama de diversas nacionalidades y que muchos de ellos participaban en la empresa, simplemente, por el botín, pero no hay duda de que aquellos nómadas, íberos, celtas, cartagineses... lucharon y murieron por Aníbal, un jefe al que sentían como un hermano mayor digno de ser escoltado hasta la gloria. Sólo eso justifica que tantos bravos guerreros siguieran con decisión a su líder, quien, por otra parte, comenzaba a infundir miedo en el pueblo romano. Sin duda este grande de la Historia fue el extranjero más valorado y temido por Roma, y sus actuaciones fueron las que alertaron al futuro imperio sobre cómo se deberían hacer las cosas si pretendía crecer como potencia mundial.

Tras casi dos meses de marcha, las tropas cartaginesas alcanzaron las primeras estribaciones pirenaicas. En ese momento, algunas tropas auxiliares manifestaron su temor ante una misión hasta entonces no desvelada por Aníbal, quien, a fin de evitar cualquier motín, desmovilizó a los 10.000 soldados que él presumía desleales con su causa.

De esta manera el ejército original se veía reducido notablemente, al quedarse conformado por 50.000 infantes y 9.000 jinetes.

La siguiente dificultad consistió en vadear el río Ródano, con sus 1.200 m de anchura fluvial. El reto contemplaba asimismo la posibilidad de ser atacados por las tribus de Massalia (Marsella), poderosa colonia griega aliada a su vez con Roma.

Aníbal necesitó cinco días completos para trasladar a su ejército de una orilla a otra, siempre entorpecido por numerosos contingentes celtas que hostigaban las filas cartaginesas. Finalmente vadearon el río incluso los 37 elefantes, trasladados en balsas cubiertas con arena para que no extrañaran el suelo firme.

La situación comenzaba a ser preocupante, el otoño se apoderaba de aquella región y aún no se habían superado los pasos alpinos. Al menos las maniobras de los púnicos dieron magníficos resultados gracias al sorteo de los territorios afines a Massalia.

A principios de octubre la vanguardia cartaginesa inició el ascenso de la cordillera

alpina. En la actualidad los especialistas siguen discutiendo acerca del punto exacto por el que los hombres de Aníbal superaron los Alpes. Algunos indican que fue por el paso de San Bernardo, otros aseguran que fue por Monginevro. Lo cierto es que cuando comenzó la gesta las cumbres de las montañas ya estaban cubiertas por la nieve. Fueron quince días de auténtica pesadilla, miles de hombres, caballos, acémilas y elefantes subiendo con el máximo esfuerzo por las pronunciadas pendientes. A un lado, paredes cortantes; a otro, el abismo más absoluto; y por encima, el obstinado asedio de las diferentes tribus locales. Se perdió un gran número de soldados, los caballos se desbocaban cayendo al vacío, pero la columna siguió avanzando. El frío congelaba sus miembros, muchos murieron por esa razón. Aníbal parecía imperturbable ante la adversidad. Más decidido que nunca, ordenó que no se interrumpiera la marcha y animó a sus hombres con la promesa de las grandes riquezas que les esperaban en las tierras romanas.

Mientras descendían aquellas montañas infernales se encontraron con mil dificultades que resolvieron a golpe de imaginación y piquetas, como, por ejemplo, cuando el desfiladero por el que transitaba la columna se desmoronó bruscamente debido a una avalancha de piedras. Lejos del desánimo, Aníbal ordenó a sus hombres que talaran algunos árboles para disponer sus troncos sobre una enorme roca que bloqueaba el camino. Una vez concluida esta primera operación, prendieron fuego a la madera y vertieron vinagre en grandes cantidades sobre los rescoldos. La acción química del ácido permitió que los soldados destrozaran la mole pétreo con sus herramientas sin mayor dificultad, dejando la vía libre para que las tropas pudieran seguir su marcha. En estos lares Aníbal acuñó una frase que desde entonces harían suya todos aquellos obstinados en lograr el éxito: «Si no encontramos un paso, lo crearemos».

Finalmente la proeza se cumplió. El coste en pérdidas humanas y de material era abrumador, tan sólo quedaba una cuarta parte del orgulloso ejército que, cinco meses atrás, había desfilado ante las murallas de Cartago Nova. Esos mismos efectivos tuvieron que superar múltiples dificultades orográficas, como un penoso avance por las pestilentes zonas pantanosas situadas en las estribaciones alpinas. En esos lugares el ejército cartaginés tuvo que pagar un nuevo y terrible tributo en vidas. Las enfermedades se sumaron a la larga lista de problemas acumulados hasta entonces e incluso el propio Aníbal contrajo un tracoma en un ojo, lo que le privó de la visión mientras padecía fuertes fiebres. A pesar de los inconvenientes, aquellos hombres singulares mantuvieron su camino hacia el objetivo final. ¿Serían suficientes para doblegar a Roma?

En este punto surgió de nuevo el talento de Aníbal. Semanas antes de la expedición, sus espías sondearon la disposición de los celtas cisalpinos, siempre en guerra contra Roma. Aníbal sabía por estos informes que los galos le prestarían un decisivo apoyo militar. Por otra parte, contaba con la sublevación de muchas tribus de la confederación latina, aliadas por fuerza a la dominante Roma.

Por eso, a pesar de las numerosas bajas producidas en su ejército, pronto se pudo rehacer gracias a estas adhesiones.

La incertidumbre sobre las directrices de aquella campaña terrestre sobre Roma se empezaron a disipar a favor de Aníbal. La travesía de los Alpes quedaba justificada al no contar el ejército cartaginés con naves suficientes que permitieran un ataque por mar. En consecuencia, esa ofensiva terrestre poco imaginable hacía unos meses se convertía ahora en un golpe maestro no previsto por los generales romanos, los cuales, víctimas de la falta de previsión, tuvieron que organizar de inmediato cuantas legiones pudieron reunir para enfrentarse al peligro que se cernía sobre ellos.

La declaración de guerra acarrió por parte de Roma una estrategia muy diáfana, que pasaba por destruir los abastecimientos cartagineses en Iberia y a la propia Cartago africana. Para ello se encomendó a los cónsules Sempronio Longo y Publio Cornelio Escipión la dirección de dos ejércitos. El primero zarparía con sus buques hacia Sicilia, desde donde se debería atacar la metrópoli púnica. El segundo llegaría a Massalia, base aliada de la Galia, desde la que se lanzaría una ofensiva contra la península Ibérica. El plan en teoría resultaba perfecto, pero, como ya sabemos, no se contó con la astucia sin igual de Aníbal Barca, quien ahora transitaba a sus anchas por el norte de la península Itálica mientras se recuperaba del terrible descenso de los Alpes.

Su hazaña corrió de boca en boca por todas las tribus desafectas a Roma. Miles de soldados celtas galoparon para incorporarse al ejército cartaginés, cuyo número crecía día a día.

Escipión llegó tarde en sus intenciones de cortar el avance púnico. Tras desembarcar en Massalia supo que el enemigo se encontraba a punto de atravesar los Alpes. Con presteza ordenó el regreso a Italia para preparar las defensas, mientras enviaba a su hermano Cneo con dos legiones hacia la península Ibérica.

A finales del verano del año 218 a.C., los legionarios romanos tomaron contacto por vez primera con Hispania. El lugar elegido fue la antigua colonia griega de Emporion (Ampurias). Muy pronto las tropas latinas se vieron sorprendidas por la acometividad de los cartagineses y de sus aliados íberos.

A pesar de todo, los romanos se abrieron paso hasta la ciudad de Cissa (Tarraco),

donde establecieron su primer centro de operaciones. El resto de la campaña se dedicaron a sojuzgar algunas tribus locales hasta que llegó el invierno y la situación en el frente hispano quedó estabilizada a la espera de las noticias que pudieran llegar de Italia. Por el momento las fronteras establecidas en el tratado de 226 a.C. volvían a estar bajo control romano, a pesar de los esfuerzos de Hannón, quien no pudo recibir a tiempo la oportuna ayuda de Asdrúbal.

Los cartagineses veían cortada la línea de suministros con el ejército expedicionario de Aníbal; aun así, el riesgo para Roma era más que palpable.

En la primavera siguiente las tropas cartaginesas establecidas en la península Ibérica lanzaron una feroz ofensiva sobre los romanos situados al norte del Ebro. Asdrúbal dispuso dos cuerpos de ejército, uno que avanzó por tierra desde Cartago Nova, mientras el otro lo hizo por mar a bordo de una escuadra de refuerzo proveniente de la metrópoli africana. El choque se produjo en la desembocadura del Ebro, con resultado nefasto para las naves cartaginesas. Desde ese momento y a lo largo de los seis años siguientes los romanos no cesaron en el envío de refuerzos, incluido el propio Publio Cornelio Escipión, quien, en compañía de su hermano Cneo, aplicó sus dotes diplomáticas en arduas negociaciones que impulsaron las necesarias alianzas con los pueblos íberos. En ese período se enmarcan unas luchas terribles por el control de Hispania, avances y retrocesos en los que los dos ejércitos enemigos dejaron miles de muertos. Parece ser que las tribus nativas fueron desequilibrando la balanza decantándose paulatinamente hacia el bando romano.

A pesar de todo, los cartagineses, bien dirigidos por Asdrúbal, Magón y otros generales como Aníbal Bomílcar o Asdrúbal Giscón, dieron buenas muestras de su talento militar hostigando en todo momento a los ejércitos de Roma. Estos últimos tuvieron que emplear —por primera vez en su historia— a miles de mercenarios celtíberos con el propósito de parar los certeros golpes cartagineses.

Es difícil resumir en las pocas páginas de un libro la amalgama tribal de esos tiempos: cientos de aldeas y ciudades que se pasaban a un bando o a otro según los acuerdos, las disputas o las venganzas.

La tribu aliada hoy podía transformarse en enemiga mañana por el asunto más nimio. Y en ese entramado político, social y militar que planteaba la población aborígen hispana se combatió durante años.

Finalmente, en 211 a.C., los hermanos Escipiones se vieron las caras con los hermanos de Aníbal, en la ciudad de Castulo (cerca de Linares). En esta ocasión el resultado fue favorable para los cartagineses. Las argucias de Asdrúbal fueron muy convincentes a la hora de invitar a los mercenarios celtíberos que servían a Roma, y

éstos abandonaron sin más el campo de batalla, dejando a su suerte a los legionarios romanos, que fueron superados por la infantería y la caballería cartaginesas. Fue una cruel carnicería en la que sucumbió buena parte del ejército romano, incluidos Publio Cornelio y Cneo Escipión. Los restos de las legiones retrocedieron hasta el Ebro, acuartelándose en zonas protegidas por sus aliados íberos.

Por el momento Cartago retomaba la iniciativa en la península Ibérica, a pesar de no poder completar la ocupación del noreste peninsular. Ésta preocupaba al angustiado Aníbal, quien se veía obligado a seguir luchando en Italia sin recibir tropas de refresco. En efecto, la presencia de contingentes romanos en Hispania había sido, a la postre, definitiva para encauzar la situación militar de la segunda guerra púnica.

En 210 a.C., el joven Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los anteriores, desembarcaba en Hispania al frente de un potente ejército. La diferencia con sus parientes muertos en la batalla de Castulo era que el futuro «Africano» conocía a la perfección a su enemigo cartaginés. Con decisión, los romanos fueron venciendo a cuantas tropas se enfrentaron.

En 207 a.C., las *caligae* legionarias conquistaban Cartago Nova y, en 206 a.C., hacían lo propio con Gades. Supuso el fin de la presencia cartaginesa en Hispania.

Pero volvamos unos instantes a la épica aventura del genial Aníbal. Recordemos que lo habíamos dejado en 218 a.C., tras conquistar los pasos alpinos, y que su ejército se encontraba muy mermado tras el titánico esfuerzo.

Durante el año 217 a.C., las tropas expedicionarias de invasión se reforzaron notablemente con la valiosa aportación de los celtas cisalpinos. Cuando Aníbal se sintió fuerte volvió a utilizar su ingenio para enfrentarse a los diferentes ejércitos romanos con los que se iba encontrando. Miles de legionarios sucumbieron en las derrotas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas. Esta última batalla, en 216 a.C., es considerada como el más brillante combate acaecido en la Antigüedad. En ella, 86.000 soldados de Roma cayeron ante la habilidad estratégica de un Aníbal en su mejor momento.

Cannas se convirtió en una terrible pesadilla para Roma, ciudad que ahora se veía amenazada por las tropas cartaginesas, o mejor dicho, multitribales, pues en el contingente se podían ver toda suerte de tribus, en especial celtas, númeridas e íberos. Precisamente estos últimos fueron los más fieles a su general, y entre ellos destacaron las unidades de infantería y, sobre todo, los honderos baleares, los cuales, en número de 2.000, se convirtieron en un peligro mucho más mortífero que los propios arqueros.

La puntería demostrada por estos tiradores gozaba de merecida fama desde antaño. Sabido es que se adiestraban desde niños con hondas de todos los tamaños. Se

decía de ellos que sus padres no les daban alimentos hasta que no consiguieran hacer blanco en las dianas elegidas. Los guerreros baleares engrosaron los ejércitos de la Antigüedad como mercenarios —siempre leales hasta la muerte— para el reino que los contrataba. Y, en el caso de Aníbal, esa lealtad se demostró sobradamente.

Tras la victoria de Cannas, los cartagineses se encontraban en disposición de asaltar Roma. No obstante, Aníbal hizo gala de una exagerada prudencia desestimando esa posibilidad al comprobar cómo las tribus pertenecientes a la confederación latina no terminaban de romper sus alianzas con Roma. La desesperación hizo mella en algunos oficiales púnicos, quienes reprocharon a su jefe la falta de decisión en ese momento crucial. Uno de ellos lo interpeló de esta manera: «Los dioses no conceden todos sus dones a una sola persona. Tú sabes conseguir las victorias, pero no sabes administrarlas». El estratega cartaginés no escuchó las recomendaciones de su Estado Mayor y sí, en cambio, ordenó el avance hacia el sur de Italia, donde se estableció durante varios años. La ciudad de Capua fue la principal base de operaciones de un ejército cada vez más menguado por la falta de material y de soldados de refresco.

En ese sentido cabe resaltar que el único intento real de abastecer a las tropas de Italia corrió a cargo de los hermanos de Aníbal. Asdrúbal emuló la gesta de los Alpes, atravesándolos con una columna de auxilio en 207 a.C. El infortunio quiso que un mensajero enviado para anunciarle a Aníbal la llegada inminente de refuerzos fuese capturado por los romanos, los cuales no tuvieron más que salir al encuentro de las tropas púnicas llegadas desde Hispania, batiéndolas por completo en la batalla de Metauro, donde el propio Asdrúbal murió combatiendo.

Por su parte, Magón intentaría algo parecido unos meses más tarde, aunque para entonces la suerte de Aníbal y de Cartago ya estaba decidida.

Las legiones romanas se paseaban victoriosas por Hispania bajo el mando de otro Escipión, llamado Publio Cornelio, superviviente de las derrotas romanas de años anteriores y que había aprendido las técnicas combativas de su mayor rival. Ahora, el ánimo de resarcirse y el empuje por vengar a sus parientes fallecidos lo impulsaban a tomar las riendas del frente hispano. Una vez estabilizado éste, desembarcó en África al frente de un poderoso contingente bélico, amenazando a la propia Cartago. La urgencia de la situación provocó que los sufetes cartagineses reclamaran la presencia de Aníbal, quien se vio obligado a abandonar Italia en 203 a.C. para enfrentarse a los romanos en la batalla de Zama, que tuvo lugar un año más tarde. El desastre para los púnicos fue total. Aníbal fue derrotado y Publio Cornelio Escipión elevado a la gloria con el sobrenombre de «el Africano».

Ése fue el fin de la segunda guerra púnica. Cincuenta y seis años más tarde Cartago sería arrasada hasta los cimientos y cubierta de sal.

En cuanto a lo que pasó con Aníbal tras el desastre de Zama es fácil de explicar: vivió unos años como sufete o senador de Cartago, esforzándose en suprimir la importante corrupción que carcomía a su ciudad natal. En 195 a.C. fue acusado de traición contra Roma por sus envidiosos paisanos, no quedándole más opción que un penoso exilio en el extranjero. Sirvió como general en la corte del rey Antíoco el grande, de Antioquia (Siria), donde intentó seguir luchando contra su denostado enemigo. En principio lo consiguió, pero la derrota de sus tropas en Magnesia le abocó a un nuevo exilio que lo llevó a las islas de Chipre y Creta, para terminar en el reino de Bitinia. Allí intentó organizar la lucha contra Roma. Todo fue inútil y su destino quedó a merced de los romanos, los cuales no cesaban en su búsqueda.

En este tiempo de persecución, cabe inscribir un encuentro personal entre los dos viejos rivales de Zama; ocurrió en la ciudad de Éfeso en 193 a.C.

De la conversación poco se sabe, únicamente que «el Africano» le planteó esta cuestión: «Dime, Aníbal, ¿quiénes han sido los tres mejores generales de la historia?».

Tras la pregunta Aníbal miró con orgullosos ojos a su interlocutor y, mientras pensaba en su ejército desfilando ante él en Cartago Nova años atrás, exclamó: «Alejandro Magno, Pirro y yo». En ese momento soñó con elefantes cruzando los Alpes, embestidas de la caballería en Trebia, avances de la infantería en Trasimeno y, sobre todo, en las maniobras sin igual de sus hombres en Cannas. Ante esto el romano dijo: «¿Y si me hubieses derrotado en Zama?». El cartaginés sonrió, exclamando: «Entonces me habría nombrado en primer lugar». A Escipión sólo le quedó callar y abandonar la sala donde permanecía el veterano comandante que tantos quebraderos de cabeza había ocasionado a la poderosa Roma.

Diez años después el ilustre cartaginés se vio acorralado por los romanos en su última guarida. Ante su inminente apresamiento optó por el suicidio, envenenándose con un brebaje. Dicen que estas fueron sus últimas palabras: «Devolvamos la tranquilidad a los romanos, visto que no tienen paciencia para aguardar el fin de un viejo como yo».

Al poco falleció su admirado oponente Escipión. A ningún historiador de la época se le escapó que aquellos dos hombres sin igual se tuvieron mutua simpatía y que sólo los distanció su pertenencia a mundos tan distintos. Lo cierto es que, en este corto período de la historia humana, se tuvieron que enfrentar dos de los mayores talentos militares, herederos ambos de Alejandro Magno. Únicamente Julio César sería capaz de emularlos décadas más tarde.

La eliminación de Cartago en el concierto internacional dejaba paso franco a los romanos en su expansión mediterránea, con Hispania como auténtica joya de las provincias conquistadas por la República. Tarraco se convertía así en la nueva capital provincial de la península Ibérica. Los flamantes conquistadores establecieron en 197 a.C. dos áreas dentro de la zona peninsular a las que llamaron *Citerior* (la de acá) y *Ulterior* (la de allá). Comenzaba una etapa apasionante en la que las tribus íberas poco o nada cambiaron en su vida cotidiana, tan sólo dejaron de combatir al lado o frente a los cartagineses para hacerlo de igual modo con los romanos.

Iberia quedaba atrás y cedía el paso a Hispania, que suponía una nueva concepción de la existencia y, sobre todo, una forma nueva de civilización que daría resultados indelebles en el ánimo y la idiosincrasia de los pueblos ibéricos. ¿Cómo afrontarían éstos el siglo II a.C.? Desde luego emociones, aventuras y guerras no iban a faltar, como veremos en el siguiente capítulo.

CRONOLOGÍA

Presencia púnica en la península Ibérica

- 1100 a.C. Los fenicios fundan Gades (Cádiz) en Span (Hispania).
- 800 a.C. Fundación fenicia de Cartago en los territorios de la actual Túnez.
- 535 a.C. Expansión cartaginesa por el reino ibérico de Tartessos.
- 508 a.C. Primer tratado entre cartagineses y romanos, por el que los últimos se comprometen a no navegar por aguas de la península Ibérica.
- 348 a.C. Segundo tratado romano-cartaginés, firmado en condiciones semejantes al anterior.
- 264 a.C. Estalla la primera guerra púnica por el dominio de Sicilia.
- 241 a.C. Finaliza la primera guerra púnica con la total derrota cartaginesa.
- 240-237 a.C. Rebelión de los mercenarios pagados por Cartago. El general Amílcar Barca reprime el motín con extrema dureza.
- 237 a.C. Los cartagineses invaden Iberia. Aníbal realiza su juramento de odio eterno a Roma.
- 229-228 a.C. Muerte de Amílcar Barca en la península Ibérica. Su yerno Asdrúbal es elegido caudillo de los ejércitos expedicionarios.
- 227 a.C. Asdrúbal funda Cartago Nova (Cartagena).
- 226 a.C. Tratado del Ebro entre cartagineses y romanos, por el que se fija el río Iber como frontera natural entre púnicos y helenos establecidos en la Península.
- 221 a.C. Asdrúbal muere asesinado por un soldado íbero. Aníbal es el nuevo caudillo de los cartagineses.

- 219-218 a.C. Asedio y toma de Sagunto. Un *casus belli* para Roma, que declara la segunda guerra púnica.
- 218 a.C. Aníbal inicia la invasión de Italia tras superar los Alpes. Cneo Escipión desembarca en Emporion (Ampurias) al mando de dos legiones.
- 217 a.C. Llegada a Hispania de Publio Cornelio Escipión. Se producen durísimos combates entre romanos y cartagineses por el control de la Península.
- 216 a.C. Aníbal y su ejército derrotan a los romanos en la batalla de Cannas. Roma, en peligro.
- 212 a.C. Los romanos arrebatan Sagunto a los cartagineses.
- 211 a.C. Publio y Cneo Escipión fallecen junto a buena parte de sus ejércitos en las batallas de Castulo (provincia de Jaén) e Ilorci (Lorca).
- 210 a.C. Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los anteriores, llega a Hispania con un nuevo ejército.
- 209 a.C. Los romanos conquistan Cartago Nova a los cartagineses.
- 207 a.C. Muerte de Asdrúbal cuando iba en ayuda de su hermano Aníbal.
- 206-205 a.C. Tras la batalla de Hipa los romanos conquistan Gades. Fin de la presencia cartaginesa en Hispania. Escipión organiza como homenaje a su padre y tío la primera lucha de gladiadores que se celebra en la península Ibérica.
- 204-203 a.C. Los romanos atacan Cartago. Aníbal regresa a su ciudad natal para defenderla.
- 202 a.C. Los cartagineses son derrotados en la batalla de Zama. Fin de la segunda guerra púnica.
- 197 a.C. División romana de Hispania en dos provincias: Ulterior y Citerior.
- 194 a.C. Expansión romana por el este y el sur de la península Ibérica.
- 183 a.C. Aníbal se suicida antes de ser entregado a los romanos.
- 146 a.C. Fin de la tercera y última guerra púnica. Cartago es destruida hasta los cimientos y cubierta de sal.

II

LOS ROMANOS LLEGAN A HISPANIA

En el año 218 a.C., dos legiones dirigidas por Cneo Escipión desembarcan en la península Ibérica con la intención de atacar la retaguardia de Aníbal. Es el primer contacto oficial de Roma con Hispania; de ese modo se iniciaron dos siglos de luchas sin cuartel hasta la completa anexión del territorio hispano.

EL RETO DE LOS ESCIPIONES

El nombre Escipión va unido inexorablemente al inicio de la presencia romana en la península Ibérica. En pocos años, desde 218 a.C. a 133 a.C., fueron destacados integrantes de este clan patricio romano quienes participaron en las diferentes acciones bélicas que se libraron por el control y dominio de Hispania.

Sin duda, el llamado «Africano» es el más influyente y carismático de todos ellos. Su biografía es tan apasionante como original, y no me resisto a ofrecer algunos apuntes añadidos a los que ya hemos expuesto.

Nacido en 236-235 a.C., el joven Publio formó parte de la vida social romana tal como correspondía a su rango. Precisamente, la fortaleza adquirida por la república se estructuró entorno a estas familias aristócratas que con notable acierto supieron transmitir de padres a hijos un patriotismo excepcional, que a la postre fue definitivo para el levantamiento del Imperio. El Senado, auténtica clave del éxito, supo articular en este tiempo las medidas más certeras para el impulso de la expansión colonial. De ese modo, la primigenia ciudad-Estado sojuzgó a sus vecinas y, sin dilación, a los reinos fronterizos, todo gracias a la excelente dirección de unos cónsules perfectamente adocotrados en el ejercicio de engrandecer a una Roma cada vez más poderosa.

Los Escipiones pertenecían a una de las familias más antiguas de la ciudad. En consecuencia, participaban desde primera línea en la intensa actividad política de una urbe que soñaba con la ambición de gobernar el mundo conocido.

Publio Cornelio obtiene su primera gran misión en 218 a.C., tras el ataque de Aníbal a la península italiana. En esos meses su padre, de idéntico nombre, asume el mando de las legiones para enfrentarse a los invasores cartagineses en la batalla de Tesino. El joven Publio tiene tan sólo diecisiete años. No obstante, su exquisita formación castrense le permite encabezar la caballería del ejército dirigido por su progenitor. Como sabemos, la victoria se decantó por el bando púnico, y el viejo Publio quedó comprometido al ser rodeado por una nube de jinetes cartagineses. Cuando todo hacía ver que el general romano iba a encontrarse cabalgando al lado de los dioses, su hijo, en decisión heroica, reunió cuantos efectivos pudo para intentar

salvarlo.

Sus hombres, temerosos ante la superioridad enemiga, vacilaron ante la petición suicida del imberbe adolescente. Este, cegado por la rabia, comenzó a galopar en solitario hasta el lugar donde su padre se defendía a duras penas de los mandobles cartagineses.

Los jinetes romanos, avergonzados por la lección guerrera de su jefe, lo siguieron como uno solo y lograron rescatar al maltrecho general. Más tarde, el viejo Publio, en compañía de su hermano Cneo, marcharía al frente hispano; allí batallaron contra las tropas púnicas hasta el año 211 a.C., fecha en la que murieron combatiendo en Castulo.

La situación en Hispania empeoraba por momentos, y es entonces cuando vuelve a aparecer la figura del héroe romano, también superviviente de la mítica batalla de Cannas.

En 210 a.C., Publio Cornelio Escipión tiene veinticuatro años y el cargo público de edil, puesto que había obtenido en los comicios populares acompañando a su hermano mayor, Lucio. Según cuenta la historia, las posibilidades de los hermanos Escipiones eran bastante endeble a la hora de obtener ese cargo intermedio. Sin embargo, Publio, siempre entusiasta, informa a su madre acerca de dos sueños premonitorios que ha tenido en noches recientes. En esas ensoñaciones el futuro «Africano» veía con claridad a su madre llorando de alegría por el triunfo obtenido en las votaciones. Con sonrisa optimista el muchacho pidió a su progenitora que le entregase una toga blanca, como la que vestían los candidatos a edil. La esperanzada patricia, conmovida por el interés de su hijo, le ofreció todo su apoyo y la prenda solicitada. Al poco, los dos hermanos resultaron elegidos contra todo pronóstico y accedieron a sus flamantes ocupaciones funcionariales. Fue entonces cuando se empezó a propagar el rumor sobre las dotes adivinatorias de Escipión. A decir verdad, este notable romano siempre estuvo acompañado por la fortuna, dejando correr hábilmente las murmuraciones en cuanto a la tutela que los dioses pudieran ejercer sobre él. Era bien parecido y profundamente religioso; no tomaba ninguna decisión sin consultar los oráculos. Todo esto creó una leyenda en torno a él y, como es obvio, le acarreó también numerosas enemistades que lo acompañarían el resto de su vida.

EL FIN DE LA GUERRA

La contienda entre cartagineses y romanos tuvo dos teatros de operaciones principales: uno, Italia, escenario por el que se desenvolvían las tropas de Aníbal Barca, y otro, no menos importante, Hispania, un frente vital para el desarrollo de la guerra.

De los dieciséis años que duró el conflicto, prácticamente doce se estuvo combatiendo en la península Ibérica. Este tiempo quedó dividido en dos períodos claramente diferenciados: un primer tramo que iría desde 218 a.C. hasta 211 a.C., en el que los contendientes pugnaron por el control del territorio con iniciativa romana en casi todo momento, y un segundo, de 210 a.C. a 206 a.C., en el cual la ofensiva romana fue imparable, hasta llegar a la completa expulsión de las tropas cartaginesas acantonadas en la Península.

Sin duda, el protagonista de la victoria romana fue Publio Cornelio Escipión. Su arrojo y talento se manifestaron decisivos para asumir las riendas de aquella hazaña, que algunos, dada la condición del joven procónsul, tacharon de sobrenatural. Ya de por sí resultó extraño su nombramiento para la misión. Con tan sólo veinticuatro años y sin casi ninguna experiencia política, únicamente le avalaba el hecho de ser miembro de una familia tan prestigiosa como la de los Escipiones, familia que incluso llegó a generar una exclusiva forma ideológica para llevar los asuntos de Roma, con una clara influencia helenística que dominaba por entonces en las élites patricias.

Escipión demostró un coraje inusitado incluso en las derrotas frente a los púnicos; tras el desastre de Cannas, regresó a Roma dispuesto a organizar una resistencia hasta el fin de la propia ciudad. Este ardoroso gesto fue muy valorado por la ciudadanía, que vio en aquel hombre un modelo a imitar, factor que sumado a su presunta tutela divina hizo que una aureola mística cubriera la figura del llamado a ser uno de los personajes más recordados de la historia romana.

El Senado no permanecía ajeno a la popularidad creciente de Escipión y, considerando que su padre y su tío habían muerto combatiendo en la Península, no fue difícil hacer la vista gorda en cuanto a las leyes que regían el escrupuloso nombramiento de autoridades y le concedieron —razón impuesta debido a la urgencia

del momento— el cargo de procónsul en Hispania. Todo un sueño para un joven de veinticuatro años.

No obstante, para mantener las formas legales se le asignó un asesor de reglamento, el propretor M. Julio Silano.

En otoño de 210 a.C., Escipión desembarcaba en Emporion (Ampurias) al mando de dos legiones de nuevo cuño. En su alma anidaba un sentimiento de venganza por las muertes de su padre y su tío un año antes. Con sus reclutas avanzó hasta contactar con los restos de otras dos legiones que permanecían acuarteladas en Tarraco bajo la dirección de Claudio Nerón, hombre enviado por Roma para sostener la situación después de la desaparición sangrienta de los anteriores Escipiones.

Con decisión, los romanos lanzaron una eficaz ofensiva sobre Cartago Nova en febrero de 209 a.C. Fue una operación de guerra relámpago que se concretó en apenas doce días, con el grueso de las tropas romanas frente a la ciudad que era símbolo de los cartagineses en Hispania. La sorpresa fue total para los púnicos, los cuales tuvieron que rendir la plaza sin presentar ningún tipo de oposición, dado que la guarnición establecida en la urbe se encontraba en absoluta inferioridad numérica. La maniobra romana se había extendido por tierra y mar y, ahora, las legiones y sus barcos se pertrechaban a costa de los vencidos.

Los hombres de Escipión capturaron un cuantioso botín compuesto por abundante plata —principal recurso cartaginés a la hora de pagar a sus mercenarios ibéricos—, además de una enorme cantidad de material bélico, incluidos 18 buques de la flota púnica. La suerte se alió otra vez con el procónsul al ser encontrados, en el interior de un recinto amurallado, más de 300 rehenes que los cartagineses habían tomado de sus tribus aliadas con el propósito de impedir ser traicionados en sus acuerdos militares. Publio ordenó la liberación de estos prisioneros, gesto que le granjeó la amistad de las correspondientes tribus nativas.

La toma sin esfuerzo de Cartago Nova es el primer gran acontecimiento militar en la carrera fulgurante de Escipión. Como es obvio, la buena nueva tardó muy poco en llegar a Roma. Con alborozo, senadores y plebe elogiaron el magnífico comportamiento de su bravo general, quien por otra parte veía crecer su leyenda de protección divina. Valga como ejemplo esta anécdota registrada en los instantes previos al asalto romano de la futura Cartagena. Según se dice, existía una zona pantanosa en las inmediaciones de la plaza púnica. Si los romanos querían tomarla deberían pasar obligatoriamente atravesando esas difíciles aguas. La pesada impedimenta de los legionarios hacía prácticamente imposible que éstos pudieran transitar por allí. Sin embargo, Escipión se plantó ante sus hombres para decirles que

el mismísimo Neptuno se le había aparecido explicándole en sueños cómo se debía superar aquel lodazal pestilente. Los curtidos soldados se miraron entre sí algo incrédulos, aunque sabían que su jefe tenía fama de adivino y protegido de los dioses. Publio, sin decir más, empezó a correr por las aguas del otrora profundo pantano. Los legionarios, con ojos de asombro, comenzaron a vitorear a su jefe mientras lo seguían en su alocada carrera. En pocos minutos, todo el contingente atravesó el hasta entonces imposible pantano. ¿Fue un milagro de Neptuno? ¿Era Escipión un mimado del cielo? Lo cierto es que no sabemos responder a estas preguntas. Sí, en cambio, conocemos que unos días antes Escipión había mantenido algunas conversaciones con los pescadores de Tarraco, los mismos que le enseñaron cómo eran las mareas de aquellas costas, y su periodicidad. Por tanto, el inteligente Publio estaba sobre la pista del comportamiento de aquel traicionero pantano, mientras que sus hombres, en su mayoría agricultores, desconocían por completo el dato que su líder se guardaba bajo el peto acorazado. Tras cumplir con este capítulo, la moral del ejército romano subió como la espuma, pensando que sin duda Publio Cornelio Escipión luchaba bajo el manto protector de Neptuno, Júpiter y toda la cohorte celestial.

Tras conquistar la capital cartaginesa de la península Ibérica, las legiones de Escipión continuaron avanzando hacia el sur por la costa hasta llegar, posiblemente, a la zona almeriense, con la intención de controlar los inagotables recursos mineros que ofrecían aquellos pagos. Con el fin del verano, el procónsul optó por replegarse a Tarraco, su cuartel general, mientras ordenaba el levantamiento de fortificaciones defensivas en Cartago Nova a la espera de una hipotética contraofensiva cartaginesa.

En ese tiempo los ejércitos púnicos se encontraban repartidos en tres grandes cuerpos de combate que se esparcían por el sur, oeste y centro peninsulares. Esta táctica puede parecer algo incoherente tal y como estaban las cosas en 209 a.C., pero no olvidemos que Cartago cimentaba su poder bélico en la fuerza de sus mercenarios. Por tanto, que el ejército cartaginés en Hispania se distribuyera de ese modo bien pudiera obedecer al intento de reclutar nuevas tropas en la Celtiberia con el objetivo primordial de socorrer, finalmente, al necesitado Aníbal.

Las actuaciones de Escipión estaban siendo muy certeras, lo que permitía innumerables tratados diplomáticos con los nativos íberos. Tales fueron los pactos con Edecón, rey de los edetanos, tribu establecida en los márgenes del río Júcar; o de los poderosos Indíbil y Mandonio, jefes de los ilergetas, una tribu numerosa y muy combativa asentada en las tierras de la actual Lérida, que estuvo durante años guerreando a favor o en contra de los contendientes en aquel frente. A estos y a otros muchos reyezuelos ibéricos se sumó el magnífico apoyo del rey númida Sifax, quien

envió a la Península algunos contingentes de su famosa caballería ligera. Los nómadas fueron fundamentales en las guerras de aquel período. Raramente entraban en combate y se limitaban a cabalgar hasta donde se encontraba el enemigo, incordiándolo con sus afiladas jabalinas y escapando con destreza sin igual en unos pocos segundos.

Estos jinetes africanos ayudaron fielmente al ejército de Aníbal en sus victorias italianas, al igual que sirvieron con eficacia a Escipión en sus victorias hispanas y en la definitiva batalla de Zama.

La campaña de 208 a.C. se desarrolló por el valle del Guadalquivir. En esta ocasión los romanos trataban de seguir empujando a los cartagineses hacia el sur, mientras evitaban la confluencia de los tres ejércitos púnicos. Asdrúbal, que por entonces se encontraba operando cerca de Castulo, trató de plantear una batalla decisiva en Baecula (Bailén), con la esperanza de recibir los refuerzos de su hermano Magón y del general Giscón. Sin embargo, el ataque romano fue devastador y Escipión venció a los cartagineses, que abandonaron el campo de batalla dejando 8.000 muertos y 10.000 prisioneros. Asdrúbal escapó hacia el norte con los restos de su ejército, atravesando la Celtiberia y los Pirineos occidentales para superar los pasos alpinos en 207 a.C., año en el que fue derrotado y muerto en la batalla de Metauro sin poder auxiliar a su hermano.

La batalla de Baecula se convirtió en decisiva: los cartagineses, desorganizados y sin el liderazgo de Asdrúbal, se vieron forzados a retroceder para defender Gades, su último reducto de importancia en la península Ibérica.

Escipión manejó a la perfección sus dotes de estrategia. Con la ayuda de su hermano Lucio y de su amigo el propretor Silano avanzó por el Guadalquivir, sofocando rebeliones tribales y reduciendo a los últimos núcleos de resistencia púnica. Por fin, los cartagineses se reagruparon para un último combate, que se produjo en Hipa (Alcalá del Río), con una nueva derrota para los soldados de Cartago. Era, de facto, el fin de la resistencia cartaginesa en Hispania. Las tropas legionarias tomaron Gades en 206 a.C. y Publio Cornelio Escipión pudo cumplir el sueño de vengar las muertes de su padre y de su tío, asunto que celebró con multitudinarias luchas de gladiadores.

Por su parte, Magón escapó a las Baleares, donde invernaó tratando de reunir lo que pudo para viajar al encuentro de su hermano Aníbal. Se abasteció en las islas de Ibiza y Menorca, sin conseguir el apoyo de los mallorquines. Menguado de efectivos, se trasladó a la península italiana, desembarcando en las costas de Liguria. Sin embargo, el fracaso golpeó una vez más al nuevo ejército de refresco y se perdió

cualquier posibilidad de socorrer al contingente púnico en Italia.

La segunda guerra púnica estaba al borde de rubricar su epílogo con un Aníbal aislado y sin esperanza de recibir refuerzo alguno.

Por su parte, Escipión viajó al continente africano para obtener un tratado de alianza con el rey númida Sifax, acuerdo que a la larga le facilitaría la victoria absoluta sobre Aníbal. Después regresó a la Península para sojuzgar a las tribus aborígenes que se habían sublevado al norte del Ebro; ésta fue su última acción en Hispania. De regreso a Roma fue aclamado por la plebe, aumentando las envidias que hacia él mantenían muchos senadores y patricios. En 202 a.C. obtuvo el sobrenombre de «el Africano» tras su resonante victoria en Zama.

Él mismo impuso los protocolos que ponían fin a dieciséis años de guerra, en los que habían muerto más de 300.000 soldados romanos. A pesar de todo, la paz no fue humillante para Cartago, a la que se dejó margen suficiente para rehacerse como potencia comercial, aunque tuvo que renunciar a la expansión colonial y a un ejército poderoso donde ya no podrían adiestrarse más elefantes de batalla. En el plano económico, la metrópoli norteafricana tuvo que asumir el pago de 10.000 talentos de oro durante cincuenta años; a cambio, se le permitía recuperar sus viejas posesiones africanas. En definitiva, Escipión fue magnánimo con los vencidos, lo que engrandeció su imagen de perfecto romano influido por las corrientes de pensamiento helenísticas: orgulloso sin ser altanero, ambicioso sólo para la grandeza de su patria. En resumen, nos encontramos ante uno de los mejores comandantes de la historia, un hombre que supo ver con intuición casi divina el inminente nacimiento del Imperio. No en vano su talento hizo posible la derrota de Cartago y la expansión romana por todo el Mediterráneo occidental.

Pero lejos de pretender algo más que el reconocimiento público, se retiró a la vida privada durante un tiempo, aunque en 194 a.C. su vitola de héroe le permitió ser elegido cónsul por segunda vez. Este cargo le permitió seguir acosando a su enemigo íntimo, Aníbal, con quien llegó a entrevistarse, como hemos visto.

En 184 a.C., una conjura promovida por Catón «el Viejo» lo forzó a un injustificado exilio, y falleció al año siguiente en Liternum, cuando contaba 53 años de edad. Años más tarde, un heredero suyo, Publio Cornelio Escipión Emiliano, entró en nuestra historia antigua haciéndose célebre por la destrucción total de Cartago y de su patrimonio cultural en la tercera y definitiva guerra púnica, librada entre 149 y 146 a.C.

Él fue el encargado de cubrir los territorios cartagineses con una densa capa de sal que impidiera crecer cualquier signo de vida en ellos. Más tarde sería el general que

quebró el espíritu de resistencia numantino, como contaremos en las próximas páginas.

CITERIOR Y ULTERIOR

La llegada a Hispania de Escipión y sus tropas fue determinante para la expulsión de los cartagineses de la península Ibérica. En 206 a.C., los romanos culminaban su invasión con la conquista de Gades. Previamente habían fundado una pequeña ciudad que poblaron en esencia con los heridos de la batalla de Hipa. Ese núcleo urbano llevó por nombre Itálica (Santiponce, Sevilla), futura capital de la provincia Ulterior. En esos años no se puede hablar de administración romana sobre Hispania, más bien debemos ceñirnos al concepto de expansión colonial por la fuerza de las armas.

Escipión estableció, gracias a sus incontestables éxitos militares, dos áreas poco definidas en cuanto a límites fronterizos pero claramente reconocibles en la geografía hispana. Por un lado la zona a la que se denominó Citerior, llamada así por su cercanía con Italia. En ese lugar se encuadraban territorios del este y noreste peninsular. Por otro estaba la zona Ulterior, nombre que diferenciaba a los territorios más lejanos con respecto a Roma. En este ámbito geográfico quedaban los lugares del sureste, sur y suroeste de la península Ibérica. En todo caso, el río Iber para una, y el río Betis para la otra, marcaban el origen de aquellas primigenias provincias romanas de Hispania.

Entre el 206 a.C. y el 197 a.C., los mandos provinciales fueron desempeñados por algunos procónsules elegidos de forma un tanto improvisada. Tengamos en cuenta que en aquel tiempo todavía no estaba claro cómo se ocuparía la Península y sobre todo cómo se llevarían los asuntos administrativos de unas latitudes cuajadas de tribus nativas muy reacias al pago de impuestos y a la concesión de tropas auxiliares para las guerras de Roma. Muchas ciudades ibéricas negociaron de forma dispar su presunta adhesión a los nuevos conquistadores. Desde la metrópoli latina se acuñaron términos que definieran la cercanía o alejamiento de las diferentes ciudades ibéricas. La clasificación establecía tres grados de unión con Roma: las *oppida foederata* gozaban de un tratado de amistad que las liberaba de un buen porcentaje impositivo por haber demostrado su fidelidad a los romanos en todo momento; luego estaban las *libera*, ciudades a las que Roma trataba de forma unilateral como amigas por la prestación puntual de algunos servicios. Finalmente, tenemos las *stipendiaria*. En este grupo se

aglutinaban la mayor parte de las ciudades íberas, las que se habían opuesto con mayor intensidad a las tropas romanas, siendo doblegadas por acciones bélicas.

A estas plazas se les aplicó una mano dura sin concesiones, obligándolas a un pago abusivo de tributos, sin posibilidad de negociar nada que no fuera lo impuesto por Roma. El *stipendium* fijaba una recaudación tributaria anual que consistía en el pago obligado de oro o plata en monedas o lingotes. También se aceptaba una aportación en especies, principalmente textiles o cereales. Los tributos a recaudar fueron tan injustos como excesivos, y desencadenaron la hostilidad de muchas comunidades nativas, las cuales, una vez que se marchó Escipión, no tardaron en levantarse en armas contra los flamantes dominadores de la Península.

En 205 a.C., los caudillos ilergetas Indíbil y Mardonio lideraron una confederación de tribus que consiguió armar un ejército de 30.000 infantes y 4.000 jinetes para enfrentarse a las legiones romanas dirigidas por los procónsules L. Léntulo de la Citerior y L. Manlio Acidito de la Ulterior. El choque se produjo en los campos de los sedetanos (Zaragoza), con una derrota total para los ejércitos autóctonos. La persecución y represión sobre los supervivientes fue tan brutal como clarificadora. Los romanos no aceptaron negociar ninguna alianza, limitándose a ejecutar a los jefes rebeldes. Era un mensaje de advertencia para futuras desobediencias. Esa actitud dejaba manifiesta la intención de Roma para los siguientes decenios. Hispania se incorporaba como provincia de Roma y su gestión y explotación pasaba única y exclusivamente por las decisiones que se adoptasen en el Senado romano y no por ínfimas negociaciones con las tribus sometidas.



En 197 a.C. se dio oficialidad al nacimiento de las dos provincias hispanas. Desde entonces los nombramientos para su gobierno quedarían legitimados por los organismos políticos romanos. Se cambió el concepto de mandos duraderos con unidad de criterio por el de cargos anuales encomendados a magistrados elegidos, cuya supervisión resultaba mucho más sencilla que en los casos proconsulares anteriores. De esa manera se intentaba evitar que los militares enviados a Hispania se convirtieran en pequeños caudillos que, mediante botines, obtuvieran honores y prebendas de dudosa procedencia. Los dos primeros pretores enviados a la nueva provincia fueron C. Sempronio Tuditano para la Citerior y M. Helvio para la Ulterior. En ambos casos contaron con el apoyo de 8.000 infantes y 1.400 jinetes, los cuales, en casi su totalidad, eran tropas auxiliares con muy pocos efectivos legionarios. Esta escasa milicia se mostró a todas luces insuficiente para contener la furia de las tribus íberas y, muy pronto, se tuvo que asumir la necesidad de enviar un ejército de refresco si se deseaba mantener con éxito la presencia romana en Hispania.

CATÓN VISITA HISPANIA

La situación en la península Ibérica era convulsa, decenas de tribus en permanente rebelión no hacían presagiar nada positivo para los intereses romanos. Los pretores y sus menguadas legiones eran continuamente humillados por la acción guerrillera y frontal de los ejércitos nativos. Las incursiones íberas constituían una pesadilla para los cuarteles romanos, siendo sus represalias cada vez más enérgicas y despiadadas.

Hispania vivía en una especie de guerra permanente no declarada; mientras tanto Roma se despreocupaba, más atareada acaso en la segunda guerra macedónica, que por entonces se libraba en tierras griegas. En 196 a.C. la cuestión helena quedó finiquitada al ser derrotado el rey Filipo de Macedonia, y esta victoria romana permitió, además del sojuzgamiento griego, que la metrópoli fijara su atención bélica en sus adquisiciones occidentales, que tan buenos rendimientos económicos le estaban reportando.

En 195 a.C. se celebraron los comicios anuales para la elección de los cónsules que debían dirigir el destino de Roma. Para uno de los cargos fue elegido Marco Porcio Catón, una de las figuras más relevantes de toda la historia romana. Catón era un hombre peculiar; como entró en contacto con nuestra Hispania en un tiempo sumamente complicado, bueno será que dediquemos unas líneas al hombre y a su personalidad a prueba de catapulta.

Los orígenes de este ilustre romano, nacido en 234 a.C. en una pequeña localidad cercana a Roma cuyo nombre era Tusculum, son enteramente plebeyos. De condición humilde, el apellido Porcio venía a resaltar que su familia había cuidado cerdos en épocas pretéritas. En cuanto a lo de Catón, parece ser que en su linaje abundaban gentes muy astutas. El joven Marco se dedicó a la agricultura. En verdad no era muy agraciado, ya que tenía el pelo rojizo, la cara asimétrica cubierta por cicatrices, la boca desdentada y las manos ásperas como el pedernal. En fin, no era Adonis, pero ni falta que le hacía: su inteligencia brillaba con energía propia. Quiso la suerte que un viejo senador, asqueado de la vida social y política que se vivía en Roma, fuera a establecerse en una villa vecina de las tierras que cultivaba Catón. Los dos personajes entablaron amistad y pronto el veterano patricio se percató de que su nuevo amigo era

algo más que un campesino analfabeto. En efecto, Catón tenía amplias inquietudes intelectuales, hasta leía a los clásicos a escondidas de su familia. Él creía que la cultura podía ofender, en cierta forma, a las rudas gentes del campo.

El senador retirado supo adivinar que un dechado de virtudes se escondía en el interior del alma del muchacho y lo animó a ser letrado en Roma. Catón no desechó el sabio consejo y viajó a la capital con la esperanza de doctorarse en leyes. Lejos del fracaso, ganó una docena de pleitos y su fama creció como la espuma. Al poco tenía su propio equipo de abogados, lo que le permitió alcanzar méritos suficientes para presentarse a los comicios y obtener el cargo de edil cuando contaba treinta años de edad. Fue elegido pretor al año siguiente, cargo que ejerció en Sicilia, y tres años más tarde alcanzó la gloria con su elección consular.

Catón fue longevo, llegó a vivir ochenta y cinco años, y en todos ellos hizo gala de un espíritu reaccionario a prueba de influencias helenísticas. Odiaba todo lo que supiera a griego; pensaba como otros muchos romanos que los aires helenísticos — tarde o temprano— minarían los cimientos de Roma. Algo de razón tenía, como la historia demostró algún siglo más tarde.

Catón fue el primero que escribió en latín para oponerse a quienes lo hacían en griego. En aquel tiempo las corrientes culturales helenísticas invadían Roma; muchas familias patricias, incluida la de los Escipiones, se dejaron llevar por el influjo estético e intelectual llegado de Oriente. Estos círculos postulaban un refinamiento de la sociedad, la admiración por la belleza y una apuesta clara por la filosofía vital de los grandes intelectuales de aquella tierra que vio nacer las formas democráticas y civilizadas. Ante un griego, un romano parecía un bárbaro, y Catón se rebelaba por ello. Sus textos se publicaban en latín por esta razón, y recibió el privilegio de ser considerado el «padre de las letras latinas». Poco se ha conservado de su legado escrito, tan sólo un tratado de agricultura y algunos párrafos de sus obras, aunque se sabe que produjo una extensa obra literaria que abarcaba discursos, ensayos y, sobre todo, una enciclopedia histórica sobre los orígenes de Roma. Su sabiduría comprendía conocimientos en medicina, agricultura, estrategia militar... Todo un erudito al servicio de la Roma más enraizada en las tradiciones ancestrales, un defensor de las costumbres netamente romanas y detractor de las tendencias extranjeras que pudieran contaminar su amada ciudad.

Catón mantenía una forma de vida austera; nunca acumuló más riqueza que la necesaria para vivir modestamente, y eso favoreció sus continuas victorias en las urnas. Es cierto que no gozaba de mucha simpatía entre la clase política y la plebe, pero todos lo reconocían como un romano íntegro, incorruptible, alguien a quien no se

podía sobornar con dinero o argumentos banales.

Su oratoria era seca, contundente y llena de una ironía que en ocasiones rozaba el sarcasmo. Era el dedo acusador de los desmanes cometidos por una población que se empezaba a dedicar a la molicie, víctima de la abundancia llegada desde las provincias conquistadas.

Catón, posiblemente, fue de los primeros en percatarse del hipotético futuro que le esperaba a Roma de seguir las cosas por el camino que se había iniciado. Advirtió, con encendidos reproches, que Roma y el universo creado por ella debían prevalecer antes que injustificados cultos a valores superficiales e inocuos. Por ejemplo, criticó con severidad en 184 a.C. que no se pidieran cuentas a los Escipiones sobre su actuación en tierras de Oriente. Este asunto acabó con la carrera política de Escipión el Africano, un héroe admirado y respetado por la ciudadanía romana desde su victoria sobre Aníbal. Pero ello no fue óbice para que Catón afirmara de forma airada que antes era Roma que sus héroes. Catón fue alguien odioso que acumuló cientos de enemigos, pero nadie le rechistó públicamente porque en el fondo todos intuían que algo de razón llevaba, no en vano uno de sus apelativos más populares fue el de «censor», nombramiento que obtuvo en 184 a.C. y desde el que ejerció una presión total sobre la inmoralidad que se vivía en la ciudad eterna.

El triunfo sobre Cartago en la segunda guerra púnica no fue suficiente para él, por ver en la potencia africana a un irreconciliable enemigo. Durante años animó al Senado para que emprendiera una guerra definitiva sobre Cartago. El propio Catón visitó esta urbe, comprobando horrorizado su resurgimiento. Finalmente estalló la tercera y definitiva guerra púnica, justo antes de la muerte de uno de sus mayores instigadores. Catón murió complacido sabiendo que las legiones marchaban sobre Cartago para destruir hasta sus cimientos. Eso provocó, seguramente, su última sonrisa en este mundo.

Pero volvamos a los tiempos en los que Catón había sido elegido cónsul de Roma. Regresemos por tanto al año 195 a.C., para ver cómo el flamante cónsul recibe la encomienda de viajar a Hispania para sofocar, en la medida de lo posible, las continuas agresiones íberas. Con él se trasladaron los pretores para ese año: la provincia Ulterior recibió el gobierno de Ap. Claudio Nerón, mientras que la Citerior recibía al pretor P. Manlio, quien actuaría como ayudante del cónsul en esta provincia, más levantisca al parecer que la meridional.

Los efectivos militares que acompañaban a los dirigentes romanos eran esta vez muy numerosos, dado que a las dos legiones de reglamento para las correspondientes provincias se añadían las otras dos legiones que conformaban el contingente consular.

Por tanto, el ejército romano que iba a operar en la península Ibérica constaría de unos 60.000 hombres (algunas fuentes lo reducen a 52.000, otras lo elevan a 70.000). En todo caso, una máquina demoledora para las dispersas tribus autóctonas.



En el verano de ese año, 25 naves cargadas de legionarios llegaban al puerto de Rhode (Rosas). Con presteza, las columnas romanas desembarcaron y se dirigieron a Emporion (Ampurias), donde se entrenaron a conciencia para la misión que debían asumir en aquel territorio tan hostil. Algunas tribus, como los ilergetas, por entonces muy debilitados, quisieron negociar ventajosas alianzas. Sin embargo, Catón, decidido a dar un escarmiento definitivo, hizo oídos sordos a las propuestas nativas y tomó algunos rehenes para impedir cualquier ataque a traición. A las pocas semanas el ejército romano estuvo dispuesto para enfrentarse a los rebeldes; la batalla se libró cerca de la misma Emporion, y la victoria fue para los latinos. La estación estival sirvió además para llenar los almacenes de aprovisionamiento. Con el excedente se enviaron naves a Roma que llevaron no sólo el preciado grano, sino un claro mensaje de Catón: «La guerra se alimentará de sí misma». Con esta frase el cónsul quería decir que su permanencia en Hispania no sería gravosa para Roma y que, mientras durase, se abastecería del propio terreno enemigo.

El avance hacia Tarraco debió de ser tan espectacular como convincente para la mayoría de tribus locales, ya que muchas quisieron aliarse con Roma sin presentar oposición alguna. No obstante, algunas entidades, como la de los bergistanos establecidos en las actuales comarcas de Solsona, Cardona y Berga, presentaron batalla aprovechando su favorable orografía. Catón respondió con la contundencia

habitual, y los bergistanos fueron barridos del mapa.

Mientras tanto, los turdetanos de la Ulterior se habían levantado en armas contra Roma. Su abundante riqueza les permitió contratar a miles de mercenarios celtíberos, con los que pretendían expulsar a los romanos del valle del Guadalquivir. Catón acudió con su ejército y convenció a los celtíberos para que retornaran a sus tierras. Esta acción diplomática impidió una guerra generalizada en el sur peninsular. Bien es cierto que el ejército romano regresó a la Citerior atravesando la Celtiberia en una demostración de fuerza hacia las tribus del interior. Los romanos tomaron Seguntia (Sigüenza) y merodearon Numantia (Numancia).

Esta vistosa ofensiva fue el primer contacto romano con la Celtiberia, y, como veremos, no sería el último.

Finalizando el año y por tanto su mandato, el cónsul Catón tuvo que regresar a Roma para rendir cuentas sobre su expedición a Hispania, con un resultado óptimo. El botín rapiñado fue impresionante: 25.000 libras de plata, 1.400 de oro, 123.000 denarios y 540.000 monedas de plata (*argentum oscense*). El Senado, conmovido por tanto brillo, no tuvo ninguna duda a la hora de otorgar el triunfo a un Marco Porcio Catón que, por cierto, no se quedó con nada de lo recaudado, siguiendo su personal e inamovible forma de entender la vida romana.

El historiador referencial Livio nos explica en síntesis la actuación de Catón en Hispania: «Estableció grandes tributos de hierro y plata por cuya institución la provincia fue haciéndose cada día más rica».

Catón grabó a fuego la que sería la actuación de Roma en Hispania. Su crueldad y despiadado modo de tratar a las tribus nativas nos habla de la potencia dominante que avasalla a sus resignados tributarios. Las directrices del cónsul se mantendrán a lo largo de cinco décadas, en las que Hispania sufrirá un control absoluto por la presión de las armas, la explotación intensiva de sus ingentes recursos minerales y el establecimiento de un *glacis* protector o frontera defensiva contra los pueblos bárbaros, como lusitanos o celtíberos.

Las provincias Citerior y Ulterior quedaron pacificadas en su casi totalidad, mientras que las marcas fronterizas eran delimitadas con la participación de numerosas tribus aliadas. Podemos decir que desde Catón, y con el sempiterno control de la *nobilita* senatorial, los territorios conquistados en la Península se entienden como homogéneos y sin molestas bolsas de irredentos al poder de Roma. Cabe comentar que la República siempre afirmó librar guerras defensivas o, lo que es igual, Roma iniciaba campañas bélicas por el simple hecho de evitar un hipotético ataque del enemigo.

La conquista de Hispania se produjo por ese motivo: un contacto inicial para defenderse de los cartagineses y, luego, ante las magníficas perspectivas económicas, una suerte de ofensivas para librarse del incordio de la presencia aborigen. En fin, son las ironías que nos ofrecen veladamente los grandes imperios de la historia. En cuanto al romano, debemos aceptar que su fortaleza se incrementó a golpe de espada en la mayoría de los casos, y de diplomacia cuando se podía.

Después de Catón todo quedó listo para la expansión por el interior de la península Ibérica, pero este avance no iba a resultar nada fácil, como veremos.

EL ATAQUE LUSITANO

Tras la marcha del ilustre cónsul, los pretores elegidos en 194 a.C. encontraron una Hispania más o menos calmada. La política de rodillo ejercida por Catón había dejado como resultado un sinfín de tribus desarmadas, humilladas y desprovistas —en muchos casos— de las propias murallas que protegían sus ciudades. Este panorama, supuestamente tranquilizador para los ejércitos romanos, no iba, sin embargo, a dejarles sin la consabida guerra larvada a cargo de las intransigentes poblaciones nativas de extramuros. Precisamente, en esos años apareció en los textos escritos la primera referencia sobre una de las tribus más belicosas de la península Ibérica: nos referimos a los lusitanos, gentes de origen celta que ocupaban las tierras de las actuales Portugal, Extremadura y Castilla. Estrabón dijo de ellos que habitaban en dos zonas diferenciadas: una costera, muy rica, y otra interior, esencialmente ganadera y pobre en cultivos. Los habitantes de esta última se veían con frecuencia abocados al bandidaje, debido a la escasez de alimentos y materias primas, y sus víctimas favoritas residían en el fértil valle del Guadalquivir.

Los lusitanos sufrían una desigual distribución económica en su sociedad. Existían unas oligarquías militares que dirigían el destino de los clanes. Esa élite guerrera, siempre endogámica, daba la espalda a las clases desfavorecidas, las cuales se veían en la necesidad de engrosar los grupos de asalto que devastaban cada verano el sur peninsular. En esta entidad tribal tan heterogénea no se conocía la moneda y sus miembros recurrían al trueque cada vez que necesitaban intercambiar la escasa dotación patrimonial disponible. Los lusitanos, sometidos al rigor de una vida austera, idearon un sistema de guerra que los inmortalizaría en los siguientes siglos. Se trataba, por supuesto, de las famosas guerrillas, pequeños grupos de guerreros que hostigarían con suma eficacia a las poderosas y abigarradas legiones romanas.

Desde 194 a.C., y hasta la caída de Viriato en 139 a.C., los bravos soldados lusitanos demostrarían al mundo que no era necesario poseer un numeroso ejército para atemorizar al enemigo. Aquellos jinetes desharrapados provocaron durante casi sesenta años el terror en los adiestrados soldados de Roma. El más claro ejemplo lo constituye Viriato, de quien hablaremos más adelante.

En 194 a.C., dos nuevos pretores se hicieron cargo del gobierno en Hispania: para la Citerior fue nombrado Sexto Digitio, mientras que para la Ulterior era designado Publio Cornelio Escipión Nasica, primo hermano de «el Africano».

Los principales problemas que asumieron fueron una vez más la inestabilidad fronteriza y la sublevación casi permanente de las tribus sometidas. Lo cierto es que los capítulos de paz total son inexistentes en este brumoso período.

Los lusitanos irrumpieron con ferocidad en la historia escrita de la Península. Sus golpes de mano sobre la Ulterior aturdieron momentáneamente la reacción de los romanos y sus tributarios turdetanos, mientras que en el norte las tropas de Digitio chocaban con celtíberos y vascones. En todo caso fue aquel un tiempo sangriento que volvería a preocupar a la metrópoli romana.

Parece que el pretor Digitio vio cómo se abría una brecha en sus fronteras provinciales, causada principalmente por los continuos ataques celtíberos. La situación debió de ser grave, pues Escipión tuvo que acudir en su ayuda con el grueso de sus tropas meridionales, dejando desprotegida buena parte de la provincia Ulterior. Este momento fue aprovechado por las bandas de lusitanos, en combinación con los vettones, ocasionales aliados que habitaban tierras de las actuales Salamanca, Ávila y parte de Extremadura. Por desgracia para ellos, Escipión regresó a tiempo para interceptarlos cuando retornaban a sus tierras portando un rico botín, produciéndose un combate en los alrededores de Hipa (Alcalá del Río, Sevilla) en el que las tropas nativas resultaron seriamente dañadas. A esas alturas era evidente que Roma no podía reducir ni un ápice sus dotaciones militares para la defensa de las provincias hispanas. La belicosidad de las tribus del interior así lo demandaba.

El Senado romano no cesó en el envío de ejércitos de refresco, y para el año 192 a.C. el pretor M. Fulvio Nobilior encabezó un ejército que tomó, no sin esfuerzo, la ciudad de Toletum (Toledo), venciendo la resistencia obstinada de sus habitantes y de las tropas vettonas, vacceas y celtíberas que acudieron en su ayuda. El interior de la península Ibérica ardía en llamas, y el conglomerado tribal de la Celtiberia y Lusitania renovaba alianzas de odio y guerra contra los romanos. Los enfrentamientos eran tan frecuentes como sangrientos, pero la fuerza de las legiones era casi siempre incontestable.

En 190 a.C., una extraña coalición de los otrora enemigos lusitanos y turdetanos presentó batalla a los ejércitos del pretor Lucio Emilio Paulo en las cercanías de Hasta (Mesa de Asta, Sevilla). Una vez más los soldados de Roma supieron alcanzar la victoria y dispersaron los restos del contingente nativo más allá del río Betis (Guadalquivir). Aquí hallamos el documento epigráfico más antiguo acuñado en la

Península, fechado el 19 de enero de 189 a.C., y en el que se reflejaba una orden del pretor por la que se liberaba a los esclavos prisioneros de la ciudad de Hasta, entregándoles algunas tierras de cultivo.

Como el lector puede observar, desde la victoria sobre Cartago, Roma debió asumir un papel imperialista para el que no estaba preparada; buena muestra de ello la constituye su presencia en la Hispania del período que venimos reflejando.

Durante más de cincuenta años, casi un centenar de cónsules y pretores viajaron a la península Ibérica con el único propósito de esquilmarla, sin plantear una administración colonial lógica. En estos inciertos decenios la guerra fue lo único que unió a conquistadores y conquistados. El Senado romano tan sólo acertaba a enviar más y más tropas, en el deseo de seguir recibiendo los cuantiosos tributos recaudados en la nueva provincia. Los pretores hispanos ambicionaban regresar a Roma cubiertos de oro y plata para recibir el *triumfo* de sus conciudadanos; todo a costa del esfuerzo desmesurado de las tribus sometidas, las cuales debían aportar, además del pago anual de impuestos, tropas auxiliares para las legiones que devastaban su propio territorio. Por otra parte, el ajustado mandato anual impedía cualquier aplicación política de importancia y, en muchos casos, la prematura muerte en combate de los dirigentes sumía a las zonas septentrional o meridional en una trémula situación de anarquía. En resumen, no es de extrañar tanta sublevación y rebeldía de los autóctonos, los cuales luchaban con desesperación empujados por la miseria e injusticia impartidas por gobernantes extranjeros que simplemente los ignoraban.

En los casos celtíbero y lusitano era evidente que los romanos no querían cederles la necesaria tierra fértil que los alimentara; una política absurda que trataba, sin juicio alguno, de menoscabar la fortaleza del enemigo. Esta corta visión de los acontecimientos incentivó una guerra de extraordinaria duración.

Finalizando la década de los ochenta, Roma tenía desplegadas en Hispania cuatro legiones con su correspondiente apoyo tribal. Se puede decir que en esos años entre 45.000 y 60.000 soldados se encontraban movilizados para la guerra contra las tribus celtíberas y lusitanas. Un esfuerzo bélico que, sin embargo, mereció la pena, dado el botín obtenido.

No obstante, también se produjeron paréntesis de paz y de buen gobierno, como los procurados por pretores de la talla de Tiberio Sempronio Graco, quien durante su mandato de 180-79 a.C. supo sacar ventaja de sus victorias sobre los celtíberos, administrando luego con la coherencia necesaria para estabilizar las fronteras romanas en Hispania y procurando la tranquilidad consiguiente de sus habitantes.

Sempronio derrotó a los celtíberos tras una dura campaña en los alrededores de

mons Chaunus (Moncayo). Acto seguido fundó, cerca de Calahorra, una ciudad que llevaría su nombre, *Graccurris* (Alfaro), núcleo que sirvió, como otros parecidos, para el establecimiento de colonos latinos que poco a poco se fueron fundiendo con las costumbres y tradiciones de la península Ibérica. Estas primeras poblaciones levantadas por los romanos recibieron la aportación original de habitantes extraídos de las propias legiones romanas, veteranos licenciados al cumplir seis años de servicio o, en buena parte de los casos, mujeres e hijos de matrimonios mixtos realizados en la Península; éste fue el caso de Carteia (El Rocardillo, Algeciras), ciudad fundada en 171 a.C. con la intención de albergar 4.000 mujeres y niños de legionarios que luchaban en Hispania.

Con Sempronio se pudo fijar por fin una frontera tangible entre las provincias Citerior y Ulterior. Esa marca se iniciaría en los Pirineos occidentales, bajando por Calahorra para cortar el Ebro. Desde allí el trazado avanzaría hacia el alto Duero para descender de forma rectilínea hasta el Tajo por el oeste de Toledo, siguiendo hacia el sur hasta tocar el curso medio del Guadiana. Desde aquí, hasta su desembocadura, quedarían comprendidas las fronteras ulteriores. Fuera de estas demarcaciones estarían como tribus fronterizas y, por tanto, enemigas, los várdulos, establecidos al norte del Ebro, principalmente en la zona de la actual Vitoria; entre el Ebro y el Duero se encontraban los vacceos, y desde el Duero al Guadiana, los vettones. Precisamente, este último cauce fluvial constituiría frontera entre la Ulterior y los belicosos lusitanos.

Sempronio, a diferencia de sus antecesores, entregó abundantes tierras de cultivo a las tribus sometidas, lo que propició una paz que se prolongaría con altibajos hasta el estallido de las guerras celtíberas en 154 a.C. La figura de este pretor sería recordada durante años, llegando incluso a ser protagonista indirecto de una delegación nativa que se plantó en Roma en 171 a.C. para exigir el cumplimiento de las promesas efectuadas por él ocho años antes.

Como curiosidad diremos que Graco estaba unido a la familia de los Escipiones por su matrimonio con Cornelia, hija de «el Africano». El mismo Sempronio intervino a favor de su suegro y del hermano de éste en los litigios promulgados por Catón el viejo contra los Escipiones en 184 a.C. Sempronio ocupó altos cargos de la cúpula romana, siendo censor y dos veces cónsul. Su buen talante y forma de entender la justicia le otorgaron la consideración de todos. Pero a mediados del siglo II a.C., ni su recuerdo impidió una nueva guerra en la ensangrentada Hispania.

CRONOLOGÍA

Primer período de gobierno romano en Hispania

- 218 a.C. Cneo Publio Escipión desembarca en Hispania y se acuartela en Cissa (Tarraco).
- 206 a.C. Escipión el Africano funda Itálica (Santiponce, Sevilla).
- 205 a.C. Rebelión de las tribus ilergetas duramente sofocada por los romanos tras la batalla librada en los campos sedetanos (provincia de Zaragoza).
- 197 a.C. División de Hispania en dos provincias: Citerior y Ulterior.
- 195 a.C. El cónsul Marco Porcio Catón el Viejo llega a la Península, iniciando una dura campaña militar contra las tribus nativas. Toma Segunda (Sigüenza) y se concreta la práctica eliminación de las tribus bergistanas.
- 194 a.C. Los romanos se extienden por las costas mediterráneas de Hispania. Aparecen por primera vez en los escritos las actuaciones de los lusitanos.
- 193 a.C. Bandas de lusitanos y vettones son interceptadas y batidas por las tropas del pretor Escipión Nausica en Hipa (Alcalá del Río, Sevilla).
- 192 a.C. Los romanos conquistan Toletum (Toledo).
- 189 a.C. Documento epigráfico romano por el que se liberan esclavos de Hasta (Mesa de Asta, Sevilla). Es el más antiguo que se ha encontrado en la península Ibérica.
- 180 a.C. Tiberio Sempronio Graco realiza importantes conquistas en el interior de la Península.
- 179 a.C. Fundación de Graccurris (Alfaro). Graco deja estabilizada y en paz la frontera romana en Hispania.
- 171 a.C. Fundación de Carteia (El Rocado, Algeciras). Una embajada nativa viaja a

Roma para exigir el cumplimiento de los acuerdos firmados con Sempronio Graco.

154 a.C. Tras veinticinco años de relativa paz, estalla con virulencia la guerra entre celtíberos, lusitanos y romanos.

III

LAS GUERRAS CELTÍBERAS Y LUSITANAS

Tras su victoria sobre Cartago, los romanos se extendieron durante más de cincuenta años por el levante y sur peninsular, lugares donde fueron aceptados en mayor o menor grado. Todo hacía pensar que la expansión latina por el interior de Hispania sería fácil, pero no se había tenido en cuenta la belicosidad de las tribus autóctonas. Celtíberos y lusitanos combatieron con bravura defendiendo su libertad, lo que obligaría a Roma a iniciar una nueva y encarnizada guerra.

VIENTOS DE GUERRA

Habían transcurrido veinticinco años de tranquilidad desde la marcha del pretor Tiberio Sempronio Graco. Los acuerdos firmados por él y las tribus sometidas permitían una convivencia más o menos pacífica. Pero, en 154 a.C., y sin saber bien las causas, la provincia Ulterior fue invadida por un poderoso ejército lusitano comandado por un líder llamado Púnico. Los bravos nativos asestaron duros golpes a las tropas legionarias, ocasionándoles más de 9.000 muertos. Nadie esperaba una ofensiva de esa magnitud, y pronto muchas ciudades fueron asaltadas por los atacantes, incluidas las antiguas colonias fenicias asentadas en la costa.

La alarma se extendió con intensidad y el asunto trascendió hasta el foro senatorial romano. Para mayor gravedad, las tribus celtíberas vieron con agrado los éxitos lusitanos y, en el seno de algunas ciudades pertenecientes a los belos, titos y arévacos, se empezó a plantear una rebelión en toda regla. No se sabe con certeza qué impulsó estos levantamientos. Posiblemente debamos pensar en la inoperancia de algunos pretores provinciales, los cuales no supieron acercarse con diligencia y comprensión a las tribus circunscritas a su ámbito de gobierno.

El panorama se presentaba oscuro para las desentrenadas legiones acantonadas en Hispania. Y, lejos de lograr apaciguamientos, la llama de la insurrección se propagó por buena parte de los territorios interiores de la Península. Todo parecía listo para la guerra, sólo se necesitaba un *casus belli*, y ése se dio en la espléndida ciudad de Segeda (Belmonte), capital de los belos.

En ese tiempo, los celtíberos decidieron fortificar por su cuenta la urbe. Los romanos pidieron explicaciones por un acto que, según ellos, rompía los acuerdos establecidos por Graco cinco lustros antes. La intención de los belos era crear un perímetro amurallado de cuarenta estadios (8 km) para utilizarlo como parapeto ante una posible contraofensiva romana. Durante semanas, delegados de uno y otro bando cruzaron mensajes que de nada sirvieron. Las tribus autóctonas estaban decididas a seguir con su obra y los latinos se mostraban dispuestos a paralizarla sin más, argumentando que la construcción de fortificaciones era ilegal en las ciudades celtíberas según lo estipulado por Graco. Los belos utilizaron la estrategia diplomática

y afirmaron que en el tratado sólo se hablaba de ciudades nuevas y no de antiguas, como era Segeda.

La falta de entendimiento mutuo terminó por enervar los ánimos senatoriales y ese mismo año se declaró la guerra a celtíberos y lusitanos.

Roma no podía consentir una insolencia de esa magnitud, que prácticamente constituía por sí misma un acto de independencia frente a su poder. Si se permitía a los belos levantar esa muralla, tarde o temprano otros pueblos harían algo parecido, y de poco o nada habrían servido tantos años de sangrientas conquistas. Por su parte, la confederación de tribus celtíberas rechazaba la negligencia esgrimida por los últimos pretores enviados a Hispania. Estaba, además, la victoriosa ofensiva realizada por los lusitanos y la baja moral de las tropas romanas que operaban en la península Ibérica. Por entonces, los reclutas romanos veían con temor ser alistados para combatir en una provincia con leyenda de hostil y terrorífica. Los rumores sobre la combatividad de las tribus ibéricas eran *vox populi* en Italia y muy pocos querían viajar tan lejos para cavar su propia tumba convertidos en víctimas de los feroces aborígenes hispanos.

Con estos planteamientos, unos y otros comenzaron a preparar la contienda. En Roma se reclutaron cuatro legiones y sus correspondientes auxiliares latinos. Para esta ocasión no se iban a enviar petimetres de escasa cualificación. Se eligieron dos generales curtidos en los campos de batalla griegos: para la Citerior fue designado Quinto Fulvio Nobilior, experimentado militar con infinitas ganas de hacerse merecedor del *triunfo*. Para la Ulterior fue nombrado Lucio Mumio, hombre de amplio prestigio que había destacado por su valor en la conquista de la griega Acaya. En total se desplazaron unos 30.000 efectivos —en su mayoría legionarios— a la península Ibérica. Esto nos da una idea aproximada de la importancia que se dio en Roma al inminente conflicto. Por su parte, los celtíberos sumaron las fuerzas tribales de belos, titos y arévacos, quienes combatirían en la frontera Citerior, mientras que los lusitanos seguirían vapuleando la frontera Ulterior.

El 1 de enero de 153 a.C., los romanos comenzaron su despliegue táctico por las dos provincias hispanas. La reacción celtibérica se tradujo en un abandono momentáneo de Segeda, ciudad en la que no se habían podido terminar los acondicionamientos defensivos. Los segedenses buscaron refugio en la tierra de sus hermanos arévacos, a la espera de mejores vientos.

Mientras tanto, los lusitanos se enfrentaban con éxito a las atónitas legiones de Mumio, derrotándolas, provocando la muerte de 9.000 legionarios y la captura de las enseñas de combate romanas. Esta victoria sin paliativos de los lusitanos sirvió para enaltecer el ánimo celtíbero.

Durante días, los victoriosos guerreros pasearon los trofeos arrebatados al odiado enemigo por las tierras celtibéricas, dando muestras de euforia y fe en el triunfo sobre el invasor. Los arévacos eligieron a un caudillo guerrero; su nombre era Caro y, al parecer, su mirada y porte dieron la confianza suficiente para que miles de hombres se sumaran a su causa. A las pocas semanas, 20.000 infantes y 5.000 jinetes salían al encuentro de los romanos. Éstos, una vez organizados, iniciaban el avance sobre el interior desde sus cuarteles citerinos. Al mando de las tropas se encontraba Nobilior, muy dispuesto a terminar de un plumazo con la osadía celtíbera. El objetivo de la columna romana era tomar al asalto y destruir Numancia, la capital de los arévacos. Lo que no podía imaginar el prepotente romano era que los celtíberos habían tomado la iniciativa bélica y ahora lo merodeaban dispuestos a emboscarlo junto a su ejército.

Nos encontramos en el 23 de agosto de 153 a.C.; esa mañana calurosa, miles de legionarios marchaban absolutamente confiados al frente: la vanguardia era ocupada por las tropas de infantería, mientras que en la retaguardia se encontraba la caballería, que custodiaba a los carros de avituallamiento. Las patrullas de reconocimiento romanas no se percataron de la presencia del gran ejército celtíbero, que tomaba posiciones ventajosas en las proximidades, en el difícil terreno por el que transitaba el contingente romano.

Los nativos, conocedores de la orografía, eligieron el sitio adecuado para esperar —sin ser vistos— la llegada del enemigo. Cuando éste transitaba por el lugar más propicio, Caro ordenó un ataque fulminante sobre los desprevenidos legionarios. De pronto los celtíberos atacaron los flancos de la columna, provocando el desorden y el pánico de los legionarios. Durante algunos minutos que se hicieron eternos, cientos de soldados fueron cayendo muertos al suelo sin siquiera haber podido desenvainar las espadas.

La escaramuza se convirtió en una batalla generalizada donde los hombres de uno y otro bando luchaban movidos por la desesperación; no existía ningún plan establecido, tan sólo matar o morir. Fueron instantes de denodada locura por sobrevivir a las descargas mortíferas de lanzas, flechas o mazas. Más de 6.000 legionarios causaron baja definitiva esa jornada. Nobilior pudo escapar gracias a la acción heroica de su caballería de retaguardia, que en una acción casi suicida puso en fuga a la nube de celtíberos que se aproximaba dispuesta a saquear la intendencia romana. En la refriega murió el valeroso Caro, lo que provocó que sus hombres se retiraran buscando refugio en Numancia tras haber protagonizado una auténtica hazaña.

La jornada sería recordada por varias generaciones de militares romanos, que

desde entonces trataron de evitar que la fatídica fecha coincidiera con un combate.

Fue sin duda una de las mayores humillaciones sufridas por el ejército de Roma; a partir de ese día nadie caminaría descuidadamente por los caminos de Hispania. Y los generales romanos aprendieron que las ínfulas de conquistador nunca deberían de menospreciar el ardor combativo del enemigo.

Nobilior rehízo sus maltrechas legiones y, a pesar de las pérdidas, ordenó proseguir el avance sobre Numancia, ciudad en la que se encontraban atrincherados los guerreros que habían provocado su desgracia.

Las tropas romanas llegaron cuando alboreaba el otoño. Comenzaba así el primer asedio a la heroica plaza de imperecedero recuerdo. Desde luego, no iba a ser nada fácil tomar esa ciudad. Veinte años tardarían en cumplir la misión.

Nobilior levantó su campamento a unos cuatro kilómetros y medio de Numancia, en un emplazamiento al que posteriormente se denominaría la gran Atalaya. En ese lugar se construyeron cuarteles con capacidad para albergar las dos legiones que le quedaban más o menos intactas al general. Con moderado entusiasmo recibieron el refuerzo de 300 jinetes y diez elefantes enviados por el rey nómada Massinisa, quien mantenía su alianza con Roma. Con estas tropas de refresco, Nobilior ordenó un primer envite sobre la ciudad. Los celtíberos desconocían la existencia de los paquidermos y el jefe romano utilizó esa sorprendente baza situando a los animales tras el grueso del ejército que avanzaba hacia la plaza. Los nativos intentaron repeler el ataque saliendo de sus murallas para enfrentarse al enemigo. Tras observar con temor a las bestias, se replegaron intramuros, dispuestos a ofrecer resistencia desde las defensas numantinas. El hecho fue aprovechado por Nobilior para acercarse a los muros, dispuesto a quebrantar la obstinada beligerancia de los guerreros arévacos. Sin embargo, éstos luchaban con enconada determinación y empezaron a lanzar proyectiles de piedra contra los elefantes. Uno de ellos fue alcanzado en el cráneo por uno enorme. La reacción del animal fue terrible. Se volvió contra las filas romanas, causándoles un estropicio devastador.

Los celtíberos comprobaron que aquellas moles no eran invencibles y, animados por los acontecimientos, contragolpearon a los latinos, y provocaron un alto número de bajas. Nobilior no daba crédito a los males ocasionados a sus legiones. Tuvo que retroceder hasta su campamento, a regañadientes, en espera de una mejor oportunidad, mientras los celtíberos se reagrupaban en su ciudad inexpugnable.

LÚCULO EL INFAME

La campaña de 153 a.C. había acabado en cataclismo para las tropas romanas, con miles de muertos y los objetivos sin cumplir. Grandes generales de Roma tenían su prestigio por los suelos y las tribus celtibéricas y lusitanas seguían sin ser sometidas y manteniendo sus reductos a salvo de los conquistadores latinos.

Roma no se podía permitir un derroche de esta magnitud; tengamos en cuenta que en aquellos años las provincias hispanas se habían convertido en una fuente inagotable de suministros para la metrópoli: metales, cereales, aceite, vino... Todo a muy bajo coste, lo que engrandecía la luminosidad de la potencia más influyente del Mediterráneo. Por tanto, los reveses de esa campaña debían ser subsanados con la máxima presteza, y así se hizo. En 152 a.C, se ordenó el reclutamiento de nuevas legiones. Pero este asunto se tornó complicado por el temor de los jóvenes romanos a combatir en un lugar que, como antes mencionamos, se había convertido en el infierno para los soldados de Italia.

Surgieron voces discrepantes en el Senado sobre cómo estaba transcurriendo aquella horrible contienda, que parecía tragarse a cuantos hombres fueran enviados. Finalmente apareció la figura de otro Escipión, hijo de Lucio Emilio Paulo Escipión Emiliano, llamado a ser el heredero moral de «el Africano» por su acción decisiva en Cartago y Numancia.

Escipión Emiliano se presentó voluntario para la campaña de Hispania, y pidió cualquier cargo con tal de luchar en la tierra donde se foguearon sus ancestros. Este gesto animó a otros patricios, los cuales se alistaron movidos por el afán de conquista y riqueza. El gobierno vio con satisfacción cómo se completaban las filas expedicionarias, a cuyo frente puso un general de moderada reputación: su nombre era Lucio Licinio Lúculo, de infame recuerdo para nuestra historia.

Mientras esto sucedía en la ciudad eterna, otro mandatario, Marco Claudio Marcelo, trataba de poner orden en las latitudes hispanas. Y lo cierto es que lo consiguió, dado que, sin apenas combatir, logró pactos con diversas tribus locales que hicieron pensar a buena parte del Senado que se volvía a la fértil época de Sempronio Graco. No obstante, algunos denunciaron la hipotética cobardía de aquél que se

negaba a vengar las pasadas derrotas romanas en Hispania. Claudio Marcelo, ajeno a las críticas, se acuarteló en Corduba (Córdoba), mientras seguía con su tarea pacificadora.

La llegada de Lúculo y su ejército iba a ocasionar un daño irreversible a la población autóctona, y su memoria perduraría a lo largo de muchos decenios. Fue, sin lugar a dudas, la campaña más calamitosa y sanguinaria del siglo II a.C.

La verdad es que cuando este contingente —presuntamente punitivo— se desplegó por las tierras de la Citerior, se llevó la desagradable sorpresa de ver a las tribus belas, arévacas y titias completamente apaciguadas por los tratados firmados con Claudio Marcelo. Lúculo se quedaba así sin las victorias y triunfos soñados y sus hombres perdían el ansiado botín; no olvidemos que este ejército estaba formado por voluntarios impetuosos y gentes buscafortunas que pensaban en la riqueza de la rapiña. Por tanto, a Lúculo sólo le quedaban dos opciones: la primera pasaba por su regreso a Roma llevando el mensaje de la paz en Hispania, lo que lo privaría de recibir los consabidos honores; la segunda posibilidad consistía en romper las hostilidades bajo cualquier absurdo pretexto. El ambicioso Lúculo eligió esta última alternativa y, sin mediar provocación, se internó por el territorio de los vacceos, unas tribus que poco o nada habían tenido que ver en la guerra anterior.

El ejército romano atravesó el Tajo y los montes carpetanos, posicionándose en Cauca (Coca), una de las principales ciudades vacceas. Los nativos pidieron explicaciones sobre la presencia militar romana en sus posesiones, y Lúculo espetó —sin pudor alguno— que estaba allí para defender a los carpetanos, tribu presuntamente agredida por los vacceos.

Como el lector puede intuir, la guerra fue inevitable: se produjo una cruel batalla a las mismas puertas de Cauca en la que murieron 3.000 guerreros vacceos; el resto se refugió tras los muros de la ciudad en un intento de negociar la paz.

Lúculo accedió a entrevistarse con los mensajeros vacceos; sus exigencias fueron tan extremas como vergonzosas: pidió 100 talentos de plata (fortuna inasumible para cualquier tribu), tropas auxiliares, rehenes y el establecimiento de 2.000 legionarios en la ciudad. A los vacceos, dada su debilidad después de la masacre sufrida, no les quedó más remedio que aceptar las duras condiciones romanas, y abrieron las puertas de la plaza dispuestos a permitir el paso de las legiones. Empero, lo que se encontraron fue la orden de ataque total proclamada por el siniestro Lúculo. Las tropas romanas se lanzaron sobre los atónitos ciudadanos de Cauca y, sin compasión, asesinaron a casi 30.000 personas, la práctica totalidad de la población, incluidos viejos, mujeres y niños.

Los propios historiadores romanos reconocen esa jornada como un momento de infamia y vergüenza para Roma. Fue una triste venganza por lo sucedido a Nobilior un año antes.

Las noticias sobre la hecatombe de Cauca llegaron a todos los rincones de la Celtiberia. Las tribus que conformaban esa amalgama étnica recelaron, con razón, de las propuestas y alianzas ofrecidas por aquel despiadado cónsul romano. La siguiente acción de Lúculo se trasladó a los muros de Intercatia (Villalpando), ciudad que no quiso saber nada de la paz ofrecida por los extranjeros.

Estallaron nuevamente los combates por la campiña que circundaba la plaza. En esta ocasión no hubo enfrentamientos convencionales. Se limitaron los nativos a reiterados ataques guerrilleros que causaron muchas bajas en el ejército romano. Mientras esto se producía, la ciudad continuó su resistencia ante el asedio impuesto por las tropas de Lúculo.

En este episodio queda plasmado un combate singular entre un guerrero vacceo y Escipión Emiliano. Según se dice, el celtíbero se engalanó con su mejor traje de guerra y, a lomos de un magnífico caballo, salió de Intercatia para retar a los gerifaltes romanos. Éstos, algo tensos, desestimaron el torneo, mientras el vacceo se reía de ellos en sus mismas narices, insultándolos hasta la humillación. Desde las murallas, los compañeros del guerrero levantaron sus armas en actitud desafiante. Suponía, desde luego, una victoria moral para los habitantes intercatenses. En eso Escipión dio un paso al frente y aceptó la lucha con el osado celtíbero. El duelo duró largos minutos, en los que los contendientes lucharon denodadamente. Pero ese día la fortuna sonrió al joven romano y de un certero tajo acabó con el valiente vacceo. Esta gesta concedió a Escipión un crédito inmejorable ante los celtíberos y le permitió hablarles en confianza suficiente como para firmar algunos tratados de paz.

Lúculo ordenó levantar el campamento y las tropas bajo sus órdenes marcharon hacia Pallentia (Palencia), la ciudad más importante de los vacceos, con el propósito de tomarla, aunque el invierno ya había hecho acto de presencia y la operación se tuvo que desestimar. La campaña de ese año dejaba un resultado poco honroso para los intereses de Roma. Los soldados desplazados a la Península se acuartelaron en la Turdetania, dispuestos a pasar los meses invernales.

Lúculo terminaba su mandato con poco o nada en sus alforjas. Él, por su cuenta, había iniciado una guerra estéril. Los celtíberos seguían acogidos a los acuerdos firmados con Claudio Marcelo, y sus principales ciudades, salvo Cauca, se mantenían pertrechadas y a salvo.

CAMINO DE NUMANCIA

Los siguientes años fueron de relativa paz. Las fuentes documentales ofrecen muy pocos datos sobre el período que va de 151 a.C. a 143 a.C., lo que induce a pensar que los tratados de Claudio Marcelo fueron más o menos respetados. Sin embargo, en el año 143 a.C. se reanudaron las acciones bélicas romanas sobre Celtiberia. En ese tiempo fue elegido Quinto Cecilio Metelo, general glorificado en las campañas de Grecia, donde se hizo merecedor del sobrenombre «el Macedónico». Al mando de 30.000 infantes y 2.000 jinetes, rompió hostilidades con el objetivo de aplastar definitivamente la resistencia de los pueblos celtíberos. Sus primeras incursiones se encaminaron hacia las ciudades de los titos y belos, principalmente Centobriga. Allí tuvo que desistir del inminente asalto al comprobar cómo los centobrigenses situaban varios rehenes en sus murallas, listos para recibir el impacto de los proyectiles de las catapultas. Estos prisioneros eran hijos de algunos caudillos tribales aliados del ejército romano, y exponerlos a una muerte segura provocaría la desertión en masa de esas tropas auxiliares tan necesarias para la campaña.

La prudencia de Metelo fue valorada por los celtíberos afines a Roma y en adelante se pudo contar con su inestimable colaboración. Meses después, las legiones se lanzaban sobre Contrebia, importante plaza de los lusones. En este caso Metelo sufrió con vergüenza la desertión cobarde de cinco cohortes a las que se había encargado la vanguardia del ataque contra la ciudad. La traición sufrida le obligó a levantar el sitio, simulando un repliegue táctico. La treta militar engañó a los confiados defensores y semanas más tarde las tropas romanas regresaron por sorpresa y, sin contemplaciones, conquistaron la urbe.

El terreno quedó franco para que Metelo y sus hombres asumieran una definitiva ofensiva sobre Numancia, reducto fundamental para las tribus celtíberas. No obstante, los romanos se entretuvieron en demasía en diversas refriegas por tierras vacceas y, para cuando quisieron asediar Numancia, el mandato de Metelo ya había expirado, lo que le obligaba a regresar a Roma para rendir cuentas sobre la marcha de la guerra.

El elegido para sucederle en Hispania fue Quinto Pompeyo, un hombre poco experimentado en el combate. Una vez en la Península se dirigió a Numancia

directamente, dispuesto a rematar la faena de su predecesor. Pompeyo estableció su campamento en el cerro Castillejo, como anteriormente lo había hecho Nobilior. Pero los numantinos, muy experimentados tras sus constantes luchas con Roma, supieron plantearle una suerte de enfrentamientos que a la postre lo debilitaron, sin que pudiera ofrecer más batalla. La previsible consecuencia fue una poco honrosa retirada después de haber sufrido tantas bajas.

Estos reveses continuados de los romanos frente a Numancia ensalzaron la leyenda de una ciudad que cada vez parecía más grande y fantasmagórica ante los ojos atónitos del Senado romano y, sobre todo, de la plebe, principal sufridora de las derrotas en Hispania. No en vano la guerra de Numancia fue el germen donde se incubaron las famosas luchas civiles que asolaron la república romana y que se concretaron años más tarde con la sanguinaria dictadura de Sila.

Pompeyo, en vista de su fracaso ante Numancia, intentó atacar a la desesperada a la vecina Termancia (Santa María de Tiermes), ciudad de disposición semejante a la anterior y que servía también de refugio a las tribus de la zona.

Como vemos, la Celtiberia carecía de un mando único que le diera fortaleza frente a los romanos. Por otra parte, cada ciudad amurallada constituía un obstáculo para los ejércitos romanos, y su conquista podía paralizar año tras año las campañas de los latinos, los cuales, si querían dominar el extenso territorio celtíbero, debían tomar una a una las plazas inexpugnables de las tribus del interior peninsular.

Hasta entonces, los ejércitos romanos estaban acostumbrados a la batalla en campo abierto, un contendiente frente a otro, y que la fuerza decidiera quién debía vencer. Ahora las legiones tenían que combatir con grupos de guerrilleros que les atacaban de improviso, protegidos por el manto de la noche, en emboscadas, en pasos traicioneros, un auténtico infierno poblado por demonios dispuestos a defender su libertad hasta las últimas consecuencias, y si todo fallaba quedaban sus ciudades, bastiones que sus habitantes defendían con heroísmo sublime. A eso se tenían que enfrentar los soldados romanos, y es incuestionable que muchos ciudadanos se negaran a participar en las expediciones a Hispania.

Pompeyo, con la moral muy baja, tuvo que desistir también de la toma de Termancia, y se retiró a invernar a Valentia (Valencia), donde esperó pacientemente a su sucesor, que ese año no llegó, con lo que tuvo que asumir forzosamente una nueva campaña contra Numancia, ciudad que empezó a odiar por motivos evidentes. En esta ocasión trató de circunvalar la plaza, para aislarla de los refuerzos exteriores. A pesar de sus constantes esfuerzos, nada se pudo hacer, por los continuos ataques numantinos, que terminaron por desbaratar las operaciones de asedio romanas.

Pompeyo vio cómo otro invierno caía sobre él y sus hombres y, una vez más, tuvo que ordenar la retirada hacia Levante, mientras pactaba secretamente con las tribus aborígenes que le salían al paso.

Esta treta seguramente salvó su vida, y en la primavera de 139 a.C. entregaba lo que le quedaba de ejército a Marco Popilio Lenas, un cónsul que como los anteriores también fracasó ante la combatividad de los guerreros celtíberos. Popilio devastó, para variar, los territorios vacceos, y se retiró para la internada a Cartago Nova. Lo de 137 a.C. fue todavía más nefasto para el honor de Roma; en esta ocasión fue enviado a Hispania el cónsul Cayo Hostilio Mancino, que como siempre condujo sus legiones hacia el eterno asedio de Numancia. Por desgracia para el infortunado mandatario, corrió el rumor entre sus tropas de que bandas de guerreros cántabros y vacceos venían en auxilio de sus hermanos y aliados. El temor a ser derrotado provocó que el cónsul ordenara la retirada hacia el Valle del Ebro. Este inesperado repliegue dio alas a los numantinos, los cuales salieron persiguiendo al ejército romano hasta encerrarlo en un lugar llamado Torre Tartajo, muy cercano a Renivelas. El pánico hizo presa en los soldados de Roma, al verse rodeados por miles de bravos celtíberos dispuestos a una más que segura masacre. Sin embargo, los numantinos, posiblemente muy hartos de tanto asedio, ofrecieron una paz en igualdad al perplejo Hostilio, quien firmó sin más todo lo propuesto por los nativos. En ese hipotético acuerdo se concedía a Numancia un *feudo* (*foedus aequum*) por el que se reconocía la independencia de la ciudad, mientras que los numantinos hacían lo propio con las conquistas romanas en la península Ibérica. Un pacto, en definitiva, que proclamaba el *statu quo* entre Roma y Numancia. Tras la firma, los aborígenes dejaron marchar a los vencidos romanos. Según cuenta la leyenda, estos últimos tuvieron que pasar bajo un yugo como acto de sumisión, para regocijo de los nativos. Este hecho hubiese sido inasumible unos años antes para cualquier general romano. Empero, Hostilio debía apreciar mucho su vida y no le importó ajustar cuantos tratos le propusieron con tal de poder escapar ileso a Roma. Una vez allí expuso sus argumentos con escaso éxito; el Senado romano consideró un ultraje lo realizado por el cónsul cobarde y rechazó cualquier acuerdo firmado por él. Para mayor constatación de esta repulsa, ordenó a Mancino que se entregara a los numantinos, como signo evidente de que se aceptaba una derrota y no una rendición. Y así se hizo, en un capítulo curioso de nuestra historia: Cayo Hostilio Mancino fue enviado desnudo y con las manos atadas a las puertas de Numancia. Permaneció de esa guisa un día completo ante el estupor de los celtíberos, los cuales no quisieron saber nada de aquel personaje. De regreso a Roma, el deshonrado cónsul perdió la ciudadanía, recuperándola años más tarde para convertirse en pretor. Él

mismo levantó una estatua que lo representaba desnudo, en recuerdo del día más difícil y frío de su vida; desde luego, fue algo digno de ser perpetuado.

LA RESISTENCIA FINAL

Numancia se mantenía intacta ante los frustrados ataques romanos; uno tras otro, los ejércitos consulares se estrellaban en sus muros sin obtener ningún resultado. El asedio a la plaza había supuesto miles de muertos para Roma y en 137 a.C. se bordeó el ridículo con la actuación miserable de Hostilio.

En los tres años siguientes, los cónsules Lépidio, Filón y Pisón poco o nada pudieron hacer, bien por el acuerdo de paz establecido o por su propia incapacidad militar. Sin embargo, en 134 a.C. la situación dio un giro espectacular. En ese momento el Senado romano entendió que la guerra contra los celtíberos debía terminar de forma inmediata. El problema ya duraba veinte años y las tropas romanas sólo habían obtenido sinsabores, derrotas y humillaciones a cambio de escasos avances por el interior de Hispania.

Era el momento de elegir un general cualificado para el mando y el combate; el hombre perfecto estaba disponible: su nombre, Escipión Emiliano —el destructor de Cartago—, llamado «el segundo Africano» como recuerdo de su pariente. El único inconveniente legal para este nombramiento lo constituía que Escipión había sido cónsul en una ocasión en los diez años anteriores, plazo fijado que establecían las leyes para evitar la corrupción del poder. No obstante, la situación crítica provocada por el asunto numantino facilitó que senadores y legisladores aprobaran una excepción de las normas impuestas, y, gracias a eso, un nuevo Escipión acudía a Hispania para resolver el endémico problema. A pesar de la euforia levantada en Roma por este nombramiento, no faltaron envidiosos ante la creciente popularidad del flamante cónsul. Éstos supieron calentar los foros de discusión y lograron que Escipión, incomprensiblemente, marchara a la guerra sin un ejército consular que lo respaldara. Lo único que se permitió fue que el general reclutara por sus propios medios una *cohors amicorum*, esto es, una legión privada compuesta por voluntarios, amigos y clientes familiares, en total unos 4.000 hombres. Entre ellos no faltaban insignes personajes de la vida romana, como el historiador Polibio, el futuro cónsul Mario o el poeta Lucilio.

La dotación económica necesaria se consiguió gracias a la generosa aportación de

algunos reyes asiáticos como Antioco Sidetes o Atalo III de Pérgamo.

En la primavera de ese año, la tropa, muy motivada, paseó sus insignias de combate sobre el territorio hispano. Se estaba gestando uno de los capítulos más famosos de la historia de España.

Lo que se encontró Escipión en Hispania no fue muy agradable: miles de legionarios abandonados a la molición; cuarteles que más bien parecían bazares por la cantidad de mercaderes, prostitutas y marginados que se habían acomodado en ellos ante la pasividad de los oficiales. Un paisaje desalentador que hubiese desanimado a cualquiera. Menos al heroico cónsul, que sin perder un minuto se empleó en la tarea de dar lustre a ese ejército tan desentrenado.

Durante semanas, los campamentos romanos de la Citerior fueron un foco de actividad intensa; se desalojó a los civiles, mientras los soldados realizaban incesantes maniobras que terminaron por ponerlos en forma. Escipión impuso rigor en el régimen de comidas y ordenó algunos ataques sobre pueblos fronterizos que pudieran abastecer las vías de suministro numantinas.

Una vez que las legiones romanas estuvieron perfectamente engrasadas, se inició la ofensiva sobre Numancia. Escipión Emiliano y sus hombres saquearon previamente las sufridas tierras de los vacceos. Cuando terminó el otoño de 134 a.C, unos 25.000 legionarios romanos se encontraban posicionados ante la ciudad extranjera más odiada y temida por Roma.

Los numantinos contemplaron cómo el ejército enemigo rodeaba su ciudad. Creyeron que aquello no era distinto de lo ocurrido en otras ocasiones, pero lo que no sabían es que esas tropas venían dirigidas por un magnífico estratega. Escipión visitó personalmente los puntos neurálgicos que rodeaban la urbe, diseñó planes de asedio y dio con la fórmula exacta que minara la resistencia de los celtíberos. Dedujo con acierto que la clave se encontraba en el río Duero, cauce esencial para nutrir a Numancia con las ayudas exteriores. Su anchura y caudal impedían construir en poco tiempo un puente, por lo que determinó levantar dos fuertes, a un lado y al otro del río. Entre ambos suspendió cordajes de los que colgaban largas vigas con pinchos y puntas de hierro que se incrustaron en el lecho fluvial. De ese modo tan expeditivo se impedía que pasara nadie sin ser visto, lo que cortaba de raíz cualquier intento de abastecer o auxiliar por esa vía a los numantinos. Con presteza, los ingenieros romanos se pusieron a trabajar: levantaron dos campamentos y varias torres de vigía que intercambiaban señales luminosas ante cualquier movimiento de los sitiados. Aquellos dos cuarteles se convirtieron en siete.

Numancia estaba cada vez más aislada, era una ciudad resignada a su suerte.

Dentro de ella, entre 8.000 y 10.000 habitantes se preparaban con desesperación para el ataque final de los romanos, aunque éste no se produjo en la forma que se presumía. La táctica romana era otra, muy diáfana: simplemente consistía en rendir Numancia por el hambre.

Durante meses los defensores aguantaron como pudieron. Finalmente, la hambruna y las enfermedades causaron centenares de muertos, que acabaron siendo devorados por sus congéneres.

Los numantinos, víctimas de esta angustiosa situación, trataron de negociar la paz con los romanos, pero Escipión no quería saber nada de acuerdos. Él tenía una decisiva victoria entre sus manos y pretendía que ese triunfo fuera total, como había sido el de Cartago trece años antes.

Una comisión de negociadores numantinos, encabezada por el notable Avaro, se plantó ante el campamento romano para tantear la posibilidad de salir con vida y honor en caso de rendir la ciudad. Todo fue inútil. Escipión volvió a exigir una rendición total sin concesiones, y los propios numantinos asesinaron a sus embajadores como muestra de que la lucha sería hasta el final. Algunos guerreros de la plaza, dirigidos por un oficial llamado Retógenes, trataron de buscar el auxilio de ciudades vecinas, pero, como hemos dicho, cualquier salida de las murallas era detectada por las torres de vigía romanas y el grupo de jinetes fue perseguido hasta Lantia, ciudad habitada por los arévacos. Escipión, que no estaba dispuesto a que ningún celtíbero se sumara a la defensa de Numancia, exigió a cambio de no devastar la plaza la entrega de los jóvenes landos, a quienes cortó las manos sin contemplaciones como escarmiento y aviso para el resto de ciudades celtíberas. Éstas, dada su abrumadora debilidad tras veinte años de extenuante conflicto, ni pudieron ni quisieron levantarse en armas contra los sitiadores de Numancia.

Escipión Emiliano esperó pacientemente el último suspiro de los numantinos. Por fin, en el interior de la ciudad se ofrecieron muestras de que algo raro estaba pasando: no se veían guerreros en las murallas y las puertas parecían desprotegidas. En ese silencioso escenario se empezaron a levantar negras columnas de humo. Algo sin duda había ocurrido y Escipión no quería terminar aquel episodio sin averiguar qué estaba sucediendo; habían sido meses en los que los numantinos resistieron de forma heroica gracias a su amor por la libertad, y ahora los más de diez kilómetros de defensas erizadas parecían sepulcralmente mudos.

Algunas cohortes se acercaron a las murallas de Numancia, aunque en esta ocasión no fueron hostigadas como de costumbre. Con precaución llegaron a la puerta principal del bastión. Nadie se les opuso, y entraron en la ciudad.

Las imágenes que se ofrecían ante ellos eran infernales y recordaban el paisaje de Sagunto casi un siglo atrás. Cadáveres putrefactos esparcidos por las calles, guerreros muertos a manos de sus compañeros para no caer prisioneros de los romanos, niños famélicos que lloraban la muerte de sus padres, ancianos fallecidos por la falta de alimentos y por la deshidratación. Escipión contemplaba con gesto adusto el final de Numancia, un reducto inexpugnable para las armas romanas durante veinte años y que sólo pudo ser conquistado por el hambre y la sed. Los supervivientes fueron reagrupados en el exterior de la ciudad, y el propio Escipión escogió a 50 para llevárselos a Roma como signo de su triunfo. El resto se vendió como esclavos y se repartieron sus tierras entre las poblaciones vecinas que no hubiesen participado de forma directa en las guerras celtíberas. Los principales depositarios de esos territorios fueron las tribus de los pelendones.

Era el año 133 a.C. y el largo conflicto se podía dar por zanjado. Celtiberia era una nueva conquista de Roma.

La guinda a tanta sangría la puso el mismo Escipión cuando ordenó la destrucción total de Numancia, a semejanza de lo hecho con Cartago en 146 a.C. El cónsul regresó a Roma, donde celebró con grandes fastos su victoria, recibiendo por ella el sobrenombre de «Numantino», aunque su decisión de arrasarse la ciudad celtibérica fue muy criticada por algunos senadores romanos, quienes no aceptaban que este acto de barbarie se hubiese ejecutado sin el consentimiento del Senado.

Con todo, la costosa guerra había finalizado e Hispania entraba en un proceso de romanización irreversible. Durante dos décadas, la paz permitió que la administración y el gobierno romanos pudieran trabajar con relativa tranquilidad en la asimilación de los pueblos aborígenes sometidos.

La anexión de Celtiberia dejó al descubierto algunas cuestiones que marcarían el rumbo de la historia romana. Por ejemplo, las dudas acerca de la larga duración de la contienda: ¿cuáles habían sido los motivos reales? Por un lado, estaba el innegable espíritu de libertad que anidaba en el alma de los pueblos celtibéricos. Ese aliento los empujó a una guerra obstinada que evitó a corto plazo su derrota y sometimiento a las legiones romanas. Pero, por otro, no podemos olvidar que la maquinaria legislativa latina se mostró algo herrumbrosa a la hora de tomar las decisiones oportunas que acabasen con el conflicto. Roma asumió casi a golpes su condición de potencia colonizadora en lugar de explotadora sin más, y entender eso le costó enormes sacrificios en vidas humanas, además de una larvada crisis política que desembocaría a la larga en las sangrientas luchas civiles por el control de la República.

Los celtíberos fueron vencidos, pero ¿qué pasó mientras tanto con los irreductibles

lusitanos?



VIRIATO, EL AZOTE DE ROMA

Desde 155 a.C., la pesadilla lusitana se había desatado sobre la provincia Ulterior romana de Hispania; jefes como Púnico o Caisaros destrozaron un sinfín de contingentes enemigos, hasta llevar el sur peninsular a un caos absoluto. La suficiencia de las tropas lusitanas hizo que éstas afrontaran la curiosa aventura de cruzar las aguas del Estrecho para poner pie en el continente africano. Pretores y cónsules agotaron sus fuerzas combatiendo a unas bandas que parecían integradas por fantasmas.

En 151 a.C. fue nombrado pretor de la Ulterior Severo Sulpicio Galba, tan buen orador como cruel y despiadado general. Galba unió sus fuerzas a las del cónsul Lúculo (ya mencionado en este libro, y que, por entonces, andaba rapiñando lo que podía por territorios celtibéricos) y juntos atenazaron a los grupos de guerreros lusitanos que operaban en el valle del Guadalquivir, forzándolos a una paz supuestamente muy ventajosa para los nativos. Sin embargo, el odioso pretor era un experto en la mentira e ideó una artimaña para atraer a cuantos lusitanos se dejaran atrapar por la falsa promesa de tierras cultivables. En efecto, ya sabemos, conociendo la historia de Roma, que sus hijos no fueron siempre los más nobles y sinceros a la hora de alcanzar apetecibles objetivos. Y acabar con los lusitanos era una de las grandes ambiciones de Galba, por lo que no reparó en argucias para zanjar de un golpe el problema. En consecuencia, se animó, engañosamente, a los lusitanos para que acudieran a un punto concreto donde se iba a efectuar el reparto de terrenos fértiles. Una vez allí, los romanos distribuyeron a los miles de congregados en tres grupos, tantos como tribus lusitanas se iban a establecer en diferentes zonas asignadas.

Galba, en un ejercicio de cínica y mezquina interpretación, les dijo que dejaran sus armas como muestra de confianza hacia las promesas de Roma. Los lusitanos hicieron caso al pretor y, para su sorpresa, vieron cómo cientos de legionarios empezaron a rodearlos.

En pocos minutos, los nativos fueron capturados y encerrados en recintos empalizadas, donde, tras la orden del sonriente general, fueron masacrados sin

compasión. La matanza debió de tener alcance bíblico: miles de lusitanos, entre ellos mujeres, ancianos y niños, murieron bajo las espadas romanas. Aun así, algunos pudieron escapar de la escabechina. Uno de los huidos se llamaba Viriato, quien, tres años más tarde, devolvería el golpe convertido en caudillo militar de su pueblo.

Viriato es uno de los personajes esenciales en la historia de España. Representa, por méritos propios, la lucha patriótica contra el invasor extranjero. Por eso no es de extrañar que a lo largo de los siglos su épica aventura se haya teñido con aureolas fantásticas y legendarias.

Su año de nacimiento es incierto y su lugar de origen también, aunque, si nos atenemos a las escasas fuentes disponibles, podemos deducir que posiblemente vino al mundo en algún poblado lusitano ubicado en la Sierra de la Estrella, entre las actuales Zamora y Portugal. También podemos dudar de las tareas a las que se dedicaba Viriato según la leyenda. En uno de los casos se nos presenta a Viriato como un humilde pastor de ovejas y cabras; en otra leyenda se habla de él como cazador, y más tarde bandolero. Cabe decir que en todas las ocasiones los investigadores pueden estar acertados, dado que las ocupaciones anteriormente citadas eran factibles dentro de la idiosincrasia lusitana. Ya hemos dicho que la pobreza de los territorios habitados por estos aborígenes era el factor primordial que los impulsaba a militar en bandas de guerreros que asaltaban el sur peninsular. Los que no se dedicaban a estos menesteres, se tenían por fuerza que emplear en la ganadería o el pastoreo. Sí parece que nuestro héroe tenía acreditadas cualidades como estratega militar, lo que nos pone sobre la pista de alguien enraizado en alguna élite guerrera dominante de tal o cual tribu lusitana.

Por tanto, Viriato recibió una instrucción castrense de alto nivel para su pueblo, lo que confirmaría su pertenencia a la clase aristocrática dominante.

Tras el desastre de 150 a.C. provocado por Galba, los restantes supervivientes del genocidio escaparon a las montañas, su refugio natural, y desde allí comenzaron a reorganizarse.

En 147 a.C., Viriato fue elegido caudillo de las tribus lusitanas; era el momento para cobrarse la inevitable venganza. Lo primero que ordenó fue que su pueblo se diseminara en grupos por terrenos inaccesibles para los romanos, quedándose tan sólo con 1.000 guerreros dispuestos para la batalla.

En principio bien pudiera parecer un grupo demasiado escaso para enfrentarse a las magníficas legiones de la Ulterior. Empero, el flamante caudillo había diseñado un sorprendente plan de guerra: luchar en guerrillas golpeando al enemigo mil veces y en mil lugares en vez de enfrentarse a él en campo abierto como era costumbre.

La táctica guerrillera dio sus frutos, desconcertando a las cuadrículadas mentes de los oficiales romanos, los cuales apenas sabían defenderse ante esa novedosa forma de combatir.

Los lusitanos se aprovechaban de su amplio conocimiento del terreno, utilizaban cualquier accidente orográfico para tender una emboscada, se escondían en los bosques a la espera de incautos convoyes de abastecimiento, que caían de forma fulminante, sin saber quién demonios los estaba cosiendo a flechas.

Viriato era un genial estratega bélico; ideó una táctica que veríamos con curiosidad catorce siglos más tarde en las hordas de Gengis Khan: nos referimos a sus famosos retrocesos engañosos, en los que los guerreros lusitanos simulaban una retirada desordenada que hacía picar a los prepotentes romanos, los cuales se lanzaban a una alocada persecución sin tomar las debidas precauciones. Luego, en plena carrera, los lusitanos se giraban, ofreciendo combate de forma frontal y compacta. El caos entre los perseguidores era total y definitivo, acabando casi siempre derrotados.

Gracias a su ingenio, Viriato pudo sostener una guerra de ocho años contra Roma, en los que prácticamente llegó a dominar más de la mitad de la península Ibérica. Son varias las victorias que los lusitanos lograron en este período y no pocos los cónsules y pretores que fueron vencidos, incluso llegando a la muerte en combate de alguno de ellos. Fue el caso del pretor Cayo Vetilio, quien sucumbió junto a 4.000 de sus hombres en la primera acción decisiva, protagonizada en 147 a.C. por Viriato en Tribola.

Este éxito lo hizo dueño de toda la provincia Ulterior, lo que le dio bríos para iniciar una expedición sobre la Carpetania un año más tarde. En ese tiempo se enfrentó en la Sierra de San Vicente a Plautio, un nuevo pretor que lo perseguía. Lo derrotó gracias a su táctica basada en el simulacro de fuga. Las constantes victorias sobre los romanos le permitieron granjearse una fama que se extendió rápidamente por la Celtiberia, incluso llegó a ocupar la importante ciudad de Segobriga (cerca de Saelices, Cuenca), donde mostró orgulloso las insignias romanas que había capturado al pretor Claudio Unimanio, gobernador de la provincia Citerior.

No obstante, la situación estaba a punto de sufrir un cambio. La victoria de Roma sobre Cartago permitía dedicar todos los esfuerzos bélicos de Roma a la contienda en Hispania.

Son varias las causas que debemos esgrimir si deseamos encontrar la clave para comprender el rotundo éxito de este guerrero sin par. Viriato era un hombre austero, justo y despegado de cualquier pretensión de riqueza: dormía en el suelo como sus soldados, comía lo mismo que ellos y cada botín capturado al enemigo era repartido

entre las tropas equitativamente, mientras él se quedaba con poco o nada. No gustaba de ostentaciones ni superficiales vanidades, vestía ropajes adecuados para el combate en todo momento, sin lucir galas de poderoso, como hacían otros jefes tribales.

Viriato mantuvo su honestidad de líder carismático hasta el fin de sus días. Según cuenta una leyenda, ni en sus esponsales se permitió el más mínimo derroche. Sí en cambio lo hizo el padre de su esposa, un filorromano llamado Astipas, quien procuró un exquisito banquete servido en vajilla de oro para celebrar la boda de su hija con el caudillo lusitano. Dicen las crónicas que Viriato se presentó en el lugar de la ceremonia vestido como siempre, empuñando una lanza de acometida y escoltado por varios de sus lugartenientes. El grupo de jinetes se adentró por las calles del pueblo, llegando al lugar de la cita. Una vez allí, montados en sus caballos, contemplaron el escenario de la fiesta. Viriato, sin dejar de sostener su lanza, pronunció un pequeño alegato en el que denunciaba la desgana de algunos lusitanos por combatir al enemigo común romano. Sin más, indicó a los sirvientes de Astipas que distribuyeran comida entre sus hombres. Tras el reparto del ágape agarró a su novia y con un veloz movimiento la subió a la grupa de su corcel. Hecho esto, la comitiva guerrera partió rumbo a la sierra, ante el estupor de los invitados a la ceremonia. Este carácter indómito de Viriato nos acerca aún más si cabe a las trazas de héroe legendario que tanto ensalzaron algunos historiadores en siglos posteriores.

Lo cierto es que tantos años sin ser derrotado o capturado por Roma nos dan una idea acerca del talento demostrado por este líder lusitano, al que sus hombres seguían con lealtad absoluta, algo insólito en la historia de este pueblo peninsular. Hasta su aparición, los lusitanos luchaban desordenadamente, en pequeñas bandas de rapiña; con él se logró la unión tribal en pos de un objetivo común: echar a los invasores de sus tierras.

En 145 a.C., la República romana ya había comprendido que Viriato era algo más que un díscolo reyezuelo local. Por fortuna, el fin de la tercera guerra púnica posibilitó el envío de grandes refuerzos a Hispania, y durante dos años los lusitanos fueron repelidos y, en alguna ocasión, derrotados. El propio líder lusitano se tuvo que atrincherar en la ciudad de Tucci (Martos, Jaén) a la espera de que amainara la tormenta de hierro y fuego que estaba cayendo sobre él y sus tropas.

No obstante, en 143 a.C., Viriato volvió a desplegar una ofensiva en toda regla que le permitió recuperar lo perdido en las campañas anteriores. Dos años más tarde Roma lanzaba una contraofensiva bajo el mando del procónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano, miembro destacado de la familia de los Escipiones. El general planteó una campaña inteligente apoyado por 19.000 legionarios, diez elefantes de batalla y tropas

auxiliares africanas, aunque el discreto resultado obtenido no fue el más apetecible para los intereses romanos. Parecía imposible que tan escasos efectivos nativos pudieran golpear tan duro en el corazón de la mejor maquinaria bélica de la época. Por más que creciera su número, las legiones de Hispania no podían aplastar la deslumbrante figura del caudillo lusitano.

En 140 a.C., la situación bélica en la Península era de nuevo absolutamente favorable para Viriato. Los romanos tuvieron que aceptar una vez más su derrota y llegaron incluso a firmar un tratado de paz por el cual se reconocía la independencia de Lusitania, un *statu quo* impensable para la facción más reaccionaria del Senado romano. Así y todo reconocieron el poder de Viriato, concediéndole el título de *amicus populi romani*, toda una distinción que señalaba de facto la importancia adquirida por aquel líder popular.

Desgraciadamente, poco duró la felicidad. Un año más tarde Roma se recuperaba del quebranto militar de Hispania y enviaba un nuevo procónsul para la Ulterior, llamado Quinto Servilio Cepión. Éste, con la ayuda de un magnífico contingente militar, puso cerco a las posesiones lusitanas. Atacó Beturia y Carpetania, obligando a Viriato a retroceder hacia el interior de Lusitania.

Como de costumbre, se cruzaron embajadas que facilitarían una paz honrosa para los autóctonos. Viriato envió a tres de sus lugartenientes al campamento romano donde se encontraba el general Cepión. Los nombres de estos personajes son sobradamente conocidos: Audax, Minuro y Ditalco, así como su lugar de origen, la ciudad de Urso (Osuna). El romano, lejos de negociar, ofreció tierras y dinero a cambio de recibir la cabeza del líder enemigo. Los tres hombres no titubearon y cumplieron, tras aceptar su parte del pacto. Así murió Viriato, degollado cobardemente por sus propios oficiales mientras dormía en su tienda. Son las paradojas de la historia. Los traidores se presentaron nuevamente ante Cepión para comunicarle que el avieso plan se había ejecutado. Sin embargo, según cuenta una leyenda apócrifa y, por tanto, llena de razonables dudas, el general los miró con desprecio, exclamando: «Roma no paga a traidores».

En fin, sea como fuere, esa misma Roma despreció a Cepión por la forma vil de quitarse de en medio a un enemigo tan noble y poderoso. Los funerales de Viriato fueron, según el gusto de su tiempo, magníficos: se realizaron sacrificios y 200 parejas de guerreros, vinculados a su jefe por la *devotio*, lucharon como gladiadores junto a su tumba. Finalmente, el cadáver del bravo caudillo fue quemado para favorecer su tránsito hacia el otro mundo.

Otra suerte bien distinta corrió el infame Cepión —instigador del oneroso crimen

—, a quien se le negó el *triunfo* y los honores tras regresar a la ciudad eterna.

La guerra lusitana se mantuvo unos meses más con un nuevo líder, Tautalos, quien, por supuesto, no tenía la fuerza vital de su predecesor. Finalmente, en 137 a.C., cesaba la resistencia y los restos del ejército lusitano eran enviados a Valentia (posiblemente, Valencia).

La caída de Lusitania dejó abierto el camino para que el general romano Décimo Junio Bruto se internara por la inexplorada Gallaecia, en el noroeste peninsular. Las legiones cruzaron el Duero, dirigiéndose al valle del Miño, donde se encontraron con la feroz resistencia de las tribus bracarenses. Según se dice, las curtidas tropas romanas tuvieron que combatir con determinación para conseguir la victoria; fueron luchas a vida o muerte en las que los nativos utilizaron a sus propias mujeres e hijos como bravos soldados. Finalmente, la conquista de Talobriga, último reducto de aquellos pueblos, supuso el fin de la guerra y la anexión total de esa zona territorial.

Roma celebró con grandes festejos el triunfo de Junio Bruto, otorgándole el sobrenombre de «Galaicus». De hecho, esta campaña entregó a Roma la posesión de las Médulas (provincia de León), una extraordinaria mina de oro que llenaría de forma incesante y durante decenios las arcas del Estado romano. Asimismo, obtenía el control sobre la ruta comercial atlántica, trascendental para el futuro contacto con Britania.

En los años que restaban al siglo II a.C. cabe mencionar la conquista de las Baleares a cargo del cónsul Quinto Cecilio Metelo. En 123 a.C., con el pretexto de liquidar algunos nidos de piratería, se iniciaron las operaciones militares. En dos años se completó la total ocupación de las islas, fundándose las colonias de Palma y Pollentia para asentar a 3.000 colonos provenientes de Hispania. Era una nueva posibilidad para acrecentar aún más las extensas zonas de cultivo que nutrían a la República romana. Metelo recibió por sus éxitos el triunfo con el sobrenombre de «Ballearicus». El dominio de Baleares aseguraba además el tráfico marítimo entre las provincias hispanas y una metrópoli que empezaba a dar sentido a la definición *Mare Nostrum*.

CRONOLOGÍA

Las guerras celtíberas y lusitanas

- 155-154 a.C. El caudillo lusitano Púnico ataca las fronteras de la provincia Ulterior.
- 154 a.C. El levantamiento de murallas en Segeda, capital de los belos, motivo de *casus belli* para Roma. Comienza la guerra celtibérica.
- 153 a.C. Las legiones romanas se despliegan en Hispania. Ese mismo año, los celtíberos, bajo el mando de Caro, ocasionan un desastre en las tropas romanas dirigidas por Nobilior. Los lusitanos hacen lo propio con las legiones de Murnio. Primer asedio de Numancia.
- 152 a.C. Claudio Marcelo firma acuerdos de paz con las tribus celtíberas. 152-151 a.C. Las tropas de Lúculo ocasionan el genocidio de Cauca (Coca), masacrando unos 30.000 habitantes de la ciudad.
- 150 a.C. El pretor Galba, mediante una treta, asesina a miles de lusitanos; uno de los pocos supervivientes se llama Viriato.
- 147 a.C. Viriato es elegido caudillo de las tribus lusitanas. Ese mismo año derrota a los romanos en Tribola y conquista Segobriga.
- 145 a.C. Los romanos recuperan la iniciativa frente a Viriato, el cual se atrinchera en la ciudad de Tucci.
- 143 a.C. Ofensiva lusitana que hace retroceder a los romanos.
- 140 a.C. Tras múltiples acciones victoriosas, Viriato firma la paz y Roma le concede el título de *amicus populi romani*.
- 139 a.C. Asesinato de Viriato. Meses más tarde finaliza la resistencia lusitana.
- 137 a.C. Los romanos conquistan Gallaecia. Ese mismo año el cónsul Hostilio sufre

una severa derrota a manos celtíberas.

134-133 a.C. Escipión Emiliano asedia Numancia. Tras meses de heroica resistencia la ciudad cae, siendo arrasada. Fin de las guerras celtíberas.

123-121 a.C. Los romanos conquistan las islas Baleares, fundando las colonias de Palma y Pollentia.

IV

LA NUEVA HISPANIA

Las provincias hispanas avanzaban en su progresiva romanización. La península Ibérica crecía en importancia debido a su enorme potencial económico y social. Hispania era la joya de Roma, y pronto se convirtió en escenario de batallas fratricidas por el control de la República. El ejemplo más claro lo constituyó Quinto Sertorio.

TIEMPOS INCIERTOS

Tras la conclusión de las guerras celtíberas y lusitanas en 133 a.C., son pocas las fuentes documentales que nos pongan en conocimiento de los años posteriores a esa fecha; únicamente la conquista de Baleares, ya mencionada. En consecuencia, hemos de suponer que los hechos producidos en este período final de siglo no fueron de especial relevancia en cuanto al aspecto militar, pero sí, en cambio, en lo que respecta a la colonización social y económica, que prosperó a buen ritmo.

Hispania se convirtió en una de las provincias más y mejor romanizadas de la República. Esto no es de extrañar si observamos el constante flujo humano que recibía la península Ibérica en aquel tiempo, principalmente el aportado por las propias legiones romanas, de las que manaban miles de licenciados que desestimaban la posibilidad de regresar a Italia, soñando con los beneficios que podrían recoger si se establecían en los fértiles valles hispanos.

En efecto, estos pobladores ocasionales comenzaron una lenta pero progresiva hibridación con los autóctonos. Paso a paso, fueron imponiendo sus costumbres y tradiciones. A finales del siglo II a.C., zonas del medio y bajo Ebro, junto a otras de Levante y a la totalidad del valle del Guadalquivir, se encontraban ya plenamente integradas en el *modus vivendi* romano. Sólo restaban por asimilar los intransigentes territorios del interior peninsular; las guerras libradas en ellos habían dejado una profunda huella de dolor y resentimiento entre las diferentes tribus sometidas.

En 114 a.C. estalla lo que se puede considerar una segunda guerra celtíbera y lusitana. Las causas fundamentales para este conflicto larvado, no declarado, debemos atribuir las seguramente al menguado reparto de tierras entre los vencidos y a la endémica pobreza de los estratos populares nativos. Estos ángulos, sumados a la innata rebeldía tribal, empujaron a decenas de ciudades y a miles de hombres a una contienda que duró casi veinte años y a la que Roma se empeñó en tildar como acciones de bandidaje.

Lo cierto es que, a tenor del esfuerzo bélico desplegado por la metrópoli latina, debemos presumir que aquello fue algo más que simples golpes ejecutados por bandoleros harapientos.

La situación en Roma tampoco era muy halagüeña, con un Senado preñado de magistrados incapaces, que pensaban más en su ascenso social que en proteger las fronteras exteriores de la República.

En Sicilia se desató una guerra servil, con numerosos contingentes de esclavos sublevados que clamaban por su libertad, y en el norte de Italia los pueblos cimbrios y teutones amenazaban con una invasión de la península Itálica. Eran años muy delicados, donde las legiones se debían multiplicar a fin de cubrir las fisuras que se estaban produciendo en los muros defensivos del futuro Imperio. Por tanto, no reconocer una guerra en Hispania implicaba evitar el envío de los ejércitos consulares necesarios para sofocar los inminentes peligros fronterizos. Lo de Hispania —aun siendo grave— se consideró como pequeñas revueltas internas a las que se daría un tratamiento casi de represión policial y poco más. Sin embargo, hay casos en este capítulo que pueden compararse a los de la guerra anterior, y llegan incluso a superarlos, con episodios ciertamente dramáticos.

Como decimos, en 114 a.C, el pretor de la Ulterior, Cayo Mario —futuro organizador del ejército romano—, tuvo que luchar contra diferentes bandas de lusitanos que se habían internado por la provincia sin que se pueda constatar victoria romana alguna ni, por supuesto, la pacificación tribal.

Dos años más tarde, otro pretor, Calpurnio Pisón Frugi, murió combatiendo a los lusitanos. Le sucedió Servio Galba, quien no pudo organizar en condiciones su potencial bélico al no recibir ningún refuerzo procedente de Roma. Los argumentos esgrimidos por el vacilante Senado fueron que aquellas tropas solicitadas por el pretor eran más necesarias en otros campos de batalla y no en Hispania, porque pensaban que las acciones de los lusitanos se podían considerar de ocasional rapiña y que debían ser controladas por las fuerzas disponibles en las provincias hispanas.

Todo cambió en 109 a.C, cuando mejoró la situación en los diferentes frentes militares. En ese año el escenario siciliano parecía encauzado y los bárbaros del norte se encontraban inactivos. Era el momento propicio para enviar a Servilio Cepión, un nuevo pretor, a Hispania, con considerables refuerzos. Sus operaciones militares en la Ulterior debieron de ser victoriosas, pues dos años más tarde regresó a Roma para recibir el *triumfo*.

Empero, los presuntos éxitos se tornaron trágicas derrotas en 105 a.C. En ese tiempo las legiones sucumbieron, no sólo en Hispania, sino también en la frontera norte de Italia y en Sicilia, donde se volvieron a sublevar inmensas masas de esclavos. La República romana parecía abocada a una implacable destrucción y sólo los dioses saben cómo se pudo recuperar para seguir adelante. Por lo demás, conocido es que

Roma estuvo agonizando a lo largo de sus casi mil años de gozosa existencia.

En 104 a.C., la osadía de los terribles cimbrios les condujo a superar los Pirineos occidentales, internándose por el valle del Ebro. A esta acción se la puede considerar como la primera invasión bárbara de la península Ibérica.

Afortunadamente, las correrías de los invasores duraron poco y éstos fueron repelidos, no por los dominadores romanos, sino por los ardorosos guerreros celtíberos. Este detalle debemos tenerlo en cuenta a la hora de valorar por qué se levantaron en armas los celtíberos por segunda vez. Las razzias cimbricas destaparon en Hispania una presunta fragilidad de las escasas dotaciones militares romanas acantonadas en el territorio peninsular. La constatación del hecho animó a numerosas ciudades que habían sufrido un humillante y vejatorio trato tras la rendición de Numancia, hacía ya treinta años. No obstante, la provincia Citerior fue gobernada por magistrados muy capaces, que supieron enfrentarse con mano muy dura a las poblaciones celtíberas levantiscas.

En el año 98 a.C. llegó a la Península el cónsul Tito Didio, al mando de un potente ejército legionario que sofocó el fuego de algunos núcleos resistentes, masacrando a 20.000 arévacos para dar escarmiento a los demás. En los cinco años que duró la represalia, además de matanzas se dismantelaron algunas ciudades como Termancia (Santa María de Tiermes, Soria), población vecina de Numancia y que también había resistido los ataques romanos. En este panorama desolador no se respetaron ni las propias ciudades construidas por los latinos; fue el caso de una urbe fundada por Cayo Mario de la que desconocemos el nombre pero sabemos la ubicación geográfica; parece ser que esta ciudad fue levantada para albergar tropas auxiliares celtíberas que habían ofrecido un magnífico rendimiento al pretor Mario en sus luchas contra los lusitanos. La plaza se encontraría cerca de Colenda (Cuéllar, Segovia), siendo arrasada tan sólo cinco años después de su construcción. ¿El motivo?, simplemente, que los antiguos aliados se rebelaron ante algunas exigencias romanas, y eso fue su perdición.

Como vemos, los métodos empleados en esta supuesta guerra fueron tan expeditivos como los utilizados en la primera contienda, aunque con menor número de batallas y mayor de escaramuzas, refriegas y masacres absurdas. En fin, son las cosas del mundo antiguo y del Imperio más violento de toda la epopeya humana.

En el año 93 a.C., la Hispania Ulterior y Citerior estaba prácticamente apaciguada, las tribus de arévacos, vacceos, turmógidos, vettones, lusitanos... habían sido sometidas hasta casi el silencio definitivo; veinte años de sangrías aborígenes y romanas que dejaban a la potencia ocupante con una hegemonía casi plena sobre la

península Ibérica.

LA ENCRUCIJADA DE QUINTO SERTORIO

El siglo I a.C. es, sin duda, el más interesante en la historia romana. En esta centuria aparecieron nombres de indeleble recuerdo para todos: Mario, Pompeyo, Craso, Julio César, Octavio... aunque nos vamos a detener por el momento en un hombre que dio mucho que hablar en Hispania durante los albores de este singular período; nos referimos, como es obvio, a Quinto Sertorio, un personaje enigmático ensalzado por unos y denostado por otros. En todo caso, la figura de Sertorio se nos ha presentado a lo largo del tiempo investida con el oropel de héroe popular; posiblemente muchos quisieron ver en este obstinado sabino al heredero, más o menos legítimo, del caudillo Viriato. Nada más lejos de lo cierto, como demuestra la documentación objetiva aportada por los más rigurosos investigadores históricos.

Sertorio trasladó sus cuitas con la oligarquía romana a la península Ibérica, lugar propicio por los antecedentes que ya conocemos para desarrollar un movimiento de resistencia contra el poder imperante en la metrópoli.

Sertorio no fue de hecho, tal y como pretenden algunos, un líder insurgente que luchó denodadamente contra el invasor; más bien se sirvió del tradicional enfrentamiento tribal que existía en Hispania contra las legiones romanas. Este hecho no debemos perderlo de vista en el encuadre general de la situación político-social hispana.

Nacido hacia el 122 a.C., Sertorio pertenecía a una influyente y enraizada familia romana. Siendo muy joven hizo armas luchando contra las tribus germánicas, principalmente cimbrios y teutones. Según cuentan las crónicas, siempre fue fiel al siete veces cónsul Mario, junto al que participó en algunas victorias. Contrajo méritos ante su líder cuando entró clandestinamente en un campamento bárbaro disfrazado con vestimentas gálicas; la información que obtuvo fue tan valiosa que se le concedió el crédito necesario para situarse al lado del mismísimo Mario. Años más tarde, cuando el cónsul luchaba en Hispania, el joven Sertorio destacó por una acción que lo hizo célebre; ocurrió en Castulo (Linares). Por entonces, algunas cohortes legionarias

se habían establecido en la ciudad para pertrecharse y descansar. Según la costumbre, los soldados de Roma eran alojados en casas particulares; la población, siempre abierta a cualquier conato de rebelión, decidió actuar instigada por algunos grupos de guerreros lusitanos que merodeaban el lugar. En una noche de triste recuerdo para Mario, todos los soldados que dormían en las casas de Castulo fueron degollados, sin que se pudieran defender. Sertorio fue uno de los pocos que logró escapar con vida de la carnicería, pero tuvo la suficiente decisión como para reorganizar a los huidos; mientras recibía los refuerzos de algunas tropas próximas a la zona. Con estos efectivos regresó a Castulo, sometiéndola a un ataque devastador que sirvió de venganza por la tropelía cometida anteriormente. La noticia llegó a Roma y el Senado consideró oportuno conceder a Sertorio la máxima distinción para estos casos; de ese modo ganó la corona cívica con hojas de roble, el mismo triunfo que alcanzaría un tal Julio César años después.

Sertorio mostró afinidad por la ideología política de su admirado Mario y, en consecuencia, se afilió al partido *popular* que luchaba contra los conservadores *optimates*, cuyo representante más destacado era Sila, futuro dictador sangriento de Roma. Recordemos que el primer tercio del siglo I a.C. fue convulso y atroz para los intereses romanos: guerras endémicas en las provincias, levantamientos terribles de los esclavos en Sicilia y azote permanente de los pueblos bárbaros. En cuanto al interior, las agotadoras guerras sociales habían causado innumerables bajas en las clases dominantes; en ese tiempo, cientos de senadores fueron asesinados por tal o cual partido, y tanta refriega política ocasionó miles de refugiados que marcharon al exilio para salvar sus vidas. Hispania se fue convirtiendo en un reducto de refugiados políticos a medida que transcurrían los acontecimientos en la capital del Tíber.

Entre el año 88 y el 81 a.C., Mario, Lépido y Cinna conspiraron varias veces, dispuestos a quedarse con el control de la República. Sin embargo, finalmente se impuso el partido senatorial de los *optimates*. En enero del 81 a.C., Sila entraba a sangre y fuego en Roma, en uno de los capítulos más vergonzosos de su historia y que, por motivos evidentes, no podemos analizar detenidamente, aunque sí diremos que fue entonces cuando empezó a ceder la cimentación republicana en favor de la estructura imperial.

Hasta esa fecha Sertorio había prosperado como magistrado romano. En el 83 a.C. fue pretor de la provincia Citerior en Hispania. Los acontecimientos de Roma lo dejaban al margen del poder, como a tantos de su facción ideológica. Sila promovió unas purgas lamentables entre buena parte de la aristocracia afín a Mario. Sertorio fue uno de los proscritos, quien se revolvió contra esa oligarquía reaccionaria

proclamando por su cuenta una guerra que le haría entrar en la leyenda.

Una vez destituido de su cargo como pretor, Sertorio tomó la iniciativa y con un puñado de soldados se hizo con el control de la Citerior. Su carisma y elocuencia ganaron para su causa a miles de veteranos legionarios que vivían como colonos en Hispania. Consiguió reunir un pequeño ejército de 9.000 efectivos que fraccionó en dos contingentes dispuestos a defender los pasos pirenaicos y el valle del Ebro contra las tropas que estaba a punto de enviar el dictador Sila.

Sertorio esperaba una reacción romana por su rebeldía. Ésta se produjo de inmediato, en la primavera de 81 a.C., cuando llegó el general Annio Lusco al mando de dos legiones que aplastaron sin miramientos a los 6.000 hombres dirigidos por Livio Salinator, lugarteniente de Sertorio. Quedaba claro que Roma no estaba dispuesta a ver cómo sus hijos levantaban armas contra ella, aunque fueran rotundos opositores a la forma de gobierno impuesta. Sertorio fue proclamado *hostis publicus*, es decir, enemigo público de Roma, y eso era lo peor que le podía ocurrir a un hombre en la antigüedad. Aun así, nuestro guerrero siguió combatiendo contra aquellos que lo perseguían.

Tras su derrota en los Pirineos se replegó junto a los restos de su ejército hasta Cartago Nova, donde embarcó rumbo a las costas africanas con la esperanza de rehacerse para contragolpear. Aquí nos encontramos cara a cara con la leyenda promovida por autores como Plutarco, quien no reparó en elogios literarios hacia uno de sus héroes favoritos. Debemos resumir algunas peripecias muy novelescas, aunque poco creíbles, como una supuesta estancia de Sertorio en las islas Afortunadas. Con todo, los avatares que se pueden mencionar de este tiempo son muy vistosos. Por ejemplo, la curiosa alianza que estableció con piratas cilicios que operaban en el occidente mediterráneo, teniendo a la isla de Ibiza como guarida de sus correrías. Junto a ellos puso pie en tierras mauritanas para luchar contra el rey Ascalis, llegando a tomar la ciudad de Tingis (Tánger).

Deshecha su hermandad ocasional con los piratas, volvió a la península Ibérica a petición expresa de las tribus lusitanas. Conocedoras de su valía militar, estaban deseosas de ofrecerle el mando para continuar la guerra contra Roma.

Sertorio no perdió la oportunidad de recuperar un ejército para enfrentarse a las tropas de su odiado Sila. Los lusitanos vieron en este exiliado buena parte de las virtudes recordadas de su héroe Viriato: magnanimidad, nobleza y cierto toque mesiánico que deslumbraba a los hombres, que le servían con absoluta lealtad. En efecto, Sertorio tenía un auténtico talento para conducir hombres a la guerra, se adaptaba como un guante al terreno que pisaba, sabía hablar a sus soldados con

palabras que ellos aceptaban y entendían. Fue un ingenioso general que no prosperó más en la historia por defender la facción perdedora; de lo contrario, quién sabe si a estas alturas no estaríamos hablando de uno de los mejores comandantes militares de todos los tiempos.

Quinto Sertorio desembarcó en la Lusitania meridional en la primavera de 80 a.C. con 2.600 legionarios y 700 auxiliares mauritanos. A esa reducida fuerza se unieron 4.000 infantes y 700 jinetes aportados por los lusitanos. Eran tan sólo 8.000 efectivos para guerrear en Hispania contra una fuerza varias veces superior. Pero, como decimos, Sertorio se acomodaba a las circunstancias y pronto supo sacar el mejor partido de sus nuevos aliados. Así resurgieron las guerrillas, la mejor táctica combativa de los bravos nativos.

La primera intención del flamante caudillo fue la de avanzar hacia el interior de Lusitania para incrementar el número de sus soldados. Sin embargo, fue interceptado por Silano Fufidio, pretor de la provincia Ulterior, y tuvo lugar una batalla que perdieron aparatosamente las tropas romanas, con más de 2.000 bajas. Este primer éxito dio alas al caudillo Sertorio, quien llegó a Lusitania en olor de multitudes y con tiempo suficiente para organizar la guerra tal y como él la concebía.

Sertorio, convertido en un magnífico propagandista, difundió su mensaje de odio entre las tribus celtíberas y lusitanas. Llegó incluso a decir que los dioses se comunicaban con él, dándole consejos a través de una cierva blanca. Este engaño, al parecer, gustaba mucho a los crédulos aborígenes, quienes recibían con entusiasmo y delirio cualquier nueva indicación del cielo. Y si ésta consistía en combatir con mayor ferocidad a los romanos, pues mucho mejor.

La osadía sertoriana insultó a los rectos senadores que rodeaban a Sila y esto trajo como consecuencia el incremento del número de legiones que iban a marchar hacia Hispania.

En el año 79 a.C. fue designado como procónsul Cecilio Metelo Pío, quien, al mando de dos legiones y sus tropas auxiliares, llegó a Hispania dispuesto a resolver por la fuerza el problema rebelde.

Metelo disponía de 40.000 hombres, que con rapidez iniciaron una ofensiva total desde el sur de la península Ibérica, una táctica de rodillo que aplastaría cualquier foco de resistencia desde el Algarve hasta el mismísimo corazón de Lusitania, y aún más allá si fuera necesario. De esta curiosa manera empezó a trazarse la Ruta de la Plata, una de las vías de comunicación más utilizadas desde ese tiempo hasta nuestros días.

El avance romano resultó incontestable, avasallador, y dejó incluso toponimia

ligada al propio Metelo, como Metellinum (Medellín), Castra Caecilia (cerca de Cáceres) y Vicus Caecilius (junto al puerto de Béjar).

Las tropas de Metelo tomaron Olisippo (Lisboa), para luego bajar por el sur hasta Lacobriga (Lagos), ciudad que asediaron. Mientras tanto, ¿qué hacía Sertorio?

La estrategia luso-romana era la única que se podía permitir: atacar una y otra vez sin plantear una batalla frontal. Los éxitos de Metelo se perfilaban como definitivos, pero Sertorio ideó una operación que a la postre le daría un excelente resultado. Conocedor de que se estaba organizando un ejército romano en la Citerior para su posterior conjunción con las tropas de Metelo, envió a Hirtuleyo, su mejor lugarteniente, con la intención de frenar cualquier envío de refuerzos desde la Citerior. Hirtuleyo cumplió las órdenes con brillante eficacia y logró contener las legiones del pretor Domicio Calvino en Consabura (Consuegra), ocasionándoles un auténtico desastre. Pero el bravo oficial no se conformó con este rotundo triunfo y prosiguió el avance hasta Ilerda (Lérida), donde volvió a derrotar a las tropas romanas de Lucio Manlio, procónsul de la provincia Narbonense, que también acudía en auxilio de Metelo.

Sertorio tenía ahora las manos libres para atacar al grueso del ejército romano, que seguía asediando a Lacobriga. El líder rebelde se las ingenió para introducir alimentos en la ciudad y, en una maniobra decisiva, pudo aniquilar a una legión entera que se había segregado del resto en busca del necesario trigo que alimentara a las tropas. Estos fracasos, sumados a la falta de refuerzos, provocaron que el prudente Metelo levantara el sitio, replegándose a la provincia Ulterior para invernar. En resumen, la campaña se zanjaba de forma negativa para Metelo y todo lo contrario para Sertorio, quien recuperaba ahora la iniciativa bélica en la Península. Todo un acontecimiento, dado el escaso contingente con el que contaba para derrotar a las potentes y disciplinadas legiones romanas dispuestas a destruirlo.

Sertorio entrenó a sus hombres de forma racional e inteligente: aprovechó sus dotes naturales para el combate y los entrenó con las fórmulas de adiestramiento romanas. Los convirtió en una mezcla de legionarios y guerrilleros, algo a lo que no se habían enfrentado los ejércitos convencionales de Roma jamás. Ése es, posiblemente, el factor fundamental que consiguió mantener esta desigual campaña durante ocho años.

Entre el 79 y 77 a.C., Sertorio tuvo en jaque al ejército de Metelo, y éste fue incapaz de traspasar las fronteras de la provincia Ulterior. Lusitania fue liberada de cualquier tipo de presión, con lo que Sertorio pensó en continuar con su ambicioso proyecto de expansión hacia la mismísima Roma. En el año 77 a.C. ordenó a su leal

Hirtuleyo que regresara a Lusitania para hacerse cargo de la defensa fronteriza, mientras él se dirigía con sus tropas hacia el valle del Ebro.

A la par que transcurrían estas acciones, en Roma se vivía un agitado panorama tras la muerte del dictador Sila, acontecida en 78 a.C. Era el momento de decidir el futuro de la República: por un lado, quedaba lo impuesto por el autócrata, como las defenestraciones de las élites caballerescas, la degradación hecha con los tribunos de la plebe o el exilio ordenado contra miles de proscritos afines al partido *popular*; por otro, se encontraba la profunda renovación que exigía aquella circunstancia, difícilmente asumible por las clases acomodadas que se habían refugiado en torno al anterior mandatario.

El rebelde y popular Lépido aprovechó aquella confusión para proclamarse cónsul anual. Desde su posición intentó abolir las leyes silanas, solapándolas con otras propias más acordes con los ideales del glorificado Mario. La reacción senatorial no se hizo esperar: se encargó a Pompeyo y Catulo —dos magníficos generales— que barrieran del mapa a Lépido y los suyos.

Una vez más, Roma bordeaba la tragedia, y ésta se consumó en el campo Marcio, muy cercano a la capital, donde se produjo una masacre entre fuerzas de ambas facciones. El resultado benefició a las tropas senatoriales y Lépido tuvo que huir a Etruria, para posteriormente trasladarse a Cerdeña, donde murió. Los restos de su ejército, todavía numerosos, fueron dirigidos por el general Perpenna hacia Hispania. Allí se unieron a las fuerzas de Sertorio, quien recibió complacido esos refuerzos inesperados.

El caudillo rebelde disponía ahora de 20.000 infantes y 1.500 jinetes provenientes de las fuerzas populares; este contingente, sumado a sus tropas irregulares de aborígenes, empezaba a ofrecer un aspecto bastante lustroso. Ya no existían motivos para seguir ejerciendo la guerra de guerrillas, muy ventajosa para la supervivencia, aunque sin otra ambición que permanecer a la defensiva. Sertorio se creyó entonces en posesión de una oportunidad única para conseguir el poder de Roma, un sueño que parecía más tangible que nunca.

Con la decisión de un loco visionario, comenzó a instruir a sus nuevos soldados. Durante el invierno de 77-76 a.C., miles de efectivos romanos y nativos se ejercitaron en decenas de maniobras castrenses, prepararon nuevas armas y se distribuyeron propagandistas que trasladaron el ideal sertoriano a cientos de pueblos y ciudades.

Sertorio creó un Senado en la sombra siguiendo el modelo romano; sus miembros provenían en su mayor parte del exilio disconforme con la autoridad de Sila. Este atrevimiento nos da fiel muestra de lo fuerte que se sentía aquel hombre mitad

soldado mitad aventurero.

El espejismo sertoriano llegó incluso a fundar una escuela de alta educación en Osca (Huesca), destinada a los hijos de algunos magnates nativos, con el fin de instruirlos en nobles disciplinas académicas que los impulsaran a la futura cúpula dirigente que gobernaría los designios romanos. Bien es cierto que debemos imaginar que este asunto no fue más que una treta elaborada por Sertorio para mantener rehenes amistosos y así evitar cualquier deserción aborigen.

El problema hispano se hizo intolerable para el Senado romano, que no reconocía a Sertorio en ningún término. Ni siquiera a la muerte de Sila disminuyó la presión sobre aquel incómodo guerrero. Quinto Sertorio, lejos de ser amnistiado, debía ser suprimido por el bien de la República, y en consecuencia se empezó a trabajar para enviar un ejército incontestable que aplastara la rebelión hispana.

Se eligió para esa misión a Cneo Pompeyo, un joven militar que había acreditado su valía en las campañas contra los ejércitos de Mario. Su extracción social lo situaba en un lugar preponderante de la vida romana. Acaudalado e idealista, levantó por su cuenta un ejército privado que puso sin reparos al servicio de Sila; luchó en África y en Italia, y cuando estaba a punto de licenciar a sus hombres le llegó la petición senatorial que lo condujo a Hispania como *imperium extraordinarium*, un procónsul ocasional surgido de la necesidad del momento. Pompeyo no desarrolló ninguna carrera política, sólo su talento y dinero le procuraron el ascenso a lo más elevado del escenario romano.

Mientras esto se gestaba, Quinto Sertorio seguía extendiendo su poder por la península Ibérica. Asedió y conquistó ciudades filorromanas como Caraca o Contrebia, con lo que se aseguró el dominio de la Citerior y la *devotio* de numerosas tribus celtíberas; únicamente rehusó lanzar ofensiva alguna contra la Ulterior, donde se acantonaban las poderosas legiones de Metelo.

En la primavera de 76 a.C., las tropas gubernamentales romanas, compuestas por 50.000 infantes y 1.500 jinetes, se encontraban acuarteladas y listas en los alrededores de Ampurias. Sertorio, consciente de la gravedad del caso, dispuso algunas tácticas que impidieran la confluencia de las tropas de Metelo con las de Pompeyo, ya que si eso se producía unos 100.000 hombres se abalanzarían sobre sus siempre escasos efectivos. Por tanto, se imponía un vez más la lucha guerrillera, y a tal efecto encomendó a su buen lugarteniente Hirtuleyo que hostigase incansablemente al ejército de Metelo para evitar su salida de la Ulterior.

Por su parte, Sertorio avanzó por el valle del Ebro para reclutar contingentes nativos en las ciudades aliadas que componían el núcleo duro de su poder territorial.

Fueron los casos de Graccurris, Calagurris y Vareia, plazas situadas en la actual comunidad riojana. Para frenar a Pompeyo envió al general Perpenna con el total del ejército que había llegado de Cerdeña. La misión de estos hombres era la de contener a los legionarios pompeyanos en la línea marcada por el río Ebro. Ése era a grandes rasgos el plan de campaña establecido por Sertorio.

Por su parte, Pompeyo decidió conquistar la costa mediterránea peninsular para unir sus fuerzas a las de Metelo y juntos lanzar la ofensiva definitiva sobre los sertorianos. La estrategia planteada por el optimato era a todas luces muy viable: destacó a Memmio, uno de sus mejores oficiales, para que tomase Cartago Nova por vía marítima. Con esta acción se ejercería un efecto tenaza sobre las posiciones sertorianas, lo que facilitaría la derrota de los rebeldes. Memmio culminó con éxito la misión, pero quedó aislado en la ciudad por tropas enviadas desde el interior por un Sertorio que avanzaba a toda prisa hacia el teatro de operaciones, mientras Perpenna se batía con escaso éxito ante el contundente ataque del ejército gubernamental. En efecto, las legiones sertorianas que debían defender la línea del Ebro habían sido superadas con creces, provocando su retirada a Valentia, uno de los reductos más fieles a Sertorio y su política. Pompeyo, tras su victoria en el Ebro, mantuvo la persecución sobre los vencidos, pasando por Sagunto y amenazando peligrosamente la plaza donde se habían refugiado los restos del ejército dirigido por el general Perpenna. Sertorio, conocedor del desastre, se dirigió con todos los efectivos disponibles a socorrer Valentia. Entre ambos ejércitos se encontraba la ciudad filorromana de Lauro (posiblemente Liria), a la que Sertorio sometió a un riguroso asedio y posterior destrucción. De nada sirvieron los intentos pompeyanos por salvar la ciudad, llegando incluso a perder a unos 10.000 legionarios en el envite. Pompeyo se vio obligado a replegarse hasta más allá del Ebro y Sertorio conseguía de nuevo salvar una situación cada vez más adversa para sus intereses.

En el frente sur se complicó la situación para los sertorianos. Hirtuleyo cedió incomprensiblemente a la tentación de presentar batalla en campo abierto ante las tropas de Metelo, quien asestó un golpe mortal a los sertorianos en Itálica. Así finalizaba la campaña de 76 a.C., con un Sertorio en posición ventajosa y manteniendo a raya a los dos ejércitos que lo amenazaban. Además, el único desastre sufrido en la Ulterior fue subsanado con la recluta de nuevos soldados nativos.

EL FIN DE LA AVENTURA

La campaña de 75 a.C. fue nefasta para los intereses del caudillo lusitano. Pompeyo atacó con virulencia y conquistó por fin la ciudad de Valentia, mientras en la Ulterior Hirtuleyo era nuevamente derrotado y en esta ocasión muerto por las tropas de Metelo. Por su parte, Sertorio intentó plantear una crucial batalla en la línea del río Sucro (Júcar), y aunque el resultado no se decantó por ninguno de los bandos, no se pudo evitar que las victoriosas legiones de Metelo se unieran por fin a las de Pompeyo. La suerte del líder hispano-romano estaba echada; ya sólo le quedaba retroceder hasta sus núcleos de resistencia en el norte. Eso sí, se retiró haciendo pagar muy caro cada metro de avance romano, por más que en algunas ocasiones las tropas dirigidas por él personalmente quedaran sitiadas en ciudades como Sagunto o Clunia (Coruña del Conde). Fue una retirada dolorosa que no obstante evitó el desastre final ese mismo año.

Llegó el invierno y los ejércitos se acuartelaron como de costumbre: Pompeyo lo hizo en su campamento favorito de los Pirineos, un lugar al que llamó como él, Pompaelo (Pamplona), sito en la zona de sus aliados vascones. Metelo se dirigió mientras tanto a las Galias, para reabastecerse.

En el año 74 a.C. se desató una campaña destinada a destruir los centros de abastecimiento sertorianos. Pompeyo se dirigió al sur asediando Pallantia (Palencia), empresa que no culminó con éxito; sí, en cambio, consiguió el objetivo de tomar Cauca (Coca). Por otro lado, Metelo atacó desde el este, arrasando algunas localidades como Bilbilis y Segobriga. Al final del año, los dos ejércitos optimates se unieron para lanzar un golpe definitivo sobre Calagurris (Calahorra), pero chocaron frontalmente con la heroica resistencia de sus habitantes, magistralmente dirigidos por el propio Quinto Sertorio. El asedio se tuvo que desestimar tras haber perdido más de 3.000 legionarios en los combates que se libraron en los muros de la ciudad. Llegó entonces el invierno, obligando a los contendientes a una retirada que sirvió para, en el caso romano, recibir oportunos refuerzos de Roma, y en el caso sertoriano, tomar un aliviador respiro. Quedaba claro que el sueño de Quinto Sertorio había pasado a mejor vida; se difuminaban las ambiciones de poseer Roma, el Senado paralelo y las

promesas de paridad en el trato con las provincias hispanas. El presente hablaba de resistencia a ultranza, de guerrillas tribales, de sobrevivir un día más esperando el desenlace inevitable. Pompeyo y Metelo sabían que la victoria era cuestión de tiempo. ¿Pero cuánto? Sertorio, sin avituallamiento ni tropas de refresco, caería tarde o temprano; no obstante, su raza imbatible lo convertía en un peligroso enemigo aun herido.

Por tanto, si se deseaba resolver con urgencia la cuestión sertoriana, no quedaba más remedio que acudir a las consabidas fórmulas de subvencionar una traición o, en todo caso, promover la idea de perdón para todos aquellos que desertaran de la ya estéril causa. En consecuencia, Metelo puso precio a la cabeza de Sertorio, mientras ponía en conocimiento de los rebeldes las promesas de amnistía trazadas desde Roma para los que hicieran defección de los ejércitos sertorianos. Estas noticias provocaron el desasosiego entre los hombres que seguían rodeando al caudillo guerrillero. El propio Sertorio agrió su carácter otrora afable, tornándolo en desconfiado y agresivo. Cual lobo herido decidió seguir plantando cara al enemigo. Tan sólo le quedaban unas pocas ciudades leales, entre ellas Ilerda, Osca o Calagurris; aun así, confiaba en resistir lo suficiente hasta alcanzar un pacto con Roma. Pero ya era demasiado tarde; él mismo no ignoraba que se había convertido en un obstáculo para todos. Los indígenas, hasta entonces principal sustento de su ejército y de su política, ya no eran sus fieles amigos y seguidores; al fin y al cabo, ellos luchaban contra Roma y no entendían de facciones, partidos o ideologías. Sertorio les prometió la victoria pero ésta no se consumaba y sí, en cambio, tuvo lugar una venganza inexplicable en la carne de algunos hijos de caciques, los cuales fueron asesinados o vendidos como esclavos en Osca, la capital sertoriana que presuntamente los estaba educando. Al parecer, Sertorio desarbó una conjura nativa y pagaron las culpas aquellos jóvenes que años antes iban a servir como magistrados del nuevo gobierno provincial romano.

La deserción aborígen se sumó a las dudas de los exiliados que acompañaban a Sertorio en su guerra; ahora se les ofrecía a éstos el perdón y la rehabilitación social en una Roma deseosa de olvidar el pasado. En resumen, Sertorio se había quedado solo y a merced de sus antiguos aliados, y éstos no tuvieron el menor inconveniente en conjurarse para asesinarlo en un banquete celebrado en Osca. Era el fin de ocho años cuajados de combates, batallas y guerras, muerte, desolación y una Hispania destrozada en buena parte de su territorio.

El general Perpenna se hizo cargo de las tropas supervivientes y con ellas se enfrentó a Pompeyo hasta ser derrotado y muerto. Algunas ciudades, como las celtíberas Uxama, Termancia y Clunia, sumadas a Osca y Calagurris en el valle del

Ebro o Valentia en la costa, mantuvieron su *devotio* a Sertorio y resistieron heroicamente hasta las últimas consecuencias. En el caso especial de Calagurris, debemos resaltar que la defensa propuesta por sus habitantes fue extrema y desesperada, con tintes parecidos o superiores a los de la mítica Numancia.

En el año 72 a.C. cesaba cualquier clase de resistencia a los ejércitos senatoriales romanos. Pompeyo dedicó el epílogo de las guerras sertorianas a pacificar la provincia Citerior, que estaba bajo su mando, a la par que reflejaba su carismática influencia sobre la Ulterior, y concedía la ciudadanía romana a todas aquellas poblaciones aborígenes que se habían mostrado amigables con los intereses de la República.

Implacable con los enemigos, se jactó de haber dominado 876 poblaciones autóctonas entre la Galia e Hispania; suponemos que la cifra englobaría reductos, fortalezas, aldeas, pueblos y ciudades, de lo contrario su afirmación nos obligaría a pensar que Pompeyo era algo exagerado. Otorgó tierras cultivables y ensanchamiento de fronteras internas a todos aquellos que lucharon a su lado, dejando un imborrable recuerdo entre vencidos y aliados: en los unos, por la ferocidad demostrada contra ellos, y en los otros, por la magnanimidad de aquel llamado a descollar en un siglo tan fundamental para la epopeya romana.

Una vez concluido el trabajo, marchó a Roma para recibir los honores del triunfo. Previamente, y para recuerdo indeleble de su actuación en Hispania, ordenó construir un monumento conmemorativo que ensalzara sus victorias; fue levantado en la puerta de los pasos pirenaicos para aviso de todos los que entraran en la Península: una mole pétrea majestuosa coronada por la imagen del propio Pompeyo. El orgulloso general fue recibido en Roma como héroe liquidador de aquella contienda tan molesta para la potencia, indudable germen del futuro Imperio, pues a nadie se le escapó que desde entonces el Senado republicano perdió fuelle ante individuos con carisma capaces de aglutinar la lealtad de unas cuantas legiones.

En las dos décadas siguientes, hasta la guerra civil protagonizada por Julio César y Pompeyo, se destacan muy pocos acontecimientos en la historia de las provincias hispanas. Tan sólo podemos deducir que los nativos se siguieron sublevando a su antojo, con las consiguientes represalias romanas. El espíritu de libertad irreductible acompañó a la Península mientras se cristalizaba su romanización. Al margen de esta integración cultural, social, política, militar y económica, quedaban los territorios astures y cántabros, lugares donde los romanos no se habían internado por diferentes motivos, uno de ellos la belicosidad tribal contrastada, y otro, no menos importante, la dificultosa orografía de la cornisa cantábrica.

En el año 61 a.C., Julio César era elegido pretor de la provincia Ulterior; una década más tarde sería, junto a Pompeyo, el gran protagonista de la guerra civil que definiría el destino de Roma.

CRONOLOGÍA

Segundo levantamiento celtíbero-lusitano y guerras sertorianas

114 a.C. Gran sublevación de las tribus celtíberas y lusitanas.

109 a.C. El cónsul Servilio Cepión acude a la Península con importantes refuerzos. En ese mismo año llegan las victorias romanas.

105 a.C. Desastres militares romanos en las fronteras exteriores, incluida Hispania.

104 a.C. Bandas de cimbrios se internan por el valle del Ebro, siendo repelidas por las tribus celtíberas.

98 a.C. Las tropas del cónsul Tito Didio masacran a más de 20.000 arévacos en la Celtiberia. En ese tiempo, destrucción de Termancia (Santa María de Tiermes, Soria).

93 a.C. Pacificación total de las tribus lusitanas y celtíberas, tras veinte años de agotadora contienda.

83 a.C. Quinto Sertorio, pretor de la provincia Citerior.

82 a.C. Sertorio se levanta contra la dictadura de Sila.

81 a.C. Tras su derrota en los Pirineos, Sertorio huye de la Península.

80 a.C. Sertorio regresa a la Península como caudillo de los lusitanos.

79 a.C. El general Metelo llega a Hispania con 40.000 legionarios. Su campaña contra Sertorio trazará la futura Ruta de la Plata.

78 a.C. Muerte del dictador Sila.

77 a.C. Punto álgido de las victorias sertorianas.

76 a.C. Pompeyo llega a la Península con 50.000 infantes y 1.500 jinetes.

75 a.C. Victorias de los ejércitos gubernamentales sobre los sertorianos. Fundación de Pompaelo (Pamplona).

74 a.C. Defensa heroica de Calagurris ante los ejércitos de Pompeyo y Metelo.

73 a.C. Sertorio es asesinado en Osca (Huesca) por medio de una conjura a cuyo frente se encuentra el general Perpenna.

72 a.C. Pompeyo pacifica la península Ibérica y regresa a Roma.

61 a.C. Julio César es elegido pretor de la provincia Ulterior.

V

LA HISPANIA DE JULIO CÉSAR

Julio César mantuvo una intensa relación con Hispania, que se prolongó más de treinta años. Diferentes cargos y la guerra contra Pompeyo posibilitaron su presencia en la Península durante largos períodos, que sirvieron para estrechar lazos de inquebrantable amistad entre la provincia y la metrópoli.

EL CARISMA DE CÉSAR

A nadie se le escapa la celebridad de Cayo Julio César; su innegable talento lo convirtió en el arquitecto indiscutible del Imperio romano. Pero es sin duda Hispania uno de los promontorios fundamentales desde donde divisar su inmensa figura como genio militar y visionario de los acontecimientos trascendentales que ocurrían en una Roma abocada al fracaso republicano.

Aunque su biografía es sobradamente conocida, bueno será que nos acerquemos a algunos de los aspectos más significativos de su peripecia vital.

Nos encontramos en una calurosa mañana del decimotercer día de *Quintilis* (julio) en el 653 después de la fundación de Roma (100 a.C.). La hermosa Aurelia, una patricia de clase media sometida a los rigores de un barrio romano extremadamente modesto, se disponía para el parto. Los galenos y asistentes en general reflejaban en su rostro cierta preocupación, ante la dificultad del nacimiento de un niño que no terminaba de salir del seno materno. La sudorosa madre era joven y fuerte, aunque eso no parecía ayudarla en los esfuerzos por culminar aquel angustioso trance. Los médicos, viendo que peligraban las vidas de madre e hijo, decidieron abrir a la desesperada extrayendo al bebé. Afortunadamente todo salió bien y se pudo escuchar el potente llanto de aquella criatura que asombraría al mundo conocido: había nacido Cayo Julio César mediante una operación que desde entonces llevaría su nombre: *cesárea*.

La familia, aunque noble, era económicamente modesta. Entre los ancestros del clan figuraba, según la tradición, la mismísima y erótica diosa Venus, algo que César llevó a gala durante toda su vida y que lo ayudó anímicamente en los tiempos de necesidad. Formar parte de la aristocracia le sirvió en sus primeros años públicos, aún más siendo como era sobrino del gran Mario, hombre al que quiso como a un padre, pues César quedó huérfano de su progenitor a temprana edad. A imitación de su padre, se afilió al partido de los «populares» y participó en los múltiples y enrevesados escenarios planteados por las refriegas entre los suyos y los *optimates*.

Con 16 años se casó con Cornelia, hija de Cinna, uno de los principales lugartenientes de Mario, y fue nombrado *flamen dialis* o sacerdote de Júpiter. Dos

años después sufrió la persecución como otros muchos proscritos populares del general Sila, quien estaba empeñado en disolver los férreos vínculos matrimoniales de las casas nobles romanas.

Miles de personas se vieron forzadas al exilio y cientos de parejas fueron divorciadas muy a su pesar. Cuando le llegó el turno a César, los emisarios del dictador sólo obtuvieron como respuesta una de las frases que desde entonces pasaría a la historia: «Dile a tu amo que en César sólo manda César».

La respuesta del tirano no se hizo esperar. Condenó a muerte al insolente sacerdote; una drástica decisión que conmocionó incluso a los partidarios de Sila. Éstos no tardaron en avisar a César, quien, presa de unas fortísimas fiebres, huyó de Roma a uña de caballo. El muchacho encontró cobijo en los bosques próximos a la ciudad; allí descansó y curó su enfermedad gracias a los cuidados de gentes humildes; de esa manera salvó su vida el futuro líder de la potencia más influyente del mundo antiguo.

Era de cuerpo menudo y con escasa musculatura, teniendo además una incipiente alopecia que le causaba un profundo complejo. Qué curioso es este dato si tenemos en cuenta que la palabra César significa «cabellera». No obstante, su mirada penetrante, sus rasgos agraciados, y sobre todo su extensa cultura y aguda inteligencia, le otorgaban una aureola digna de ser recordada en los anales históricos.

Tras un período de exilio, Sila le concedió el perdón a instancias de sus seguidores. Mientras firmaba el documento, aquel feroz dictador pronunció una intuitiva y certera frase: «Alegraos con su perdón, pero no olvidéis lo que os digo, porque un día ese joven de aspecto indolente e inofensivo causará la ruina de vuestra causa. ¡Hay muchos Marios en César!». No le faltó razón.

Una vez llegado a Roma, César pidió a Sila que lo destituyera de su cargo como sacerdote de Júpiter, cosa que el dictador concedió al instante, quitándose de un plumazo a un molesto senador, ya que César tampoco contaba con recursos económicos para serlo.

Con 19 años se alistó como oficial en las legiones de Minucio Termo que combatían en Oriente. En este destino el joven asombró a todos ganando la famosa corona cívica después de protagonizar heroicas gestas en el asalto a una ciudad enemiga. La corona cívica era la más alta condecoración romana al valor, y todo aquel que la ganara entraba por derecho propio en el Senado romano. En esta ocasión César aprovecharía bien su cargo para el ascenso social que tanto ansiaba, y emulaba a su tío el gran Mario, siguiendo los postulados políticos de éste y soñando con profundas reformas sociales para una Roma sumida por entonces en una grave crisis.

Con veinticinco años, y buscando una mejor formación, viajó a la isla de Rodas para estudiar retórica. A su vuelta nos encontramos con otra de las famosas anécdotas que nos hablan del carácter y personalidad de Cayo Julio César: en plena navegación su barco fue interceptado por piratas cilicios (griegos), que apresaron a los pasajeros y a la tripulación. Según la costumbre de la época, lo habitual era pedir rescate a las familias por aquellos que a juicio de los captores lo valieran, pero al ver a César, el jefe de los piratas exclamó: «Por este joven aristócrata sin importancia no pagarán ni veinte talentos de plata». César reaccionó de forma violenta y airada, espetando al curtido capitán que por él, no veinte, sino cincuenta talentos se pagarían, ya que era descendiente de la diosa Venus. Los piratas sonrieron irónicamente, aceptando el reto; pidieron el rescate y advirtieron al preso que, de no pagarse, lo crucificarían.

César, en compañía de un esclavo, aguardó con paciencia y resignación su incierto futuro dentro de la guarida pirata, mientras que su madre, Aurelia, ya informada del rescate pedido por los griegos, reunió con presteza la cantidad solicitada y la envió con la esperanza de recuperar pronto a su hijo.

Los cincuenta talentos de plata llegaron a la isla. Entonces el jefe bandido, satisfecho por el botín obtenido, puso en libertad al prisionero. Este, que no estaba dispuesto a dejar pasar ese momento sin venganza, le dijo: «Ahora deberás temer tú, porque volveré para crucificarte a ti y a los tuyos». Dicho esto, regresó a Italia, donde convenció a unos armadores para que fletaran naves de guerra que él mismo guio hacia la morada de los piratas. Allí los venció y, cumpliendo su amenaza, ordenó la crucifixión de todos. A partir de entonces, nadie volvió a poner en duda la palabra de Julio César.

Desde ese momento, inició una carrera política imparable, recurriendo al soborno siempre que fuera necesario, ganando todas las elecciones a las que se presentaba y llevando a juicio a muchos senadores corruptos, granjeándose así la simpatía del pueblo.

A los 31 años recaló en Hispania como cuestor de la provincia Ulterior. Fue su primer contacto con la península Ibérica. Allí se impregnó de las mejores esencias del rico valle del Guadalquivir; recuerdos imborrables que lo pondrían en la pista decisiva de sus futuras actuaciones en pos del triunfo final que le concediera poder absoluto en la Roma que soñaba. Hispania y sus inagotables recursos materiales y humanos supondrían el puente necesario para la consumación de los fines ambicionados. En 68 a.C. regresó a la ciudad eterna dispuesto a seguir ascendiendo en el escalafón social. Volvería siete años más tarde, siendo pretor de aquella provincia tan querida por él.

PRETOR DE LA ULTERIOR

Julio César entendió de inmediato la importancia fundamental de Hispania en el amplio contexto romano. La Península era campo ideal para que cualquiera con aspiraciones en la cúpula de la República pudiera aumentar su prestigio y fuerza.

En 61 a.C., el azar o el destino lo condujo de nuevo a una tierra cuajada de posibilidades para él: la inmensidad territorial, una demografía adecuada para nutrir legiones y, sobre todo, riqueza inagotable para sustentar las necesarias acciones bélicas que lo revalorizaran ante el Senado romano.

César eligió Gades como sede del gobierno civil. Embelleció la ciudad y apostó seriamente por una bajada de impuestos. Lo cierto es que, desde las guerras sertorianas, la presión fiscal ejercida sobre las provincias hispanas se había convertido en asfixiante, por lo que las medidas emprendidas por el nuevo pretor fueron muy bien acogidas. Este afán por agradar a los ciudadanos de la Ulterior tenía desde luego varias lecturas, aunque la principal nos dice que Julio César trataba de establecer vínculos clientelares con buena parte de las élites hispanas; asunto vital cuando de proyección política se trataba. En ese sentido, la Ulterior era uno de los pilares coloniales de la República romana y contar con su adhesión suponía recibir un fuerte impulso hacia el poder —Pompeyo había realizado algo parecido mientras gobernó la Citerior—; como vemos, el teatro de la guerra civil posterior estaba desplegando todas las piezas y protagonistas en el escenario. Hispania aportaría variado atrezo y público más que activo.

Las alianzas sociales concedían apoyo moral y económico, pero César sabía que eso suponía tan sólo una parte del pastel. Si realmente ambicionaba el poder absoluto se debería acreditar como consumado militar, alguien a quien no le temblara el pulso a la hora de tomar decisiones tajantes, aunque fueran sangrientas.

La Ulterior se prestaba para esos fines. Siempre hubo, desde los tiempos remotos, levantamientos, razias o asaltos de las tribus del interior y, en consecuencia, cualquier pretexto sería bueno para iniciar la necesaria guerra.

César estudió con precisión la idiosincrasia de los lusitanos —a los que había elegido como enemigos—. Durante semanas, diferentes especialistas lo informaron

sobre costumbres, tradiciones y forma de vida de aquellos pueblos rebeldes y amantes de la independencia. Mientras esto ocurría, las dos legiones asignadas a la provincia se adiestraban en el combate y se iban integrando paulatinamente al paisaje por el que iban a guerrear.

César ordenó la recluta de una nueva legión, compuesta esencialmente por veteranos itálicos establecidos en la Península tras su licenciamiento. Por tanto, el pretor se dispuso para el conflicto con fuerzas romanas de auténtica élite y con muy poca aportación aborígen. Este trance tampoco se nos debe escapar, ya que César, como hemos dicho, preparaba un gran triunfo que le otorgara la confianza y el beneplácito del pueblo romano; luchar sólo con legionarios de pura raza crearía vínculos indisolubles entre el líder y sus hombres en caso de victoria. Eso, por supuesto, sería otro factor a sumar en la lista de previsiones cesarianas.

La guerra empezó como todas las guerras, por un motivo absurdo; los romanos ordenaron a las tribus lusitanas alojadas en la Sierra de la Estrella que abandonaran sus aldeas para censarse en el llano; de esa forma, estarían controladas y se evitarían las acostumbradas razzias veraniegas que sufría la Ulterior. César era consciente de que esta imposición sería rechazada, y así fue. Sin esperar más, el ejército romano superó la línea del Guadiana y avanzó como un rodillo hasta la frontera del Duero. El oeste peninsular poco o nada pudo hacer ante los curtidos legionarios: decenas de ciudades fueron saqueadas y la resistencia apenas logró ocasionar daños de importancia. Las tropas romanas se internaron por los territorios galaicos, una zona poco explorada desde la expedición de Bruto en 137 a.C. Sin embargo, tuvieron que retroceder a sabiendas de que los lusitanos se estaban reorganizando en el sur para lanzar una contraofensiva. César llegó hasta la costa, muy cerca de Lisboa, donde disgregó a los nativos, que escaparon a una isla próxima al litoral. Ante la imposibilidad de perseguirlos por mar, solicitó que una flota zarpara de Gades para ayudar en ese propósito. Las naves cumplieron su objetivo y los lusitanos fueron reducidos a la nada. No contento con esta sonora victoria, aprovechó su nueva escuadra naval para realizar una operación anfibia por las costas situadas al norte del Duero. Los galaicos sufrieron el ataque por sorpresa y tan sólo pudieron ofrecer una mínima resistencia en Brigantium (Betanzos, La Coruña), donde, finalmente, las armas romanas salieron victoriosas tras una cruel matanza.

Julio César fue proclamado *imperator* por sus hombres; el plan se había cumplido y ahora contaba con una clientela insobornable. Bueno, esto último se trastocó sensiblemente cuando el propio César llenó de oro las bolsas de sus legionarios a costa de los resignados aborígenes hispanos, los cuales vieron sus poblaciones

esquilmadas para mayor gloria de un hombre que soñaba con el Imperio. El botín capturado sirvió, no sólo para recompensar a sus soldados, sino también para enviar gran parte de la riqueza obtenida a Roma, lo que justificaba de facto aquella guerra. Huelga comentar que César se quedó con la mejor tajada, lo que le permitió pagar sus abundantes deudas en la metrópoli. En resumen, Hispania cumplió una vez más con su papel de provincia dedicada a la explotación intensiva: no sólo llenaba los graneros de Roma, sino que hacía lo propio con privados aspirantes a detentar el poder de la República.

Tras derrotar a los galaicos, las tropas romanas reembarcaron en las naves para regresar a Gades. César se mostraba impaciente por volver a Roma, su ego era conecedor de que el recibimiento sería apoteósico y el triunfo estaba al alcance de su mano. Aquí inscribimos la célebre escena de Julio César ante la estatua del conquistador macedonio Alejandro Magno. Según se cuenta, tras arribar a Gades, el pretor inició los preparativos de su marcha; estaba eufórico por su reciente victoria. Sin embargo, un buen día se desmoronó ante la visión pétrea del mayor comandante militar del mundo antiguo, cayó postrado de rodillas y empezó a sollozar con un tremendo desconsuelo; dicen que alguien le escuchó unas palabras muy orientativas sobre su inquieta ambición; más o menos vino a expresar que él con 40 años no había conseguido nada comparado con lo obtenido por el gran Alejandro, de tan sólo 32 años. En fin, son las veleidades infantiles permitidas a los grandes personajes históricos. Afortunadamente para César y para Roma, el destino le concedió oportunidades únicas que supo aprovechar, una de ellas el triunvirato compartido con Craso y Pompeyo, lo que le concedió un nuevo teatro de operaciones que ensalzara su gloria; nos referimos a las Galias, donde en una campaña sin parangón en toda la historia fue capaz, al frente de diez legiones, de someter a tres millones de celtas: un millón fueron muertos; otro, esclavizado, y el último, sometido. No obstante, tanta fama terminó por engendrar innumerables envidias y enemigos; Julio César se había convertido en un claro opositor a las formas republicanas.

Tras la espectacular victoria en las Galias llegaba el momento de romper las reglas del juego. César cruzó el río Rubicón en el año 49 a.C., y con ello la suerte de Roma quedó echada. Al frente de dos fieles legiones, dio el paso más arriesgado de su vida. Según parece no obligó a que sus soldados lo siguieran en aquella aventura, aunque la respuesta legionaria fue rotunda: «César o nada». Éste fue el premio a un trabajo bien hecho; recordemos que estuvo ganando adeptos a su causa desde bien jovencito, pasando por sus cargos públicos en Hispania. Ahora, ante el reto de enterrar a la República, contaba con el apoyo total de numerosas legiones que habían combatido

con honor a su lado en decisivas campañas militares.

DUELO DE TITANES

Para entender mejor lo que se estaba gestando en Roma, debemos retroceder unos años a fin de esclarecer algunos factores que desembocaron en la guerra civil.

En 60 a.C., Julio César regresó a Italia dispuesto a presentarse como candidato al consulado anual. Sus enemigos, siempre alerta, procuraron retrasar en lo posible su entrada en la ciudad. La explicación a ese gesto es sencilla: César se había hecho merecedor del triunfo por sus éxitos en la península Ibérica y ese merecimiento no podía coincidir en el tiempo con ninguna candidatura. De ese modo se optaba por una de las dos posibilidades. Nuestro personaje, deductivo como pocos, renunció al triunfo y buscó un acuerdo ventajoso con Pompeyo, quien por entonces estaba profundamente enemistado con el Senado. A estos dos ilustres ciudadanos se unió Craso, el hombre más rico de la República, y así quedó conformado el mal llamado triunvirato, pues no fue sino un acuerdo entre particulares para repartirse el poder. Ante la riqueza de uno y la fuerza militar de los otros, el aturdido foro de mandatarios senatoriales poco o nada pudo hacer.

Los triunviros acordaron varias medidas, de las que el principal beneficiado fue el propio Julio César, quien obtuvo el anhelado consulado y un *imperium* posterior de cinco años sobre las Galias: su futuro disparadero hacia la gloria. En esos años, Pompeyo todavía se podía considerar uno de sus mejores amigos; además eran parientes debido al matrimonio de Pompeyo y Julia, la hija predilecta de César. Por desgracia, la muchacha falleció a edad temprana y los dos generales comenzaron a distanciarse.

La guerra de las Galias quedó profusamente documentada gracias a las crónicas enviadas desde el frente por un Julio César pletórico de facultades y en el punto álgido de su intelectualidad. Cabe destacar, pues, que en este período utilizó con frecuencia la aportación bélica suministrada por algunas ciudades de la Citerior fronterizas con las Galias. Desde antaño, la caballería hispana había sido muy apreciada en algunos campos de batalla donde Roma se batió. Ahora esos jinetes volvían a cabalgar junto a César, sumados a otros efectivos de infantería cántabros y vascones. A estas tropas se las pudo ver en algunas zonas de Aquitania, donde fueron

utilizadas por el legado Publio Craso, encargado de limpiar aquel territorio de elementos hostiles. Mientras se desarrollaba la campaña de las Galias, en Hispania se sublevaron las tribus vacceas de la Citerior. Fue un levantamiento mal sofocado por el pretor Metelo Nepote; en su descargo hemos de decir que tuvo que hacer frente al problema con los escasos contingentes disponibles en su provincia, ya que no fueron enviados refuerzos debido a los múltiples conflictos asumidos por Roma en el contexto internacional.

En 56 a.C. se produjo la importante reunión de Lucca entre los triunviros. Por entonces, los diferentes conflictos de intereses habían emponzoñado el ambiente romano. Pompeyo no disfrutaba de su mejor momento, acaso ensombrecido por la fulgurante trayectoria cesariana; Craso contemplaba los acontecimientos a la espera de su gran oportunidad; frente a ellos, la oposición senatorial, siempre dispuesta a desmontarlo todo. Por tanto, era necesaria una conferencia tripartita que aclarase posiciones. Julio César —convocante del acto— expresó su deseo de mantener y fortalecer aquel triunvirato tan beneficioso para los tres magnates. Tras duras negociaciones, se resolvió otorgar el consulado anual a Craso y Pompeyo, para que posteriormente asumieran un proconsulado extraordinario de cinco años en las provincias. César, por su parte, seguiría el mismo tiempo en las Galias, lugar que tantos éxitos le estaba brindando; Craso se quedó con Siria, mientras que Pompeyo gobernaría África e Hispania. No era un mal reparto y el triunvirato siguió adelante, aunque la raíz de la discordia había calado en la conciencia de aquellos personajes tan relevantes para la historia de Roma.

Pompeyo eligió mal su estrategia. Quedaba claro que tarde o temprano se enfrentaría a César por el poder y decidió quedarse en Roma dispuesto a mejorar su imagen y vínculos políticos. Envió legados a Hispania para que fueran preparando el terreno en las dos provincias: la Citerior respondió como se esperaba, no en vano existía una unión evidente desde la época sertoriana; en la Ulterior ocurrió algo parecido por el recuerdo imperecedero de un Pompeyo triunfal. Con el dominio hispano y su influencia creciente en Italia, el otrora brillante general esperaba ejercer un efecto tenaza sobre Julio César en las Galias. Por su parte, Craso chocó estrepitosamente contra los ingobernables partos; Oriente se convirtió en una encerrona para los ejércitos romanos, y en 53 a.C. se consumó el desastre de Carras, donde perdieron la vida 30.000 legionarios y el propio Licinio Craso. Este acontecimiento situaba frente a frente a Pompeyo y a Julio César, en una relación personal truncada por diferencias de todo punto antagonistas. El primero se acercó decididamente al Senado, convirtiéndose en su paladín, y, para mayor confusión de

aquel entramado, prolongó su mandato por cuenta propia hasta el 46 a.C., intentando dejar a César fuera de lugar, dado que el héroe de las Galias acababa su período extraordinario en el 49 a.C.

Estos movimientos políticos terminaron por incomodar al propio César, que veía cómo su figura quedaba desprotegida y a merced de los ataques instigados por los enemigos senatoriales en Roma. La única solución factible era la guerra, y en la primera semana de 49 a.C., la XIII Legión, bajo el mando de Cayo Julio César, superaba la frontera natural de Italia, establecida en el río Rubicón, ante el estremecimiento de los conservadores capitalinos.

Pompeyo permaneció distante y hermético tras conocer las graves noticias de los sucesos que se estaban produciendo en el norte peninsular. Todos buscaban apuradamente que tomara decisiones. Sin embargo, el cónsul extraordinario vaciló una y otra vez a la hora de dar las órdenes precisas. La confusión generada por el ataque sorpresa fue aprovechada por César para avanzar casi sin oposición. Para mayor ventaja, Pompeyo no disponía en Italia de legiones avezadas en el combate, por lo que la situación se hizo crítica. Finalmente, el antiguo héroe de Hispania ideó un plan que, si bien en su concepción era brillante, después en su desarrollo resultó un fracaso estrepitoso. Pompeyo, gracias a los acuerdos de Lucca, comandaba un ejército personal de siete legiones, que quedaron emplazadas en las provincias hispanas. El propósito de esta estratégica ubicación pasaba por vigilar desde la distancia los movimientos cesarianos en las Galias, y si llegado el momento esas tropas fuesen necesarias, atacar desde el sur mientras Pompeyo ejercería presión desde la propia Italia. Pero, como sabemos todos, la estrategia saltó por los aires cuando Julio César activó la guerra civil por su cuenta.

Los pompeyanos no tuvieron el poder de reacción necesario y, aunque su líder intentó llevar la contienda a los territorios de Oriente, donde contaba con numerosos partidarios y fuerzas auxiliares, César no picó el anzuelo y, en contra de lo pensado, dirigió sus esfuerzos donde Pompeyo tenía sus reservas estratégicas.

Las legiones de César, en número de tres, aseguraron la península italiana, mientras Pompeyo embarcaba a duras penas en la asediada ciudad de Brindisi. Antes de zarpar dio una última orden a su lugarteniente Vibulio Rufo, con la indicación expresa de que marchara a Hispania para organizar al ejército allí acantonado. Las tropas pompeyanas de la península Ibérica sorprendían por su potencia y número; nunca se habían visto tantos legionarios juntos, ni siquiera en los tiempos de Escipión. La distribución de estos efectivos ofrecía tres legiones en la Citerior bajo el mando de Afranio, dos en Lusitania dirigidas por Petreyo y otras dos en la Ulterior capitaneadas

por Varrón. En total, unos 70.000 hombres, a los que había que añadir los contingentes auxiliares aportados por las poblaciones aborígenes.

Como el lector puede suponer, la supuesta retaguardia de César se enfrentaba a un peligro más que evidente. No obstante, el talento demostrado por el descendiente de Venus superó cualquier expectativa depositada sobre él.

La estrategia de César se diseñó pensando en anular al ejército pompeyano de Hispania; de esa manera se aseguraría el control sobre todas las provincias occidentales, dejando a Pompeyo aislado en Oriente. Con el fin de evitar el más que posible bloqueo marítimo de Italia, dado que los pompeyanos manejaban la totalidad de la flota romana, se ordenó la construcción de una nueva armada que pudiera responder a hipotéticas ofensivas marítimas. Tomadas estas decisiones, César ordenó a sus legados en las Galias, Fabio y Trebonio, que movilizaran las seis legiones disponibles para el inminente ataque sobre Hispania. El propio Julio César salió de Italia con otras tres legiones: la VIII, la XII y la XIII.

Finalizando la primavera de 49 a.C., las tropas cesarianas estaban listas para la batalla. El carismático líder había intuido como nadie el desarrollo y conclusión de aquella contienda fratricida; la clave del éxito la escribió él mismo: «Primero combatiremos a un ejército sin general y luego combatiremos a un general sin ejército». En efecto, las tropas pompeyanas de Hispania eran poderosas, pero carecían del liderazgo de su general. Por otra parte, no debemos olvidar que los ejércitos nativos estaban vinculados a Pompeyo por la *devotio* mostrada tras las guerras sertorianas, y no ver a su jefe en el campo de la guerra los desmotivaba hasta rozar la defección.

Pompeyo trataba de levantar un ejército en Oriente, pero ya no era el militar convincente de años atrás. Ahora su figura estaba siendo eclipsada por uno de los mejores estrategas de toda la historia. Pero, aun así, le quedaban luces suficientes para resistir con energía; Hispania se había convertido en la llave de la victoria y Pompeyo no supo atisbar cuál era el escenario adecuado donde combatir. Su equivocación le costaría la derrota y la vida.

Los oficiales pompeyanos empezaron a concentrar tropas en la ciudad de Ilerda; ése era el punto elegido para intentar frenar la ofensiva cesariana. Durante semanas reclutaron todos los apoyos posibles entre los aborígenes hispanos; se alistaron contingentes lusitanos, vettones, celtíberos, cántabros y vascones. Finalmente, cinco legiones más sus auxiliares se prepararon para una feroz batalla, mientras que otras dos quedaban en la Ulterior sirviendo de retaguardia.

El terreno escogido no era propicio para los intereses pompeyanos, dado que

permitía a su enemigo todo tipo de maniobras en los llanos circundantes de Ilerda. Muchos investigadores históricos no se explican cómo esta masa de soldados fue ubicada en aquel lugar y algunos piensan que Pompeyo debería haber actuado de manera bien distinta. Lo cierto es que la línea defensiva del Ebro hubiese sido mejor teatro de operaciones que la norteña Ilerda, pero las cosas estaban así planeadas y poco se podía hacer ante la inevitable batalla.

Durante cuarenta días, los ejércitos contendientes se midieron en diversas refriegas. Las fuerzas de César buscaron la posibilidad de avituallarse situando puentes en el caudaloso río Segre, afluente del Ebro. Mientras tanto, en las tropas pompeyanas se producían algunas deserciones de cohortes reclutadas entre los nativos. Cundió la desmoralización entre el ejército pompeyano y los guerreros ya no respondían a su líder, auténtico inspirador de la forma de actuar que los distinguía. La figura de Pompeyo alentaba a sus hombres *in situ*, pero la distancia desvirtuaba cualquier acción bélica y, en ese sentido, los nativos, que tanto lo temieron a partir de la derrota de Sertorio, ahora se preguntaban de qué servía seguir a un fantasma viendo la potencia alardeada por un Julio César que sí estaba allí luchando junto a soldados curtidos en la guerra de las Galias y tremendamente motivados por los ideales que proponía su brillante general.

La falta física de Pompeyo, las maniobras envolventes y agotadoras de Julio César, la molición generada en el ejército pompeyano tras seis años de inactividad y la adhesión a César de ciudades como Osca, Calagurris y Tarraco fueron las causas principales de la derrota pompeyana en Hispania.

Las tropas de César consiguieron rendir al enemigo sin apenas bajas; un eficaz cerco dejó a los legionarios pompeyanos sin comida para ellos y sus animales, lo que terminó por debilitarlos hasta las últimas consecuencias. Afranio, legado que comandaba aquel ejército hundido, no tuvo más remedio que aceptar la capitulación ante los orgullosos cesarianos. Fue una humillación que causó estragos entre los conservadores romanos; todo el plan concebido por Pompeyo se vino abajo sin la gran batalla esperada.

El ejército pompeyano fue licenciado sin recibir mayor castigo; sólo restaba reducir a las dos legiones de la Ulterior dirigidas por Varrón, el cual intentaba fortificarse sin éxito en ciudades como Gades o Itálica. Finalmente, la defección al completo de una legión formada por hispanos empujó al legado a solicitar la paz a César. La campaña en Hispania había concluido junto a las posibilidades pompeyanas.

Julio César realizó su entrada victoriosa en Gades, una ciudad a la que conocía y quería desde sus tiempos de cuestor y pretor. En reconocimiento a la lealtad

demostrada por los gaditanos hacia su causa, les concedió la ciudadanía romana, uniendo de ese modo su nombre a la lista de municipios romanos. Sin perder un minuto, se embarcó junto a sus tropas en el puerto gaditano y zarpó rumbo a Tarraco, donde se realizó un desfile triunfal por la victoria en Hispania. El último gesto de este vital acontecimiento fue levantar en Perthus un altar conmemorativo en el mismo sitio donde se construyera años antes el monumento de Pompeyo que celebraba su victoria sobre Sertorio.

Antes de su marcha en busca de Pompeyo, César designó gobernadores para la Citerior y Ulterior, en el primer caso a Emilio Lépido, y a Cassio Longino para el segundo. Aunque el éxito había sido total, la península Ibérica seguía manteniendo fuertes lazos con la causa pompeyana y, al poco, ya se estaban produciendo motines promovidos por ciudadanos nostálgicos de la situación anterior o soldados que no reconocían el mando de los nuevos pretores. Por su parte, numerosas ciudades nativas no olvidaban su *devotio* imperecedera a Pompeyo. El asunto empeoró con la nefasta gestión de Cassio Longino sobre la Ulterior, un hombre demasiado ambicioso que explotó los recursos provinciales hasta límites bochornosos, abusando de la confianza que César había depositado en él. Cassio reclutó una legión más que añadió a las dos dejadas por César y a otras dos que le fueron enviadas desde Italia. Con estos efectivos se lanzó a una campaña contra los lusitanos; como es obvio, los nativos fueron aplastados una vez más y sus riquezas repartidas entre la soldadesca, que no tuvo el menor inconveniente en proclamar *imperator* a un Cassio henchido de avaricia.

La situación se tornó delicada cuando las antiguas legiones pompeyanas se sublevaron en toda regla. Los desmanes cometidos por el pretor y el incumplimiento de las promesas ofrecidas por César terminaron en un estallido que ni siquiera pudo frenar el envío de refuerzos desde la Citerior. Cassio Longino tuvo que escapar precipitadamente con los tesoros acumulados por él, aunque sin suerte, ya que murió ahogado cuando su barco se hundió cerca de la desembocadura del Ebro.

Mientras esto sucedía, los rancios senadores republicanos Escipión y Catón, conocedores de lo que estaba ocurriendo en Hispania, estimularon a Cneo —hijo de Pompeyo— para que tomara la iniciativa desde la península Ibérica. A él se uniría su hermano Sexto, que había sido derrotado en África.

La presencia de los vástagos pompeyanos devolvería la moral a las antiguas legiones servidoras de su padre, por entonces ya muerto en los territorios egipcios, lugar en el que se refugió, para su desgracia, tras la catástrofe de Farsalia.

Cneo Pompeyo reclutó un ejército en el que se integraron antiguos veteranos que

habían participado en la batalla de Ilerda. La expedición zarpó desde el puerto de Utica con destino a las islas Baleares, que fueron tomadas con escasa resistencia, salvo Ibiza, isla que consiguió oponer una eficaz defensa.

Las tropas acantonadas en la Ulterior recibieron la noticia de la llegada de Cneo Pompeyo, motivo más que suficiente para inclinarse hacia el partido que encarnaba la figura del mítico general. Tras el arribo a la Península del ejército pompeyano, se sitió Cartago Nova, ciudad que se rindió sin mucho protocolo. Ése fue el lugar elegido para la confluencia de todas las tropas afines a la causa senatorial. Hispania iba a ser una vez más campo de batalla como último reducto de la resistencia republicana. De hecho, ni siquiera en Roma se mantenía espíritu combativo alguno: Catón, férreo defensor del antiguo régimen, se suicidó al perder toda esperanza. A Julio César, muy ocupado en sus amoríos con Cleopatra, la reina de Egipto, no le quedó más opción que preparar su vuelta a esa provincia esencial para la construcción del futuro Imperio.

La primera medida fue despachar a Pedio y Fabio Máximo como legados desde Cerdeña, pero la legión que dirigían fue insuficiente ante la potencia desplegada por las tropas pompeyanas. César hizo un nuevo envío, en esta ocasión dos formidables legiones, la VI y su favorita, la X, con el apoyo de inmejorables tropas auxiliares galas donde destacaban 8.000 jinetes de la máxima confianza; estos efectivos se sumaron a la legión anterior y a otras seis ya establecidas en Hispania. Él mismo decidió, ante la gravedad de la situación, ponerse al frente de sus ejércitos.

Esperó pacientemente a que concluyesen las elecciones del año 46 a.C., y sólo entonces puso en práctica una de sus famosas máximas, acuñada tiempo atrás, durante la campaña de las Galias: «Las guerras se ganan por los pies», y no le faltó razón, pues en una marcha demoledora que duró veintisiete días viajó desde Roma a la Península sin perder un instante.

En el invierno de ese mismo año, las tropas cesarianas comenzaban su preparación para el combate decisivo. Asimismo, los pompeyanos hacían lo propio desde Corduba, la capital ulterina. En la plaza se encontraba Sexto, mientras que su hermano Cneo sitiaba la cesariana ciudad de Ulia.

LA BATALLA DE MUNDA

La estrategia de Julio César pasaba necesariamente por un enfrentamiento total y decisivo en campo abierto. La precariedad en el avituallamiento de las tropas impedía otro tipo de maniobras, como largos asedios o escaramuzas de desgaste.

El ejército pompeyano, si bien era superior en número a sus rivales, ofrecía la debilidad manifiesta de estar compuesto por tropas heterogéneas reclutadas con excesiva premura. En total se contaba con unas once legiones (en algún caso una o dos más), integradas por romanos, hispanos y africanos. Estos efectivos no estaban rigurosamente entrenados ni motivados, pero, con todo, su disposición táctica era netamente romana, lo que podía suponer un serio obstáculo para las tropas a las que se iban a enfrentar.

Durante el invierno de 45 a.C. se produjeron diversas situaciones que trasladaron el escenario de la guerra a numerosas poblaciones de la Ulterior. Como hemos dicho, Ulia agonizaba ante los contingentes de Cneo Pompeyo; por su parte, César intentó un asalto relámpago sobre Corduba, pero la ciudad se encontraba espléndidamente fortificada y aprovisionada, lo que invitaba a pensar que cualquier asedio propuesto sería prolongado. Los cesarianos buscaron con insistencia la provocación necesaria para hacer salir a los pompeyanos; se atacaron algunas plazas como Ategua (Valle del Guadajoz, Córdoba), que finalmente cayeron con el apoyo de una masa creciente de ciudadanos inclinados a la causa de Julio César.

Por fin se produjo el deseado combate decisivo en Munda (Montilla, Córdoba): ocurrió el 17 de marzo y, según cuentan las crónicas, la experiencia militar de las legiones cesarianas, a cuya vanguardia se situó la magnífica X Legión, fue la herramienta fundamental que desarboló al inconexo ejército pompeyano. Las bajas de ese día se cifraron en 30.000 por parte republicana, mientras que fueron 1.500 los caídos en el bando del dictador romano. Cneo Pompeyo intentó escapar con los restos de su ejército; sin embargo, fue capturado en la costa y ejecutado en Lauro. Julio César se encontraba en Gades cuando recibió la cabeza de Cneo, una imagen triste, muy semejante a la protagonizada por su padre tres años antes en Alejandría.

Tras la derrota de Munda sólo quedaba un enemigo: Sexto Pompeyo, un joven de

veintidós años muy inexperto en el combate, aunque valiente y ardoroso en la defensa de la memoria paterna. Las legiones de César se dirigieron a Corduba, ciudad en la que el muchacho seguía parapetado con miles de seguidores.

La esterilidad que suponía una defensa acérrima de la plaza hizo que Sexto ordenara su abandono y rapiña para evitar el incremento de botín entre los hombres de César. Corduba fue incendiada y Sexto huyó a la Celtiberia, donde todavía conservaba la amistad de algunos. El drama se desató cuando los legionarios cesarianos tomaron la arrasada plaza, comprobando que no había nada que esquilmar. Su ira se transformó en delirio y ocasionó más de 20.000 muertos entre la población civil. Mientras tanto, César andaba ocupado en la venta de 14.000 prisioneros obtenidos en la pasada batalla, así como en la organización administrativa y política de las dos provincias hispanas.

Se concedieron innumerables distinciones a las ciudades que habían demostrado su apoyo a la segunda campaña de César en Hispania. Algunas plazas alcanzaron la categoría de colonia latina o de municipio romano, como fue el caso de Ulia. En cambio, Julio César cargó todo su peso vengativo sobre las urbes que habían sustentado al movimiento pompeyano. En ese sentido, se confiscaron tierras que fueron entregadas a los veteranos de César convertidos ahora en prósperos colonos. También se ordenó la construcción de colonias fronterizas con la Lusitania meridional. Esas decisiones romanizaron en profundidad a toda la provincia Ulterior y sentaron las bases de la rica y pujante provincia Bética. En cuanto a la Citerior, menos involucrada en la guerra, sólo recibió un reforzamiento de las vías que discurrían por la costa oriental, potenciándose colonias como Cartago Nova o Tarraco. Julio César estableció las directrices esenciales para el buen funcionamiento de la Hispania imperial. Gracias a él la península Ibérica estrechó sus lazos con la metrópoli latina, lo que daría frutos más que apetecibles si hablamos de cultura, prosperidad y civilización.

Una vez terminado el trabajo de organización, el dictador —más emperador que nunca— regresó a Roma para celebrar su quinto triunfo; todo un récord muy mal visto por los estamentos reaccionarios. Sin embargo, la guerra pompeyana todavía mantenía algunos núcleos resistentes liderados por Sexto Pompeyo, el cual se había refugiado en los Pirineos orientales, donde levantó un nuevo ejército. Con estas tropas regresó a la Ulterior, dispuesto a plantear una guerra de guerrillas. Rápidamente se sumaron a su causa un gran número de perjudicados y vencidos por César. En total consiguió armar siete legiones, cifra asombrosa si tenemos en cuenta los desastres anteriores. César quiso apagar de un soplo esta llama insurgente y, a tal efecto, envió a un legado

llamado Carrinas con un ejército a todas luces insuficiente para el combate guerrillero planteado por Sexto en la península Ibérica.

El fracaso de Carrinas provocó que el incómodo asunto del superviviente pompeyano se tomara más en serio y, en consecuencia, se trasladaron a Hispania dos pretores con la experiencia suficiente para reconducir la situación: en la Citerior se instaló Emilio Lépido, futuro triunviro junto a Octavio y Marco Antonio, mientras que en la Ulterior hacía lo propio Asinio Pabón, quien sería el encargado de enfrentarse directamente a las tropas rebeldes; pero la sangre no llegó al río, dado que el 15 de marzo de 44 a.C., Julio César era asesinado en una estancia del Senado romano. Paradójicamente, los conjurados republicanos lo cosieron a puñaladas justo al pie de una estatua que recordaba a Pompeyo el Grande. La noticia fue celebrada por las tropas de Sexto, aunque ya no sabían bien contra quién tendrían que luchar desde entonces. La solución al problema llegó en forma de amnistía desde Roma: la guerra civil que había estallado no permitía muchas licencias en el exterior y, de ese modo, se ofertó a Sexto Pompeyo y a los suyos que regresaran a la capital libres de cargos para integrarse con honores en la vida pública. Sexto aceptó la propuesta senatorial y retornó orgulloso a Roma, donde recuperó la memoria y el patrimonio de su querido padre. Así terminó esta durísima contienda en la Península, cinco años en los que se midieron un número inaudito de legiones bajo el mando de brillantes estrategas y tácticos. En definitiva, se estaba consumando la disolución de la República y con ello toda una forma de vida.

Hispania cumplió con el papel asignado de campo de batalla. Su control por uno u otro oponentes significaba mantener a salvo una plataforma innegable de provisión e influencia para la metrópoli. César salió victorioso, impulsando resueltamente la institución imperial, y aunque fue el arquitecto del Imperio no pudo ver terminada la obra. Su testigo lo recogió Octavio —su hijo adoptivo—, quien años más tarde protagonizaría uno de los capítulos más interesantes de la epopeya humana; por supuesto Hispania jugó entonces un papel imprescindible, como veremos de inmediato.

El triunvirato de 43 a.C. dejó a la península Ibérica en manos de Lépido, que tuvo escasa presencia en los territorios gobernados por él, acaso por estar más preocupado de su influencia en Roma. Tras el desastre de Philippos que suponía *de facto* el hundimiento de las esperanzas republicanas, las provincias hispanas pasaron a ser controladas por Octavio, sin que jugaran un papel trascendental en la guerra que se libraba entre el futuro Augusto y Marco Antonio. Desde el año 44 hasta el 31 a.C., la historia peninsular refleja los endémicos levantamientos aborígenes del interior,

siempre sofocados con éxito por los legados del nuevo César. Excepto un caso, los cántabros.

CRONOLOGÍA

Julio César en Hispania

69 a.C. César es nombrado cuestor en la provincia Ulterior.

61 a.C. Regresa a la Península como pretor de la Ulterior.

60 a.C. Triunvirato de Craso, Pompeyo y Julio César.

59 a.C. Comienza la campaña de las Galias.

56 a.C. Levantamientos aborígenes en la Citerior. Algunas tropas hispanas participan en las Galias. Reunión de Lucca.

53 a.C. Desastre de Carras y muerte de Craso. Pompeyo y César se disputan el control de la República.

50 a.C. Fin de la guerra en las Galias.

49 a.C. Julio César cruza el Rubicón y estalla la guerra civil. Al poco, las operaciones bélicas se trasladan a Hispania. Victoria cesariana en Ilerda (Lérida).

48 a.C. Tras su derrota en los campos de Farsalia, Pompeyo busca refugio en Alejandría, donde es decapitado por orden de Ptolomeo XIII.

48-46 a.C. Cneo y Sexto, los hijos de Pompeyo, organizan la resistencia en Hispania.

45 a.C. 17 de marzo: los ejércitos pompeyanos son derrotados por César en la batalla de Munda (Montilla, Córdoba).

44 a.C. El 15 de marzo, Julio César es asesinado por una conspiración republicana. En Hispania, Sexto Pompeyo continúa la lucha; ese mismo año acepta la amnistía y disuelve su ejército.

43 a.C. Triunvirato de Octavio, Lépido y Marco Antonio.

VI OCTAVIO AUGUSTO EN HISPANIA

El asesinato de Julio César dio paso a un triunvirato del que salió victorioso Octavio Augusto. Con él llegaría el Imperio soñado por su antecesor, pero aún quedaban obstáculos que impedían la tan ansiada Pax Romana. Uno de los principales problemas lo constituían las tribus cántabras y astures de la península Ibérica. Era el último bastión de resistencia, el territorio que faltaba para completar la total conquista de Hispania.

LA HERENCIA DE CÉSAR

La guerra entre Pompeyo y César por el control de Roma dio paso a una contienda entre Octavio y Marco Antonio por el dominio del Mare Nostrum. En este conflicto, que se prolongó prácticamente doce años, la península Ibérica sufrió el revés de una grave crisis económica provocada en buena parte por la disminución de las exportaciones. Se produjeron continuos levantamientos tribales que los pretores designados aplastaron con más o menos eficacia. Pero existían unas tribus asentadas en el norte peninsular que resistían todos los ataques lanzados contra ellas: eran los cántabros y los astures, gentes no romanizadas y de fuerte impregnación céltica. Desde sus valles, montañas y castros fortificados rapiñaban a su antojo las zonas limítrofes a sus territorios de influencia. Eran comunidades que basaban su economía en una escasa ganadería y en la caza; esta precariedad los empujaba con frecuencia a servir como mercenarios de ejércitos en conflicto. De esa forma, se pudieron ver tropas cántabras en las columnas militares de Aníbal, luchando junto a los celtíberos en la meseta central o auxiliando a los pompeyanos en Ilerda. También se alistaron en las legiones cesarianas que guerreaban en las Galias, así como en las bandas aquitanias que hacían lo propio con los cesarianos. En resumen, tribus muy belicosas que veían en el combate su particular forma de vida. Sus refugios naturales las amparaban de momento del avance romano, pero las actuaciones que estas tribus promovieron por el interior de la Península pronto les devolvieron una fuerte contestación de los latinos.

Tras la victoria de Actium sobre Marco Antonio y Cleopatra, Octavio se vio con las manos libres para empezar a construir la idea imperial que le había legado Julio César. La *Pax Romana* se extendía por las fronteras dibujadas con la sangre de los enemigos de Roma. Octavio trabajó con entusiasmo inusitado en la creación de una burocracia necesaria para dar contenido a las instituciones de nuevo cuño. En un ejercicio de astucia e inteligencia sin precedentes, fue acumulando tanto poder como quiso y por fin, en el año 27 a.C., se proclamó *Imperator*; lejos quedaba así el tiempo republicano; por delante, cinco siglos imperiales donde Roma conseguiría ser la potencia más luminosa del mundo antiguo.

Sin embargo, quedaban algunos asuntos pendientes de resolución. Uno de ellos consistía en la total conquista de Hispania, y eso pasaba por el imprescindible sometimiento de cántabros, astures y galaicos. Durante dos centurias las tribus ibéricas habían luchado con bravura en la defensa, palmo a palmo, de su tierra.



Desde que Cneo Escipión llegara con sus legiones en 218 a.C., se habían producido muy pocos paréntesis pacíficos en casi doscientos años de ininterrumpida guerra. Es imposible calcular en cifras las bajas de este conflicto, pero, a tenor de las informaciones más o menos fidedignas de los historiadores romanos, debieron de ser algunos millones en el caso nativo y varios cientos de miles en el lado romano. Sea como fuere, la sangría fue tan extrema que no es de extrañar la romanización tan profunda que se vivió en las provincias Citerior y Ulterior. Pero quedaba la cornisa cantábrica, y en ella cientos de guerreros dispuestos a morir luchando por su libertad e independencia ante la potencia invasora.

Los irreductibles cántabros constituían un enemigo más que peligroso; se

extendían por un hipotético frente de combate de más de cuatrocientos kilómetros de longitud, con la capacidad de levantar en armas a 100.000 guerreros. Ésa era la causa fundamental por la que los romanos se lo hubieran pensado tanto ante la posibilidad de atacar y someter de una vez por todas aquel territorio hostil. No obstante, el enfrentamiento era inevitable: las ricas minas del noroeste y la protección de los cultivos cerealistas mesetarios obligaban a mantener activas a muchas legiones para intentar frenar las acometidas aborígenes, y eso, tarde o temprano, pasaría factura.

En los años previos a 29 a.C., los cántabros incrementaron sus razzias sobre la zona peninsular controlada por Roma. Octavio, advertido acerca de la gravedad de ese mal endémico, tomó la decisión de encararlo definitivamente y, en consecuencia, ordenó el envío masivo de tropas a Hispania.

En 29 a.C. estallaba la última y cruenta guerra entre romanos y autóctonos ibéricos. No sería fácil para los primeros derrotar a los segundos; comenzaban diez años de combates guerrilleros, batallas heroicas y resistencias suicidas en un acto calificado como el todo o nada de un pueblo orgulloso y convencido de su identidad. Fue el canto de cisne en la conquista de Hispania, y como es lógico las fuerzas en litigio mostraron lo que tenían: pastores y cazadores contra legionarios y legados; líderes montañoses criados en bosques y castros contra emperadores surgidos del mármol capitalino. Dos conceptos bien distintos de existencia, antagonistas en un mundo acuciado por la guerra, el hambre y el afán desmedido por la supervivencia.

Las hostilidades se desataron con total virulencia; los cántabros pusieron en práctica sus argucias guerrilleras; tenían a su favor el exhaustivo conocimiento de la orografía por la que transitaban sus guerreros. Los romanos, por su parte, apostaron por la envergadura de su demoledora maquinaria bélica.

LAS GUERRAS CÁNTABRAS

La campaña de 29 a.C. fue dirigida por el general Statilio Tauro, quien se enfrentó a cántabros, astures y vacceos, derrotándolos tras violentos choques. Fue un año agotador que terminó con los vacceos fuera de la guerra y con el resto de las tribus replegadas en sus santuarios de las montañas. Los romanos se apoderaron de Asturica (Astorga), capital de los astures, donde se estableció una potente guarnición romana como vanguardia para futuras ofensivas. Statilio regresó a Roma para celebrar el triunfo, aunque ya se intuía que aquella guerra no había rubricado aún su último capítulo.

Al año siguiente, los nativos bajaron de sus reductos y atacaron allá donde pudieron, hasta conseguir desestabilizar el frente. Por entonces el ejército romano era dirigido por el general Calvisio Sabino, quien se limitó a contener la ofensiva devolviendo el golpe siempre que pudo, sin que los romanos se atrevieran jamás a lanzar ataque alguno sobre las temidas montañas cántabras.

La situación era tan incómoda como sonrojante: un supuesto puñado de aborígenes tenía en jaque al mejor ejército de la historia, y eso restaba crédito al flamante Imperio de Octavio.

Finalmente, el propio Augusto optó por tomar las riendas de aquella guerra tan lejana y, a finales de 27 a.C., desembarcó en Tarraco, ciudad que convirtió en su cuartel general. De hecho la distribución de las fronteras provinciales hispanas había cambiado sensiblemente ese mismo año tras los acuerdos del emperador con el Senado. Según el nuevo reparto geográfico, Hispania abandonaba definitivamente las denominaciones Citerior y Ulterior, pasando de las dos antiguas provincias a tres de nuevo cuño: Tarraconense, Bética y Lusitania. Con esto se conseguía una mejor administración y gobierno de la perla imperial, pero quedaba pendiente completar una ocupación total de la Península. Este problema, al que se tenía que enfrentar Octavio, no era nada insignificante: cientos de kilómetros sembrados de tribus guerreras dispuestas a luchar hasta las últimas consecuencias; luego estaba la dificultad que ofrecía el terreno a pisar: lluvias frecuentes, frío invernal intenso y por último una inexistente red de comunicaciones. Todos estos inconvenientes fueron considerados

por el emperador y, así, se movilizaron siete legiones que constituían la flor y nata del ejército romano. Hacia el frente marcharon no menos de 70.000 legionarios integrantes de la I Legión Augusta, II Augusta, III Macedónica, V Alaudae, VI Victrix, IX Hispania y X Gemina.

En la retaguardia se fueron estableciendo diferentes campamentos de aprovisionamiento, ya que los territorios cantábricos no ofrecían la menor posibilidad de abastecer a tanto soldado. Se ordenó que se trajera trigo desde Aquitania. Paso a paso, aquella mole bélica fue avanzando dispuesta a resolver la guerra de una vez por todas.

Una vez situadas en el frente, Octavio distribuyó a sus tropas en tres puestos de mando, cada uno de ellos destinado a lanzar la correspondiente ofensiva sobre las tribus asignadas. De ese modo, Segisamo sería el campamento personal de Augusto contra los cántabros; Asturica se situaría frente a los astures, y Bracara haría lo propio vigilando de cerca a los galaicos, quedando Portus Blendius (Suances) como puerto de aprovisionamiento marítimo. Esta maniobra táctica dio espléndidos resultados a las tropas romanas. Los galaicos ya habían sido sometidos tiempo atrás, aunque siempre resultaban incómodos, y más sabiendo que en el norte de su territorio se seguían moviendo tribus cántabras enemigas de Roma; no olvidemos que por entonces Cantabria ocupaba casi toda la franja norteña de la Península, incluyendo las actuales Cantabria, Asturias y Lugo, mientras que los astures habitaban la actual León, así como también la cuenca del río Esla.

La campaña de 26 a.C. se desarrolló en su totalidad contra las tribus cántabras; los astures, según parece, no participaron en el conflicto, previo acuerdo amistoso con los romanos. En consecuencia partieron tres columnas desde Bracara, Asturica y Segisamo; su propósito consistía en atenazar a los cántabros por tierra, mientras eran atacados por mar gracias a una flota de guerra preparada a tal efecto que había realizado operaciones anfibias de desembarco en Portus Victoriae (Santander). Los cántabros no ofrecieron un combate abierto, limitándose a un repliegue sobre sus guaridas montañosas o refugiándose en ciudades amuralladas como Aracillum (Aradillos, cerca de Reinosa). La situación empezó a crispar el ánimo de Octavio Augusto; los asuntos del Imperio reclamaban su presencia y la guerra definitiva que esperaba no terminaba de concluirse. Para su desgracia, unas fiebres lo postraron en la cama y un mal augurio llegó a preocuparlo. Según parece, mientras el emperador era trasladado en parihuelas, un rayo fulminó a uno de los esclavos portadores. El susto del *imperator* fue de tal magnitud que al poco abandonó el escenario de los combates para regresar con rapidez extrema a Tarraco, donde se recuperó a duras penas de la

cántabras cada vez más cercadas. En ese tiempo se distribuyeron algunas guarniciones por lo que ya empezaba a denominarse Gallaecia, con una extensión territorial que abarcaba las actuales provincias gallegas más las zonas que llegaban hasta el río Duero.

Terminó el 26 a.C. con las legiones inmovilizadas por el crudo invierno y sin que la guerra ofreciera un resultado claro favorable a los intereses romanos, aunque los certeros golpes recibidos por las tribus habían sido tan rotundos que se podía presagiar el final de aquel aterrador conflicto.

En 25 a.C., el general romano Carisio inició un ataque sobre los últimos reductos de importancia que aún se mantenían en manos astures y cántabras; se eligió para el inicio de la ofensiva la ciudad de Lancia (Villasabariego).

Como de costumbre, los nativos resistieron con todo lo que tenían a su alcance, pero la fuerza romana era abrumadoramente superior y la plaza cayó tras durísimos combates. Más tarde sería utilizada para asentar colonos astures ya asimilados por la cultura dominante. De hecho en este periodo se empezó a utilizar el término Asturia Trasmontana para el territorio situado más allá de los picos de Europa.

Mientras se finiquitaba la campaña de 25 a.C., Octavio Augusto seguía trabajando febrilmente desde Tarraco, ciudad que convirtió en la auténtica capital eventual del Imperio. En los dos años que Augusto permaneció en ella, se crearon templos en su honor, se despacharon mensajeros a todos los confines imperiales, se recibieron embajadas oficiales de reinos amigos y se empezó a pensar en la idea de un censo que ofreciera datos sobre la población que se encontraba bajo los auspicios de Roma. En cuanto a su enfermedad, Octavio se recuperó milagrosamente gracias a los beneficios obtenidos en un balneario pirenaico. Una vez restablecido y viendo que la guerra se podía dar por ganada, regresó a Roma, pero antes ordenó la construcción de algunos monumentos conmemorativos de aquella victoria.



Sin embargo, lejos del sometimiento, los cántabros y astures se volvieron a levantar en armas nada más enterarse de la noticia que anunciaba la marcha del emperador. Durante cinco años los legados romanos se tuvieron que emplear a fondo en aquel territorio amante de la libertad. Las ciudades incendiadas y reducidas a la ruina ya no podían albergar a los resistentes norteños. La lucha se trasladó por tanto a sus castros fortificados, pequeños reductos en los que algunas decenas de guerreros seguían combatiendo al enemigo romano. Los castros también fueron arrasados, y entonces las últimas bandas de luchadores se internaron en los bosques. Las acciones guerrilleras provocaban el pánico entre los legionarios; recuperaban los guerrilleros de algún modo el espíritu de Viriato: cada hombre con suficiente edad para empuñar una espada lo hacía en defensa de su clan o su pueblo. En una ocasión un grupo de cántabros se ofreció a los romanos para firmar la paz e intercambiar alimentos, como el necesario trigo. Los legionarios, confiados en su fuerza y acuciados por el hambre, aceptaron la negociación y enviaron un destacamento para recoger lo pactado. Fue, como el lector se puede figurar, una trampa en la que los incautos romanos recibieron una muerte a cuchillo. Con escenas como ésta transcurrieron esos años de guerra

interminable. Las malas noticias sobre el conflicto llegaron a Roma en 19 a.C., y Octavio, cansado de la situación, decidió enviar a Hispania al general Agripa, uno de sus mejores y más eficaces militares.

Las tropas expedicionarias romanas desataron un auténtico infierno sobre las comunidades cántabras, que a duras penas pudieron contener la furia romana. Agripa sacó a los aborígenes de sus montañas, castros y bosques; la represión se convirtió en un acto brutal donde se podían ver guerreros crucificados elevando al cielo cánticos de victoria, así como a mujeres, ancianos y niños suicidándose antes de ser capturados. Los historiadores nos cuentan escenas horripilantes que estremecen al lector: madres matando a toda su prole para luego quitarse la vida; mujeres que se asesinaban unas a otras para no ser vendidas como esclavas, padres que pasaban a cuchillo a todo su clan y luego se lanzaban a un desesperado combate final contra los romanos. Ése era el sentimiento de cántabros y astures, gentes indómitas que no se resignaban a ser sometidas por ningún extranjero, y que llegaban al fanatismo más absoluto en capítulos de imperecedero recuerdo. Agripa eliminó a casi todos los guerreros cántabros en edad militar. Fue un absoluto genocidio que dejó la región cantábrica casi despoblada, con los supervivientes huidos de las montañas y emplazados en valles de fácil control y vigilancia. Los legionarios veteranos de aquella campaña fueron premiados con tierras peninsulares. En ellas fundaron Emerita Augusta (Mérida), ciudad que con el tiempo llegaría a ser una de las más importantes en el Imperio romano.

Hispania había sido conquistada en doscientos extenuantes años; era la provincia romana de mayor impregnación latina y, a pesar de sus irreductibles habitantes autóctonos, la colonización, convivencia y cultura asimiladas arrojarían magníficos resultados en los siglos imperiales, convirtiéndola en una de las joyas más destacadas de aquellos tiempos.

Octavio Augusto inauguró en su provincia más querida la *Pax Romana* que tanto deseaba. Bajo su égida se tutelaba el destino de más de 4.000.000 de ciudadanos romanos, 30.000.000 de ciudadanos libres, así como 15.000.000 de esclavos; en total, 50.000.000 de almas que sostenían el mayor Imperio del planeta. Hispania jugaría un papel relevante en este vital capítulo de la historia. En los cuatro siglos siguientes aportaría a Roma no sólo dotación económica, sino también magníficos combatientes, sabios intelectuales y brillantes emperadores. Un proceso único de civilización que dejó huella indeleble en la idiosincrasia del pueblo hispano: leyes, urbanismo, idioma... factores que forjaron nuestro carácter patrio.

En 409 d.C. llegaron las invasiones de los pueblos bárbaros y con ellas una edad

oscura. Los nuevos dueños de Hispania se llamaban ahora suevos, vándalos, alanos y visigodos, pero ésa es otra aventura.

Período final en la conquista de Hispania

- 43-31 a.C. Las legiones romanas se enfrentan a pequeños levantamientos tribales en Hispania.
- 31 a.C. Octavio Augusto derrota a Marco Antonio en Actium.
- 29 a.C. Comienzan las guerras cántabras. El general Statilio Tauro se enfrenta a cántabros, astures y vacceos. Los romanos toman la ciudad de Asturica (Astorga).
- 28 a.C. Situación inestable en el frente por los continuos ataques nativos.
- 27 a.C. Nueva distribución provincial: desaparecen Citerior y Ulterior, dando paso a Tarraconense, Bética y Lusitania. Ese mismo año Octavio Augusto llega a Tarraco.
- 26 a.C. Campaña principal de las guerras cántabras. Siete legiones romanas acosan a los nativos. Se empieza a hablar de la provincia Gallaecia. Toma cruenta de Bergidum (cerca de Cacabelos, León) y Lucus (Lugo).
- 25 a.C. Se someten los últimos reductos cántabros. Octavio regresa a Roma. Fundación de Emérita Augusta (Mérida).
- 24-23 a.C. Relativa paz en el norte de la península Ibérica.
- 22-20 a.C. Nuevos rebrotes bélicos de los cántabros.
- 19 a.C. Estalla un levantamiento generalizado de cántabros y astures. El general Marco Agripa aplasta la insurrección de forma brutal. Fin de las guerras cántabras. Fundación de Caesar Augusta (Zaragoza). Hispania en su totalidad geográfica ha sido conquistada y sometida al poder de Roma.

VII

LA HISPANIA IMPERIAL

Durante los cuatro siglos imperiales, Hispania permaneció plenamente integrada en la civilización romana. En ese tiempo crecieron las infraestructuras con infinidad de calzadas, edificios portentosos y obras públicas. Asimismo, numerosos hispanos se encuadraron entre los grandes nombres del poder romano y de la intelectualidad más señera. Surgieron nuevas provincias dentro y fuera de la Península y, cuando en 409 llegaron los bárbaros, más de 4.000.000 de hispanorromanos no pensaban en otro pasado que no fuera Roma.

UNA SOCIEDAD EN PROGRESO

La resolución del emperador Octavio con respecto a prestar atención a la zona occidental de su Imperio fue trascendental en el caso hispano. No olvidemos que por esas fechas los territorios orientales romanos tenían muchísima más influencia y riqueza acumulada que los occidentales, y eso desestabilizaba notablemente la nueva política imperial. Octavio entregó sus preferencias a las Galias, Hispania y Mauritania, y con ellos se equilibró el fiel de la balanza.

La península Ibérica inició la senda del desarrollo y del progreso. En el primer siglo de nuestra era se había construido y urbanizado la práctica totalidad de las ciudades hispanas, y la economía aumentó gracias a las exportaciones de productos muy apreciados en la metrópoli: aceite, vino, salazones, trigo... Éstos se consumían por todo el Imperio y se demandaban continuamente debido a su innegable calidad.

La reorganización administrativa y territorial también tuvo su parte en este crecimiento hispano. De las primigenias provincias Citerior y Ulterior se pasó, en 27 a.C., a una primera división de las anteriores que dio como consecuencia el nacimiento de la Tarraconense (bajo control del *imperator*) con capital en Tarraco, de la Bética (bajo control senatorial) con capital en Corduba, y de la Lusitania (controlada por el *imperator*) con capital en Emérita Augusta. En el siglo III se haría oficial la aparición de una nueva provincia, llamada Gallaecia Asturica, y, finalmente, en tiempos del emperador Constantino, llegarían la Cartaginense y años más tarde la Baleárica; cabe destacar que la provincia Mauritania Tingitana estuvo unida a la Bética, con administración y gobierno de esta última.

Hispania fue avanzando en paz a medida que lo hacían las calzadas que se construían sobre ella. En efecto, los caminos romanos son un prodigio de ingeniería; la forma inteligente en la que se construyeron las calzadas nos da un reflejo certero sobre quiénes fueron aquellos capaces de hacerlo en aquel tránsito tan difícil de la historia.

Las calzadas recorrían las vías más cortas y prácticas. Los obreros, siempre bien dirigidos, utilizaban material autóctono, que ha perdurado en muchos casos hasta nuestros días. Estos trazados han sido mejor conocidos gracias a los exquisitos mapas

medievales copiados generación tras generación desde su origen. En esos planos se mostraba el recorrido de las calzadas, incluyendo ciudades, villas y granjas con las que iban contactando. Además se han conservado los famosos vasos apolinales, unos recipientes de plata de carácter votivo con las estaciones visitadas a lo largo de la costa mediterránea.



De ese modo la península Ibérica se fue dotando de un sistema de comunicaciones sin parangón. La red se iniciaba en los pasos pirenaicos, extendiéndose por toda la cornisa cantábrica hasta llegar al océano Atlántico, donde se encontraba el *finis terrae*. De esos mismos nudos pirenaicos se descendía a los valles de las principales cuencas fluviales: primero a lo largo del Ebro y desde allí se conectaba con el Tago en el camino de Lusitania, y con el Duero, buscando la salida hacia las explotaciones minerales del noroeste peninsular. En el occidente de Hispania se trazó la Vía de la Plata entre Gallaecia, Emérita Augusta y el sur de la Península.

En oriente, un sinfín de calzadas cubrieron el perfil de la costa mediterránea hasta

desembocar en el mismo santuario de Hércules, en Gades. Como vemos, en pocas décadas casi 500.000 km² fueron perfectamente comunicados entre sí; por eso no es de extrañar que una frase se hiciese tan célebre: «Todos los caminos conducen a Roma».

En cuanto al proceso de urbanización de las ciudades, éste fue sencillamente asombroso. Los habitantes locales quedaban absolutamente convencidos del poder romano al observar cómo se levantaban majestuosos edificios que servían como embajadores de la cultura que los construía; de esa manera las urbes hispanas se enriquecieron con anfiteatros, circos, acueductos, termas, fontanas, puentes, templos, faros, murallas...

La construcción y remodelación de ciudades era un evidente reflejo de lo que se estaba haciendo en Roma: ciudades típicas cruzadas en línea recta por calles con un núcleo principal donde se encontraba el gran foro escoltado por monumentos y templos.

La romanización era profunda, y eso propiciaba un acercamiento cada vez más intenso hacia la paridad social de los hispanos con los ciudadanos romanos.

Hoy en día sobreviven innumerables muestras de la presencia romana en la península Ibérica: circos como en Mérida e Itálica; teatros en Tarragona, Sagunto, Alcudia, Mérida e Itálica; anfiteatros en Mérida, Itálica y el recientemente descubierto en Córdoba; templos como los de Tarragona, Évora, Mérida, Vic, Talavera; puentes en Alcántara, Mérida, Alberregas, Ronda, Salamanca, Cangas de Onís; acueductos como los de Mérida, Segovia, Sevilla, Teruel, Tarragona; termas en Lugo, Montemayor, Mérida, Malavella, Caldas de Montbui; faros como La Torre de Hércules; arcos en Bará, Medinaceli, Cabanes, Cajarra, Alcántara; necrópolis como las de Carmona, Tarragona...

La lista se podría ampliar todo lo que se quisiera; seguro que usted ha visitado o visto en alguna ocasión las muestras romanas del pasado en Hispania.

Pero no todo fue poner piedra sobre piedra para mayor gloria del Imperio. También se produjeron avances legislativos que mejoraron la cohesión social de los ciudadanos, aunque en principio el entramado constituido tras dos siglos de conquista dejaba muchas dudas a la hora de establecer un correcto gobierno de las provincias hispanas. Existían, como ya sabemos, ciudades privilegiadas por su fidelidad a Roma en tiempos de guerra. Estas plazas gozaban de una exención casi total de impuestos. Otras, sin embargo, mantenían, según qué acuerdo, regímenes especiales de contacto con la metrópoli. Eran los casos de las *foederatae* o de las *estipendiariae*, que basaban sus tributos en cómo habían sucumbido al rodillo romano. El galimatías empezó a

solucionarse con Julio César, quien en su *Lex Iulia Municipalis* consiguió unificar de algún modo la dispersión evidente de conceptos tributarios. Más tarde el derecho romano se impondría sobre todo lo anterior para prevalecer hasta el fin de la presencia romana en Hispania y aún más allá.

Otro de los factores galvanizadores de la romanización peninsular fue, sin duda, el idiomático. El latín unió a los pueblos ibéricos con una exitosa aceptación desde los orígenes de la conquista. Después de las guerras cántabras el uso del latín se generalizó, y años más tarde la práctica totalidad de la población lo hablaba; quedaban como restos algunos rasgos supervivientes de las lenguas célticas, además del enigmático vascuence, del que no se sabe muy bien su origen, aunque acaso debamos pensar que es un idioma de raíz íbera aislado en el tiempo.

El capítulo religioso fue también decisivo en la romanización de la Península. Los romanos siempre fueron condescendientes con las creencias de los pueblos que iban sometiendo. La estrategia pasaba por demostrar que la fuerza de Roma era tan superior como sus dioses, dejando a los nativos la decisión de asumirlo, y en casi todos los casos así ocurrió. De ese modo, fiestas, celebraciones y rituales romanos fueron solapándose a los antiguos cultos, que pronto quedaron olvidados; siempre existía un dios grecorromano que pudiera asumir las funciones de la deidad autóctona de turno.

Después de Octavio se intentó implantar la figura de la divinidad imperial, aunque bien es cierto que con poco éxito. La llegada del cristianismo animó el concierto religioso en el Imperio. En el caso hispano, esta creencia se extendió principalmente desde el siglo II; otras corrientes como el priscilianismo tuvieron alguna difusión, mientras que el mitraísmo o las que seguían los cultos de Serapis, Isis o Magna Mater, no calaron tanto como el ya incontestable movimiento cristiano. Hispania optó por el catolicismo y en él se mantuvo hasta la llegada de los visigodos arrianos en el siglo V.

Como vemos, la vida en Hispania transcurrió por senderos de paz durante los más de cuatro siglos imperiales; en este tiempo apenas se registraron conflictos internos, lo que permitió una bonanza económica sin precedentes. La economía de las provincias hispanas se sustentaba en el predominio de sus ciudades, muy a la usanza helenística. En efecto, los romanos habían adoptado las costumbres griegas y, en consecuencia, dieron la importancia necesaria a las urbes, asunto que las hizo prosperar de forma meteórica.

A su llegada en el siglo III a.C. existían pocas ciudades que pudieran recibir ese calificativo en la península Ibérica, tan sólo las factorías griegas o las antiguas colonias fenicias. Con los años se fueron creando nuevas colonias, que se poblaron

con veteranos licenciados de las guerras o colonos venidos de Italia. En cuanto a las viejas poblaciones aborígenes, su crecimiento se consolidó en el Imperio cuando se les otorgó el rango de municipio romano.

Desde los tiempos de César, la *civitas* (ciudad) dejó de mirar intramuros para asumir la gestión de los campos que la rodeaban y de las aldeas más próximas; de esa manera se asumía la vanguardia del movimiento civilizatorio emanado desde el corazón de una urbe profundamente romanizada. La ciudadanía latina suponía el primer requisito para formar parte de las curias municipales, que reunidas en comicios elegían a los *duunviros* (una especie de alcaldes), ediles y cuestores (administrativos y gestores). Los cargos solían ser anuales y acceder a ellos exigía a los candidatos un gran desembolso económico para obtener la confianza del electorado.

El latifundio se extendió como práctica agrícola habitual en detrimento de los antiguos métodos aborígenes de autocultivo para consumo familiar. En la etapa imperial, Roma abasteció sus inmensos almacenes de grano gracias a sus despensas oficiales de Sicilia, Egipto e Hispania. En nuestro caso, la meseta y el sur peninsular fueron las zonas agrícolas por excelencia, dejando el suroeste, noroeste y norte para los territorios ganaderos y mineros. A pesar de todo, tanta riqueza natural necesitaba una mano de obra que la trabajara y, en ese sentido, fueron los esclavos los que tuvieron que soportar todo el peso de esa labor.

Bien es cierto que las ciudades generaron un buen número de oficios artesanos y especializados: médicos, alfareros, boticarios, venteros, herreros... Los gremios se agrupaban en *colegias* y en los talleres convivían esclavos y empleados a sueldo. En resumen, la etapa del alto y bajo Imperio fue el semillero del que surgirían la Edad Media y la Moderna.

En este tiempo se concibió nuestro *modus vivendi* y, sobre todo, nuestra personalidad más característica: rasgos que nos definirían ante el mundo en los siglos venideros.

LA RIQUEZA NATURAL DE HISPANIA

En el primer tramo de la etapa imperial en Hispania se produjo un estallido al alza de la economía local. En ese tiempo se exportaban a buen ritmo toda suerte de productos muy apreciados en la metrópoli: vinos de la zona catalana, trigo del sur y centro peninsular, aceite de la Bética, metales como oro y plata de Asturia, Gallaecia y otras cuencas mineras de la Península.

Las calzadas reforzadas por Augusto sirvieron como enlace para el tránsito, primero, de legiones, y posteriormente de comerciantes que transportaban sus productos hacia los puertos mediterráneos que conectaban con Italia. Así, aceite, vino y trigo hispanos inundaban los pujantes mercados romanos del Imperio. La muestra más fidedigna de este comercio queda reflejada en la Testaccio, una montaña artificial creada en Roma con los restos de las ánforas que albergaban los productos de la península Ibérica. Ese monte, muy próximo a la puerta de San Pablo, tiene una extensión de cincuenta y cuatro metros de altitud por un kilómetro de perímetro.

Lo cierto es que Hispania se convirtió en la perla más querida por el Imperio romano. Las explotaciones mineras eran abundantes y casi inagotables: el oro y plata de Asturia y Gallaecia, el hierro y plomo de Cantabria y Autrigona, la plata y el cobre de los yacimientos béticos y tarraconenses... Muchas minas llegaron a ser cerradas después de haber sido exprimidas hasta el límite. Aun así, grandes centros mineros siguieron surtiendo a Roma hasta el fin de la presencia latina en Hispania.

En cuanto a la riqueza ganadera, diremos que en este período cobró mucha importancia la lana proveniente de la Bética, así como la carne que se criaba en las extensiones celtíberas. Pero sin duda son los cultivos de aceites en el sur, trigo en la meseta y vinos en el noreste los que realmente cobraron fama merecida en estos siglos de historia. Por entonces las villas, preludio de los futuros cortijos, gestionaban grandes terrenos de cultivo, de los que brotaban los productos más apreciados.

Por último fueron creciendo grandes puertos mediterráneos y atlánticos, de los que salían las inmejorables salazones de pescado. Toda esta actividad metalúrgica, agrícola y ganadera dio paso a una emergente clase social de alto nivel adquisitivo que a su vez enriquecía las poblaciones donde habitaba.

Los hispanos comenzaron a ganarse a pulso su estatus como ciudadanos del Imperio. Pronto, muchos de ellos viajaron a la metrópoli; en principio en calidad de mercenarios o tropas auxiliares que servían en las legiones, más tarde fueron los intelectuales los que empezaron a engrosar la nómina de celebridades romanas. Hispania había sido la provincia más romanizada de todas. Bien es cierto que la conquista duró dos siglos, pero las huellas de la metrópoli se hicieron más sólidas que en otros lugares dominados por el Imperio. Esta impregnación romana de Hispania alcanzó a todas las tribus autóctonas y, poco a poco, el flujo de colonos y veteranos licenciados se mimetizó con el paisaje peninsular.

El latín avanzó con sorprendente celeridad por la geografía del país. En tiempos de César se hablaba habitualmente por todo el Levante y sur peninsular, y no tardó en proyectarse hacia el interior y norte de Hispania. La evidente prosperidad económica provocó que en los tiempos de Octavio Augusto se acuñaran monedas en las cecas hispanas con la efigie del joven emperador. Las ciudades también recibieron los beneficios de la bonanza mercantil: mosaicos, grandes construcciones, edificios de notable belleza y recintos dedicados a la cultura nos dan una idea del buen momento vivido durante los primeros siglos de nuestra era.

Como curiosidad apuntaremos que ya por entonces los artistas gaditanos gozaban de merecida popularidad en las fiestas de alta alcurnia romanas. Según se dice en las crónicas, las *pueblae gaditanae* —una especie de cantantes y bailarinas algo frescas— adornaban con su arte las mejores reuniones sociales. Vamos, que no había sarao que se preciase de tal si no contaba con la participación de estas muchachas hispanas que sabían tocar como nadie una especie de antiguas castañuelas mientras entonaban alegres y picantes coplillas a la par que contoneaban sus esbeltas figuras. También existieron atletas de reconocido prestigio, como Diocles, un lusitano que se especializó en la conducción de cuadrigas, llegando a conseguir 1.500 victorias. Según se dice, cuando se retiró a los cuarenta y dos años de edad era uno de los ciudadanos más ricos del Imperio, recibiendo por sus gestas multitud de homenajes y reconocimientos. Pero no sólo se exportaba materia prima, soldados y artistas; también viajaron a Roma algunos personajes de imperecedero recuerdo.

EL CLAN DE LOS HISPANOS

Desde la época de Julio César y Octavio fueron muchos los hispanos que se dieron a conocer, tanto que en la propia Roma se llegó a decir que existía un clan de hispanos que hacían y deshacían a favor de sus intereses ante el gobierno imperial.

Con César surge la figura de la familia Balbo, un linaje asentado en Gades que se impulsó gracias a uno de sus miembros: Lucio Cornelio Balbo. Este personaje, prorromano hasta la médula, ayudó económicamente a César en sus campañas; lo abasteció con pertrechos, dinero y hombres, llegando incluso a suministrarle una flota de combate para sus expediciones a Britania. Balbo el Viejo obtuvo el favor no sólo de César sino también de Octavio, al que garantizó una buena administración de los territorios béticos. Balbo fue el primer habitante provincial en conseguir el nombramiento como cónsul, merecimiento que heredó su sobrino Balbo el Joven, quien celebró triunfos en Roma tras sus actuaciones en África.

La inauguración de la etapa imperial dio como consecuencia que una miríada de hispanos viajara a Roma para integrarse en su sociedad dispuesta a ocupar relevantes cargos públicos o posiciones intelectuales de peso. Hyginus se convirtió en bibliotecario de Octavio; Porcius Latro fue modelo y maestro del célebre Ovidio; éstos y otros ejemplos iniciales dieron paso, en la primera mitad del siglo I, a una espléndida generación de literatos y legisladores provenientes de regiones romanizadas como la Bética y de otras no tanto como Lusitania, Celtiberia o la propia cornisa cantábrica. Los hispanos buscaban en Roma prosperidad económica y saber intelectual; los hombres de negocios se mezclaban con filósofos, poetas o ensayistas en un afán desmedido por el ascenso social y económico.

Las escuelas hispanas en las que se formaban inicialmente estos personajes habían tenido un precedente claro en aquellas academias del siglo I a.C., instauradas en Osca o en Corduba, y ahora sus herederos trasladaban inquietudes y vidas a la propia metrópoli romana. Era momento para los Séneca, Lucano, Mela, Columela, Marcial, Quintiliano, Moderato..., hombres ilustres que aportarían talento y claridad de ideas a la Roma más gozosa de su historia. Con su presencia se despejarían muchas dudas acerca de la romanización de la provincia hispana; atrás quedaban los tiempos de

guerra en la indomable Celtiberia; ahora sus escritos reflejaban un fuerte deseo por emparejarse a los designios romanos.

SÉNECA Y OTROS ILUSTRES

El caso más relevante de intelectuales hispanos en Roma lo encarna Lucio Anneo Séneca. Nacido en Corduba en 4 a.C., perteneció a una acomodada familia donde destacaba la figura de su padre, Marco Lucio Anneo, más conocido por la historia como Séneca el Viejo, un reputado pensador retórico que inculcó en su hijo el amor por la filosofía.

Cuando Séneca el Joven contaba nueve años de edad, la familia viajó a Roma, ciudad en la que se instalaron bajo los beneficiosos efluvios del emperador Octavio. Séneca hijo estudió retórica como otros muchachos de su condición social. Se educó bajo la tutela de oradores como Papirio Fabiano o filósofos de la talla de Atalo y Demetrio. Asimismo, fue aprendiz durante un año del gran filósofo Sotión, hasta que, una vez cumplidos los dieciocho años de edad, se entregó con entusiasmo a su ascenso social primero, trabajando de orador en actos públicos, para luego convertirse en un magnífico abogado que logró gran popularidad en Roma.

La fortuna de Séneca comenzó a crecer a ritmo vertiginoso. En 41 fue elegido senador bajo el mandato del temido Calígula, el mismo que luego lo condenó a muerte por considerarlo un «impertinente». Séneca salvó la vida casi de milagro al argumentar que se encontraba enfermo de asma y que, por tanto, le quedaba poco que hacer en este mundo. La argucia conmovió al tiránico emperador y el estoico pudo seguir con sus aspiraciones de controlar el gobierno de la ciudad eterna.

Una vez desaparecido Calígula, llegó al poder Claudio, quien finalmente condenó a Séneca al exilio en Córcega por entender que había participado en algunas intrigas políticas relacionadas con su sobrina Julia. Nuestro filósofo asumió con una entereza muy propia de él la condena y durante ocho años se dedicó a escribir ensayos y dramas que lo catapultaron a la fama literaria.

En 49, Agripina lo mandó llamar para que fuera el tutor de su hijo Nerón; por entonces Séneca contaba cincuenta y tres años y un tesoro calculado en varios millones de sestercios. Este patrimonio se vería incrementado notablemente en los años que se dedicó a la educación del futuro emperador. Cuando Nerón fue Augusto en 54, el mando del Imperio fue asumido por Agripina y Séneca. Los primeros cinco

años de Nerón bajo los auspicios de sus custodios fueron realmente interesantes. Muchos estudiosos los han calificado de excepcionales, y buena parte de responsabilidad la tuvieron Séneca y su amigo Afranio Burro, jefe de la guardia pretoriana.

Bien es cierto que Séneca fue acusado por algunos rivales de ser un usurero que tan sólo acariciaba la idea de enriquecerse más y más, pero lo único constatable es que el filósofo cordobés vivía de manera extremadamente austera: comía poco, bebía agua, dormía en un tablón de madera y era fiel a su querida esposa Paulina. Sin duda era rico, pero la sobriedad dominó toda su existencia, salvo en contadas ocasiones en las que gastaba importantes sumas en obras de arte o libros. El ideal que motivó esta curiosa forma de vida fue, desde luego, su profunda adhesión a las directrices marcadas por la escuela de filosofía estoica, de la que era uno de los máximos representantes.

Séneca apostó por situar la filosofía en el vértice del poder, asegurando a los hombres una guía racional y justa. Intentó mantener el modelo de Octavio para sus enseñanzas a Nerón; sin embargo, éste optó por otros caminos más plúmbeos.

Pero, lejos de su carrera política, lo que realmente hizo que su nombre entrara en la historia fue su magna obra escrita. De la misma no se ha conservado la totalidad, aunque sí algunos títulos, en todo caso suficientes para otorgarle su justa dimensión como el intelectual que fue. Baste resaltar obras de la magnitud de *Los Diálogos*, que comprenden: *Consolatio ad Marciam*; *De ira*; *Consolatio ad Helviam matrem*; *Consolatio ad Polybium*; *De brevitae vitae*; *De constantia sapientis*; *De vita beata*; *De tranquillitate animi*; *De otio*; *De providentia* y *De clementia*, dedicado a Nerón. También siete libros bajo el título *De beneficiis*, *Naturales quaestiones* y su obra más reconocida, *Epistulae morales ad Lucilium*, que muestra todo su pensamiento vital. Asimismo, se conservan 124 cartas en veinte libros. El centro esencial de su doctrina fue la problemática de la existencia y sus contradicciones, la búsqueda de la virtud para alcanzar la verdadera felicidad, la forma de conciliar el amor por uno mismo y por los demás y el buscar un equilibrio entre lo individual y lo político. Séneca fue admirado por los pensadores cristianos debido a que sus pensamientos estoicos, como la presencia de Dios, los problemas de la muerte y la esperanza de una vida después de la muerte, estaban en profunda conexión con las bases del cristianismo. Este cordobés universal poseía el don del virtuosismo y descubrió la dimensión de la interioridad humana con un nuevo lenguaje que asombró a todos.

Lamentablemente su discípulo Nerón no estuvo a la altura del maestro y en 65 lo acusó de formar parte de un complot dirigido por Calpurnio Pisón, quien pretendía

destronar a Nerón en su propio beneficio. Lo realmente cierto es que Séneca llevaba retirado de la política tres años, desde que falleciera su camarada Afranio Burro. En ese tiempo se había dedicado a la escritura y poco más.

Por desgracia, la mente de Nerón era demasiado obtusa como para entender que su antiguo maestro no tenía o no quería hacer nada en el concierto político romano. Aun así, la confesión forzada de Lucano, un pariente lejano de Séneca, fue suficiente para que el despótico emperador condenara a muerte a los dos hispanos. Lucano, de tan sólo veintiséis años, aunque ya reconocido poeta, se quitó la vida tras disfrutar de una última fiesta. Séneca, por su parte, intentó defenderse de las acusaciones ante el embajador enviado por el díscolo discípulo; todo fue inútil y la sentencia fatal se mantuvo. Séneca quiso ser fiel a su estoicismo hasta el final: asumió la pena impuesta, se despidió de su mujer, Paulina, y acto seguido ingirió cicuta mientras se cortaba las venas en una bañera. De esa manera conservó su independencia de carácter hasta el instante postrero de su existencia. Antes de morir escribió una carta a su amigo Lucilio en la que se podía leer: «En lo que me atañe he vivido lo bastante y me parece haber tenido todo lo que me correspondía. Ahora, espero la muerte». Tenía sesenta y nueve años y una enorme legión de seguidores que supieron proseguir y difundir su obra. Séneca fue el gran ejemplo del intelectual hispano que llega a Roma y alcanza altas cotas de poder y éxito. Pero hubo otros hispanos que también consiguieron un cierto renombre social. Fueron los casos de: Anneus Mela, hermano de Séneca, que también tuvo que suicidarse por orden de Nerón y de los políticos Pedanius Secundus y Barcino; Turranius, de Gades, prefecto de Annoma y amigo de Claudio; Cornelius Pusio, de Gades; Pedanius Salinator, de Barcino, cónsul sufecto en el año 60; Aelius Gracilis, de Dertosa...

Un gran embajador de hispanos en Roma fue el poeta Marcial. Nacido en Bilbilis (Calatayud) el año 40, tuvo en sus sesenta y cuatro años de vida tiempo para glorificar a los poderosos y divertirlos con sátiras burlescas de la sociedad romana. Habló y bien de sus paisanos Liciniano y Materno, jurisconsultos de prestigio; Deciano, de Emérita Augusta, abogado y filósofo, o del poeta Rufo. Dejó un legado de catorce obras en las que Hispania es mencionada frecuentemente.

Finalmente hablaremos de Quintiliano, nacido en Calagurris en el año 35. Llegó a Roma en 68, protegido por Galba, y fue célebre por recibir la primera cátedra de Retórica subvencionada por el emperador Vespasiano. Su principal obra fue *De Institutione Oratoria*, convirtiéndose en una de las mentes más admiradas de su tiempo. Falleció en 110, y su memoria se recuperó durante el Renacimiento.

Como vemos, el clan de los hispanos dio mucho que hablar en estos primeros

siglos imperiales. Pero no sólo literatos o políticos de discreto nivel dimos a Roma, sino que también ofrecimos grandes emperadores.

LOS EMPERADORES HISPANOS

Hispania aportó a Roma tres grandes emperadores, cuyos méritos quedaron bien destacados desde la misma época que los vio gobernar. En el siglo I, el clan de los hispanos suponía una fuerza política más que evidente. Alguno de sus integrantes, como Licinio Sura, quitaba o ponía generales, cónsules o pretores a su antojo. En el caso del antes mencionado, fue vital su asesoramiento al veterano emperador Nerva para que éste adoptara a Trajano como hijo y sucesor en el mando del Imperio romano.

Marco Ulpio Trajano es el primer César llegado de las provincias. Nació el 18 de septiembre de 53, en Itálica, una de las ciudades más descollantes de la Bética. Pertenecía a una reconocida familia castrense, y su padre, también llamado Trajano, era un magnífico funcionario y general de Roma. El pequeño se educó dentro del ámbito militar y muy joven participó en los ejércitos dirigidos por su progenitor en Siria, provincia romana de la que era gobernador.

En 89 fue nombrado pretor y, al poco, marchó en calidad de legado para ponerse al frente de la VII Legión Gemina, acantonada en Hispania. Su creciente prestigio lo condujo a la *limes* germana, donde se acreditó como espléndido general y conductor de hombres. El emperador Domiciano, en el año 91, le concedió el título de cónsul de la Germania Superior, y seis años más tarde el emperador Nerva lo sumó al trono imperial con el consenso mayoritario del Senado y el ejército.

En enero de 98, la muerte de su padre adoptivo lo elevó a lo más alto del Imperio, y no sólo como César, sino que también fue designado *Optimus Princeps*, lo que daba una clara idea sobre las cualidades demostradas por Trajano para asumir el mando imperial. El gobierno de este primer César hispano se caracterizó por la estabilidad, tranquilidad y justicia social. En ese sentido, gratificó a sus tropas y garantizó la alimentación diaria de los niños necesitados en Italia. Trabajador infatigable, redujo la presión fiscal y concedió créditos a bajo interés a la clase agraria. Asimismo, puso en funcionamiento un inmenso aparato burocrático que mejoró ostensiblemente el rendimiento económico de las provincias. Trajano favoreció, además, a su tierra natal, dotándola con inmejorables infraestructuras de todo tipo: monumentos, edificios,

puertos... Hispania vivió, gracias a su emperador, un momento ciertamente dorado.

En sus años de mandato crecieron las inversiones en obras públicas. Cabe destacar, en este apartado, el foro de Trajano, la basílica Ulpiana, el puente de Alcántara, bibliotecas, las termas del Esquilino, la vía Traiana, la restauración de la vía Apia, la ampliación del puerto de Ostia, y su monumento más emblemático, la columna trajana, donde se representan sus victorias en la Dacia.

En el capítulo militar, Trajano brilló con intensidad. La conquista de la Dacia no sólo supuso la incorporación de una rica provincia con enormes yacimientos de oro en Transilvania, sino que también sirvió para celebrar unos juegos que serían recordados como los más grandes en la historia romana. En efecto, durante cuatro meses, diez mil gladiadores y otras tantas miles de fieras lucharon y murieron como homenaje a la hazaña de su emperador en las tierras de la actual Rumanía.

Trajano quiso de alguna manera emular al macedonio Alejandro Magno y se lanzó con éxito a la conquista y dominación de Oriente; de ese modo, Mesopotamia, Armenia, Asiria y África se integraron por la fuerza de las armas en el Imperio romano. El propio Trajano adoptó en recuerdo de aquella gesta el sobrenombre de *Pártico*.

Estas campañas le sirvieron además para remodelar la guardia imperial, así como para mejorar la estructura del ejército romano, creando nuevas legiones, siempre bien dirigidas por generales de confianza como Licinio Sura, Lucio Quieto, Cornelio Palma o Adriano. Éstos y otros como ellos lo auxiliaron a la hora de tomar las decisiones más oportunas para conducir las diferentes campañas bélicas.

En todo caso, queda patente que muchos hispanos rodearon al emperador en los estamentos políticos, económicos y militares. Ahí se los pudo ver sirviendo a su lado en los múltiples conflictos guerreros como generales, oficiales o tropas de combate. En cuanto a la Dacia, numerosas fuerzas hispanas lucharon, haciéndose merecedoras de grandes elogios por su lealtad y esfuerzo. Baste comentar que, hacia el 107, la frontera danubiana contaba para su defensa con diez magníficas legiones, y muchas de las tropas auxiliares que las reforzaban provenían de Hispania. Con esto, Roma nunca estuvo mejor protegida, a tenor de las crónicas elaboradas por los historiadores de la época.

En 117, Trajano se sintió enfermo mientras regresaba de Oriente. Su complexión corpulenta y su gran altura física no le sirvieron para detener un mal que lo paralizaba por momentos. El 8 de agosto de ese año falleció en Selimonte, una ciudad de la provincia romana de Cilicia. Sus cenizas llegaron a Roma en olor de multitudes y fueron depositadas en la base de la columna que lo inmortalizó. Su viuda, Plotina,

lloró desconsoladamente la muerte de su fiel esposo, pero no tuvo ningún inconveniente en potenciar la candidatura de su presunto amante, otro hispano nacido también en Itálica y sobrino de Trajano. Este hombre, de nombre Publio Elio Adriano, sería el segundo y más reconocido emperador hispano.

Nacido como su antecesor en Itálica el 24 de enero de 76, quedó huérfano cuando tenía diez años y fue trasladado a Roma para quedar bajo la tutela de su tío Trajano, quien le dio una educación exquisita. El joven Adriano mostró querencia por todo lo que rezumaba sabiduría y bellas artes. De ese modo aprendió disciplinas académicas como matemáticas, medicina, filosofía, música, literatura, escultura, geometría... Su predilección intelectual se inclinó hacia el mundo helenístico, por lo que se ganó el apelativo *graeculus*, que venía a significar «pequeño griego». Se puede decir que Adriano fue un predecesor de las corrientes renacentistas; se interesó por todo, sintió curiosidad por lo desconocido, quiso averiguar los secretos de la vida y de los hombres; mientras tanto ascendía en la carrera social bajo el manto de Trajano.

Entre 91 y 117 ocupó diversos cargos en la administración pública, como los de cónsul, cuestor o tribuno de la plebe. En el plano militar destacó en este tiempo luchando en varias legiones como la II Adjutrix o la V Macedónica. En 96 se casó con Vibia Sabina, una sobrina nieta de su tutor Trajano. Cuando éste llegó al poder dos años más tarde, Adriano siguió bajo su servicio y lo acompañó a las campañas de la Dacia. En 107 fue nombrado delegado imperial en la provincia de baja Panonia, y un año más tarde llegaba a la cumbre social al obtener el cargo de cónsul. Finalmente, la confianza que Trajano había depositado en él se plasmó en su elección como hijo adoptivo en agosto de 117. Días más tarde murió Trajano, y el camino quedó abierto para que Adriano asumiera el trono imperial.

Su mandato fue relativamente pacífico y equilibrado. Adoptó en principio algunas medidas que asombraron al ejército, como por ejemplo retirar las tropas de Mesopotamia y de Armenia. Esta decisión hizo temblar al Senado y a buena parte del estamento militar. Aun así, el flamante César consiguió granjearse el beneplácito de todas las instituciones de gobierno romanas.

Fue un incansable viajero, ya que buscaba conocer de cerca la realidad de las provincias imperiales. Entre 121 y 125 se trasladó a las Galias, donde revisó personalmente guarniciones y ciudades; luego a Germania, reforzando la *limes* con los bárbaros. Más tarde desembarcó en Britania, donde ordenó la construcción de un muro con más de 100 kilómetros de largo, que separaba el sur romanizado del norte bárbaro, en posesión de los indomables pictos. Después se trasladó a su tierra natal de Hispania, pasando el invierno de 122-23 en Tarraco, ciudad en la que convocó un

consejo que dio cita a los notables provinciales. Como curiosidad diremos que un esclavo intentó asesinarlo mientras se encontraba allí. Adriano, corpulento y curtido en el combate, no tardó en desarmar al atacante y, aunque todo hacía presumir que la suerte del conjurado era evidente, el emperador se destapó con una dosis de clemencia inusual para uno de su rango, ordenando a sus médicos que lo examinasen y curasen de sus heridas. El diagnóstico clínico fue rotundo, el esclavo estaba loco y, gracias a esto, salvó su vida.

De la península Ibérica, Adriano saltó a tierras africanas, llamado por una rebelión de las tribus de Mauritania; de ahí pasó a Egipto, donde realizó un viaje por el Nilo en compañía de su amante Antinoo, asunto que preocupó gravemente a sus asesores. El largo periplo llegó a inquietar al Senado romano, que no paraba de preguntarse a qué se debía tanta pasión viajera. Por desgracia o no, aquel joven murió ahogado en aguas egipcias. Quién sabe si hubiese llegado a ser emperador de Roma, dado el amor que Adriano le profesó.

Sea como fuere, el César hispano, una vez de regreso a Roma, se entregó por completo a la tarea de remodelar el aparato estatal de gobierno. Sus medidas fueron en general bien recibidas y con ello se alivió la congestión burocrática del gobierno. Prohibió los sacrificios humanos y que los amos mataran a sus esclavos. Concedió subvenciones a miles de agricultores que cultivaron tierras baldías.

En 132, los judíos de Palestina se levantaron en armas dirigidos por Bar Kochba y Eleazar. Adriano envió al experimentado general Julio Severo, que se puso al frente de las legiones para sofocar la rebelión. El resultado no pudo ser más sangriento, con 200.000 judíos muertos y otros tantos represaliados.

Finalmente, la hidropesía se apoderó del cuerpo de Adriano en el año 138. Aquel hombre guapo, robusto y con pelo y barba rubios y rizados, comenzó a hincharse y a padecer frecuentes hemorragias nasales. El dolor se hizo tan agudo que Adriano llegó a pedir la muerte. Finalmente ésta se produjo en la estación termal de Baya, muy cerca de Nápoles, en julio de ese mismo año.

Adriano fue uno de los mejores emperadores romanos. Su pasión por la cultura y por la grandeza de la civilización quedó reflejada en magnas obras de construcción y en brillantes escritos elaborados por intelectuales que habían sido favorecidos por su mecenazgo.

Sus restos fueron enterrados cerca del río Tíber, en un mausoleo conocido actualmente como Castel Sant-Angelo. Le sucedió Antonino Pío, quien supo ser digno heredero de su antecesor.

El último de los emperadores con raíz hispana fue Teodosio, quien, curiosamente,

sería también el último Augusto que se vio unido al tambaleante Imperio romano.

Teodosio nació en Couca (Coca, Segovia) en 346, hijo del general Flavio Teodosio, que fue ejecutado en África al ser acusado de traición. El joven Teodosio se había curtido como militar en Britania, luchando al lado de su padre; una vez muerto éste, se retiró a Hispania, lugar donde recibió la llamada del emperador de Occidente Graciano, para que asumiera el trono del Imperio Oriental tras la muerte del emperador Valente en la batalla de Adrianópolis, librada contra los visigodos en 378.

Nuestro personaje asumió el gobierno en 379, desarrolló una eficaz gestión de los territorios orientales y combatió a los hunos, alanos y godos. Con estos últimos negoció su incorporación al Imperio como federados, concediéndoles ricos territorios libres de impuestos en los que establecerse. Este gesto contribuyó a una relativa paz con los pueblos bárbaros, lo que frenó en casi un siglo la inevitable caída de todo el Imperio romano.

El asesinato del emperador Graciano trajo como consecuencia que muchos jefes provinciales se creyeran con derecho a ocupar el poder en Roma. Teodosio tuvo que hacer de árbitro en algunas contiendas, hasta que finalmente asumió la dirección de las dos partes en las que se había fraccionado el trémulo Imperio. Esto ocurrió en el año 394, pero el sueño de ver unida la otrora poderosa potencia sólo duró unos meses, ya que Teodosio falleció en Milán el 17 de enero de 395. Le sucedieron sus hijos: Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente.

Teodosio el Grande se distinguió por su ferviente fe católica; luchó con tenacidad insospechada contra los movimientos religiosos considerados herejes por él, como era el caso de la antigua religión romana o del arrianismo que había inundado a las tribus bárbaras. Con su muerte se desvanecieron las esperanzas de Roma, y en los ochenta años siguientes el declive condujo inexorablemente a la desaparición de una civilización que había perdurado más de mil años.

En el caso de Hispania, tan sólo catorce años después de la desaparición de Teodosio las tribus de suevos, vándalos y alanos irrumpieron en el paisaje imperial sin ninguna oposición, ya que la península Ibérica estaba desprovista de legiones desde hacía mucho tiempo.

En 409, los bárbaros se adueñaron de la vieja Hispania. Cinco años después llegarían los visigodos para desalojar a sus frates germanos y hacerse con las riendas de la Península. Pero, queridos amigos, esa apasionante «aventura de los godos» quedará reflejada en otro libro. Por el momento, Hispania dormiría el sueño de 627 años de historia junto a Roma.

CRONOLOGÍA

Hechos destacados en la Hispania imperial

- 18 a.C. Salen de Hispania las Legiones V Alanda y VIII Hispana con destino a Germania.
- 10 a.C. Sale de Hispania la Legión II Augusta con destino a Germania.
- 4 a.C. Nace en Corduba Lucio Anneo Séneca.
- 20 Se construye el acueducto de Segovia.
- 39 Sale de Hispania la Legión IV Macedónica.
- 63 Sale de Hispania la Legión X Gemina con destino a la frontera danubiana.
- 65 Suicidio de Séneca por orden del emperador Nerón.
- 69 La provincia Mauritana es incorporada a la Bética.
- 70 Sale de Hispania la Legión I Adjutrix.
- 74-75 La Legión VII se establece en Regio (León).
- 98 El hispano Trajano es proclamado emperador.
- 117 El hispano Adriano sucede a Trajano como César del Imperio romano.
- 122 Adriano visita Hispania.
- 170-171 Sublevaciones en Lusitania. Tribus norteafricanas atacan la provincia Bética.
- 180 Fin de la *Pax Romana*.
- 202 Persecución de cristianos en la península Ibérica.
- 210 Se concede la ciudadanía romana a los habitantes libres de Hispania.

- 258 Tarraco es destruida por bandas de francos y alamanes.
- 283 Rebeliones bagaudas en Hispania.
- 284 Nueva división geográfica de Hispania: Bética, Lusitania, Tarraconense, Gallaecia, Cartaginense y Mauritania Tingitana.
- 310 Constantino ocupa Hispania.
- 345 Nace Prisciliano.
- 360 Baleárica, nueva provincia de Roma.
- 379 El hispano Teodosio es elegido emperador romano de Oriente.
- 380 Concilio de Cesar Augusta: Hispania pertenece a la prefectura de las Galias.
- 394 Teodosio el Grande, emperador de Oriente y Occidente.
- 395 División definitiva en dos del Imperio romano.
- 409 Hispania es invadida por suevos, vándalos y alanos. Fin de la presencia romana en la Península.
- 476 Fin del Imperio Romano.

ANEXOS

I

LAS LEGIONES DE ROMA

Durante los más de seis siglos de permanencia romana en la península Ibérica, las legiones actuaron como la herramienta demoledora y eficaz que se esperaba. La República y el Imperio se sustentaron gracias a la fuerza de su maquinaria bélica: un legionario en su tiempo de servicio se entrenaba, luchaba, vivía o moría siendo fiel al ejército más organizado y multitudinario del mundo antiguo. Las guerras de Hispania serían el escenario adecuado para que las curtidas legiones romanas brillaran con luz propia.

Orígenes legionarios

La grandeza de Roma no se explica sin el poder de sus legiones. El ejército romano, en sus etapas monárquica, republicana e imperial, siempre mantuvo un nivel óptimo a la hora de entregar a su patria las mejores posibilidades que allanaran el camino de la política conquistadora en diferentes territorios. Dada su idiosincrasia, Roma nunca atacó primero a ningún enemigo. Más bien, aunque resulte paradójico en el imperio más violento de la historia, todas sus guerras se realizaron para mejor defensa de aquella ciudad destinada a iluminar a las demás de su época.

La legión fue, por tanto, el instrumento propicio para exportar las ideas civilizadoras de la metrópoli latina; su adiestramiento, eficacia y convicción asombraron a propios y ajenos en un tiempo de oscuridad y barbarie.

Durante más de mil años los ejércitos legionarios se esparcieron por millones de kilómetros cuadrados, explorando, combatiendo y conquistando los confines conocidos e ignotos. Fueron vanguardia de aquella civilización y, en el caso concreto de Hispania, el arma decisiva que logró completar la anexión total de nuestra

península, facilitando a la postre una espléndida romanización.

Hispania contempló cómo a lo largo de dos siglos decenas de legiones se paseaban por su geografía. Desde 218 a.C., cuando llegaron las dos primeras legiones al mando de Cneo Escipión, hasta su capítulo final en nuestro territorio, encarnado en la VII Legión Gemina —unidad que dio nombre a la ciudad de León gracias al acuartelamiento que sirvió para alojarla—, las legiones nos ofrecieron episodios de todo carácter y condición: masacres y genocidios, batallas épicas, conquistas fulminantes y, sobre todo, el impulso de una colonización progresiva debido al constante asentamiento en colonias, ciudades y campos de veteranos licenciados tras las campañas bélicas que se iban produciendo en aquellas centurias de presencia inicial.

Bueno será, por tanto, que repasemos en algunas páginas aspectos definitorios de la historia legionaria: su evolución desde la Roma primigenia pasando por la etapa aristocrática, así como los cambios esenciales sufridos durante la República y el Imperio. Estos datos nos ayudarán a entender mejor la peripecia del ejército romano en una de las conquistas más difíciles que tuvo que asumir; no en vano Hispania fue la provincia en la que la resistencia desplegada por las tribus aborígenes duró más tiempo y sometió a las legiones a una de sus pruebas más exigentes.

Roma fue en origen un reducido grupo de aldeas hechas de adobe y paja; no se explica pues su arrolladora expansión sin un ejército fuerte, organizado y motivado. El nombre *legio* derivaba del término *legere*, que significaba «la leva», o del verbo *lego*, «elegir». Lo cierto es que en los albores de Roma la legión era en sí misma la totalidad del ejército romano. Este contingente original estaría conformado por ciudadanos patricios provenientes de las tres tribus o curias más antiguas del Imperio romano. De ese modo, ramnes, tities y luceres nutrieron a la legión en sus primeros momentos de vida. Cada tribu estaba obligada a ceder 1.000 infantes y 100 jinetes distribuidos en diez curias; por tanto, la legión primitiva vendría a estar integrada por 3.000 infantes y 300 caballeros.

En el siglo VI a.C., la monarquía romana introdujo algunos cambios que mejoraron ostensiblemente la organización militar del país; se conservó el nombre de legión, aunque se disolvieron los vínculos patricios con el ejército en favor de los lazos económicos, que potenciaban la participación en la milicia de los más adinerados y no de los más nobles. Según parece fue el rey etrusco Servio Tulio el artífice de unas medidas por las cuales las clases acomodadas pasaban a ser las auténticas sustentadoras del ejército romano, el cual quedó distribuido en tres secciones: la primera con los ciudadanos más ricos y capacitados para mantener

caballo e impedimenta, éstos conformarían la caballería; la segunda estaría formada por ciudadanos menos opulentos, que integrarían la infantería, y, finalmente, la tercera la compondrían ciudadanos pobres, que servirían como auxiliares. En realidad, participar en una u otra clase dependía en buena medida de la disposición económica de cada legionario: si tenías dinero podías comprar un excelente equipo de combate para codearte con las élites ciudadanas, si no disponías de una buena bolsa te reclutaban para el grupo de los que tenían que luchar con poco más que lo puesto.

También existía una separación del ejército por edades: por un lado los *iuniores*, alistados entre los diecisiete y cuarenta y seis años, que eran en la práctica el ejército de campaña romano, los que protegían las fronteras o los que iniciaban expediciones. Por otro se encontraban los *séniores*, un contingente de veteranos, entre cuarenta y siete y setenta años, que eran utilizados para defender ciudades y campos dentro de las fronteras patrias. La legión se completaba con cinco centurias de obreros, músicos y administrativos, oficios muy necesarios para el buen mantenimiento de la milicia.

En el año 509 a.C., el régimen monárquico daba paso a la República; el cambio de régimen también afectó al ejército, pero en menor medida, salvo su desdoblamiento a consecuencia de tener que servir a los dos cónsules elegidos anualmente.

Eso suponía abandonar el concepto legión como una única milicia integrada por levadas de la ciudadanía, para acoger el término como unidad táctica del ejército romano.

En estos albores republicanos, las legiones se fueron transformando progresivamente: aumentó el número de legionarios de 3.300 a 4.200, así como la denominación que recibían los combatientes. Se crearon cuatro grupos: los *hastati* eran legionarios jóvenes que conformaban la principal fuerza de choque en primera línea de combate; los *princeps* integraban la segunda línea y eran soldados algo más veteranos que los *hastati*. Luego estaban los *triarii*, soldados mucho más experimentados y maduros que se situaban en la tercera línea, participando sólo en caso de extrema necesidad. Finalmente, los *velites*, grupos de infantería ligera especializados en refriegas y exploraciones; este tipo de legión republicana recibía el apoyo de unos 300 jinetes. Con el tiempo el ejército romano se encontró distribuido en cuatro legiones, dos por cónsul. El armamento, como es lógico, también fue evolucionando, y aunque seguía siendo asunto de cada soldado, no es menos cierto que el Estado participó cada vez en mayor medida a la hora de equipar a sus legiones. *Hastatis* y *princeps* llevaban armadura completa, casco de bronce, escudo, espada y dos *pilun* o lanzas de diferente longitud. Por su parte los *triarii* soportaban el mismo equipo, pero sólo con una lanza como principal arma, mientras que los *velites*

aligeraban su impedimenta defensiva utilizando venablos. En resumen, este tipo de legión quedaba repartido en sesenta centurias de unos setenta hombres cada una; dos centurias conformaban un manípulo, la principal unidad táctica legionaria.

En la etapa republicana se fue abandonando paulatinamente el modelo helenístico de combate, protagonizado por la falange, para asumir uno propio más adecuado a las necesidades del momento. Roma guerreaba cada vez más lejos y sus legionarios pasaban largas temporadas fuera de casa; aunque pertenecieran al ejército, no dejaban de ser ciudadanos con granjas o cultivos esperándoles en casa, y su ausencia prolongada significaba una pérdida económica de gran importancia para las familias, por lo que se introdujo un *stipendium* o sueldo que cubriera sus necesidades durante el período de milicia. No obstante, este dinero nunca pudo reparar la pérdida de poder adquisitivo de estos ciudadanos romanos y a la postre supuso el hundimiento de las clases medias romanas. Por otra parte, la legión republicana siempre estuvo en manos poco experimentadas en las lides castrenses. Cada unidad estaba dirigida por seis tribunos más preocupados por sus carreras civiles que por la conducción de hombres hacia la guerra.

En el caso de los cónsules, su elección anual impedía a los ejércitos consulares mantener una campaña más de un año y, con mucha frecuencia, las guerras se prolongaron en demasía, porque el cónsul de turno debía volver a Roma al acabarse su mandato, dejando al ejército paralizado a la espera de un nuevo general. La situación se complicó en la segunda guerra púnica —como ya hemos visto en las páginas de este libro—. Roma tuvo que multiplicar obligadamente el número de sus legiones hasta un total de 24 y además tuvo que trasladar el escenario de la guerra a la península Ibérica.

Cneo Escipión viajó a Hispania como general de dos legiones para asumir una prolongada campaña; era evidente —y las guerras púnicas así lo pusieron de manifiesto— que la incipiente política exterior romana necesitaba un nuevo planteamiento estratégico en lo concerniente al ámbito militar, es decir, o se avanzaba hacia la creación de un ejército permanente y profesionalizado o no se podría crecer como potencia internacional.

Los ciudadanos se mostraban reacios a engrosar las filas del ejército para defender las leyes o intereses de una ciudad que a la vez les privaba de prosperidad y bienestar; por otro lado, tras finalizar una campaña, las legiones se disolvían, regresando a su tierra y dejando el territorio por el que habían transitado a merced de una nueva sublevación de los autóctonos, con lo que se volvía a empezar, una y otra vez, sin que el peligro quedara erradicado definitivamente.

La solución al problema se alcanzó en 107 a.C., gracias a la brillante imaginación del siete veces cónsul Mario. En ese año, el rey Yugurta de Numidia había declarado la guerra a Roma y Mario se vio en la necesidad de reclutar un ejército expedicionario que pusiera pie en aquel poderoso reino africano. Los ciudadanos respondieron con absoluta frialdad al llamamiento senatorial; la gravedad del asunto y la falta de efectivos militares provocó que el gran cónsul ideara una fórmula magistral que solucionaría de forma definitiva aquel molesto obstáculo que impedía desde hacía décadas el correcto progreso internacional de la República romana. La situación dio un giro de ciento ochenta grados cuando Mario abrió la recluta de soldados a los *capite censi*, la clase proletaria, que hasta entonces había tenido vetada su participación en el ejército; esta innovadora propuesta suponía para ellos una forma muy ventajosa de conseguir el ascenso social, una profesión que les procuraría dinero durante su servicio y tierras fértiles tras su licenciamiento.

La medida fue acogida con entusiasmo y miles de proletarios se alistaron voluntariamente, dispuestos a luchar en cuantas contiendas fueran requeridos.

El nuevo ejército profesional

Mario supo como nadie impregnar ideológicamente al ejército romano. Para ello se crearon insignias, estandartes y las famosas águilas sagradas de plata que sirvieron como distintivo de las legiones.

El voluntariado convivió unos años con la recluta obligatoria, pero, finalmente, la original propuesta se impuso a la antigua leva de ciudadanos. Como es lógico, esta situación generó algunas transformaciones en el ejército. Las principales fueron la homogeneización del armamento utilizado por los legionarios y la desaparición de unidades como los *velites*. El equipo legionario constaba de casco de bronce, escudo, cota de mallas, espada corta llamada *gladius hispaniensis* (el nombre se inspiraba en las mortíferas falcatas íberas) y dos *pilum* (jabalinas), una de acometida y otra más ligera para ser lanzada.

La legión romana estaba constituida por unos 4.800 hombres distribuidos en diferentes secciones, que pasamos a detallar: la unidad táctica era la cohorte; cada cohorte estaba formada por tres manípulos de dos centurias cada uno; cada centuria tenía 80 legionarios mandados por un centurión; cada manípulo constaba de dos

centurias, en total 160 hombres.

Los centuriones se colocaban en la primera fila de la primera línea. Tres manípulos formaban una cohorte; así, cada cohorte tenía 480 legionarios mandados por el centurión más antiguo. Como eran diez cohortes las que formaban una legión, cada legión constaba de 4.800 hombres; pero esto en teoría, porque siempre estaban sujetos a los rigores de la batalla, aumentando o disminuyendo su número dependiendo de las circunstancias. Por eso no es de extrañar que el número de efectivos aumentara hasta 5.500 o 6.000 si la campaña en cuestión así lo demandaba. A estos datos habría que añadir las aportaciones de tropas auxiliares reclutadas en las provincias, que en la práctica se equiparaban en número a las dotaciones legionarias. Por tanto, una legión en guerra podía alcanzar los 10.000 efectivos.

La legión se formaba en tres líneas: la primera tenía cuatro cohortes; la segunda y tercera, tres cohortes cada una; presentaban un frente de combate de unos trescientos metros de longitud. La virtud fundamental de estas tropas era su impresionante elasticidad, siendo capaces de realizar maniobras sumamente complejas sin perder la cohesión.

En el campo de batalla se podían agrupar diez legiones sin entorpecerse en cuanto a movimientos tácticos, mientras cada una mantenía su propia autonomía.

El liderazgo de una legión lo asumía un legado con un cuadro de mandos compuesto por seis tribunos y varios oficiales de prestigio. En ausencia del legado, el centurión de más alto rango ocupaba su puesto. Cada centurión estaba auxiliado por un suboficial encargado de la administración de la centuria; también existían portaestandartes y cornetas, que se encargaban de transmitir las órdenes sonoras.

El centurión de mayor rango de la legión era el *primus pilus*, que era el centurión de la primera centuria de la primera cohorte. Llegar a esta posición era la meta de todos los legionarios.

Dentro de la centuria, los legionarios se distribuían en grupos de ocho (*contubernium*); cada grupo llevaba una mula que portaba utensilios para la elaboración del pan y otros para la construcción del campamento fortificado.

Desde los tiempos de Mario, las legiones utilizaron las famosas águilas sagradas de plata. Cada legión tenía la suya, portada por el legionario más valiente; perderla suponía un deshonor y una penosa humillación; miles de legionarios lucharon y murieron por defender aquellas águilas, símbolo del poder de Roma.

Las legiones fueron diseñadas para enfrentarse a un enemigo superior en número. Los romanos siempre tuvieron esto presente, y subordinaron la táctica a la estrategia, consiguiendo brillantes resultados.

Con el tiempo, la primera cohorte de la legión dobló su número de soldados, llegando a tener casi 1.000 legionarios.

Poco a poco este ejército profesional se fue identificando con los líderes militares que lo dirigían. Eso significó en buena medida el derrumbamiento de la República romana, abocada, durante el siglo I a.C., a una suerte de conflictos civiles de los que surgieron caudillos carismáticos seguidos ciegamente por las legiones que comandaban: Mario, Sila, Sertorio, Pompeyo, Julio César... Finalmente, la llegada al poder de Octavio Augusto reestructuró la organización del ejército romano, sustentado ahora en legiones de ciudadanos romanos apoyadas por auxiliares de las provincias. Se estableció un período de servicio de dieciséis años, ampliado más tarde a veinte. En ese tiempo el legionario no podía contraer matrimonio hasta su licenciamiento, pero mejoró sus ingresos económicos gracias al aumento del *stipendium* y a una especie de paga extra llamada *donativa*, que se entregaba en momentos especiales como la conmemoración de una fecha o el reparto del botín capturado al enemigo tras una batalla.

En la era de Octavio Augusto («el que engrandece»), las dimensiones del ejército romano llegaron a ser descomunales. La victoria sobre Marco Antonio en Actium (31 a.C.) dejó al futuro emperador dirigiendo 50 legiones con no menos de 500.000 efectivos, incluyendo tropas auxiliares y marineros de la flota romana. Estas cifras generaban un gasto elevadísimo, que las arcas estatales soportaban a duras penas. Octavio, ante la gravedad planteada por este innegable problema, decidió licenciar a 300.000 soldados, repartiendo entre ellos magníficas tierras en las provincias coloniales. De ese modo, el número de legiones se redujo hasta 28, y pocos años más tarde, tras los desastres de Publio Quintilio Varo en Germania (año 9), la cifra sufrió una nueva rebaja, quedando establecida en 25 legiones. A la muerte de Octavio Augusto en el 14, la legión convencional romana contaba con unos 5.600 efectivos y el ejército llegó a disponer de unos 140.000 legionarios en armas, apoyados por otros 200.000 soldados auxiliares y marineros de la flota.

Durante los años imperiales las legiones crecieron en número y alcanzaron un total de 60 a finales del siglo II.

En esa época se dejaron de conquistar nuevas provincias, pasando a una defensa activa de las fronteras que delimitaban el imperio romano. Las legiones se establecieron por todas las marcas imperiales (*limes*). En los puntos más remotos y peligrosos se levantaron cuarteles, campamentos, fortificaciones..., defendidos por los legionarios romanos. Desde el siglo III, hasta la caída definitiva del Imperio romano en 476, las legiones resistieron el empuje de los pueblos bárbaros, hasta que

finalmente fueron arrolladas por los mismos. Con todo, la legión romana fue el arma más demoledora de su época, y los legionarios, los mejores combatientes de la antigüedad.

En el caso de Hispania, durante la etapa imperial se acuarteló en su pacificado territorio la VII Legión Gemina, en un lugar que desde entonces llevaría su nombre: Legio (León). El propósito de estas tropas fue el de custodiar caminos, minas y gentes romanizadas.

Desde 74-75, hasta su marcha, los de la VII Legión dejaron una profunda huella en las latitudes hispanas; sus guarniciones se distribuyeron por buena parte de la antigua provincia Citerior, siendo la auténtica policía de la época: intervinieron en la creación de censos, en la persecución de bandoleros, y sobre todo en la protección de las excelentes minas del noroeste peninsular. Fue una digna heredera de sus antecesoras, las mismas que lucharon contra los cartagineses, celtíberos, lusitanos, cántabros, astures, incluso contra los propios romanos seguidores de Sertorio, Pompeyo o César.

II

LOS GUERREROS HISPANOS

En un principio la península Ibérica fue habitada por celtas, íberos y celtíberos. Estas tribus vieron cómo durante siglos numerosos pueblos se acercaban a la geografía peninsular buscando el intercambio mercantil o el establecimiento de colonias: fenicios, griegos, cartagineses... Con todos ellos se negoció y con todos se guerreó, pero nada fue semejante a lo que ocurrió cuando llegaron los romanos. Entonces se desató la contienda más terrible de nuestra historia, doscientos años de masacres, genocidios y lamentos de unos nativos que tan sólo ambicionaban seguir viviendo en libertad. Roma explotó y colonizó Hispania aportando su indiscutible y luminosa civilización: un hecho que marcaría la idiosincrasia de los futuros españoles.

Aquellas tribus

La península Ibérica estaba poblada a la llegada de los romanos por un sinnúmero de tribus aglutinadas en tres grandes grupos étnicos: íberos, en el oriente y sur peninsular; celtíberos, en el centro; y celtas, en el noroeste y norte de la geografía hispana. Cada etnia se subdividía a su vez en decenas de poblaciones con nombres adecuados al terreno que habitaban. En este libro hemos descubierto tribus celtas y celtíberas como los arévacos, astures, autrigones, belos, cántabros, carpetanos, galaicos, lusitanos, lusones, pelendones, titos, vacceos, várdulos, vetones...; y otras íberas como los ausetanos, bastetanos, baleares, bergistanos, edetanos, ilergetas, oretanos, lacetanos, mastienos, turdetanos...

La economía que practicaban estos grupos era, en muchas ocasiones, precaria, limitándose a técnicas agrarias de autoabastecimiento y a cuidar pequeños rebaños ganaderos. No es de extrañar que la falta de tierras apropiadas para los cultivos

empujara a muchos hombres al servicio mercenario de las armas.

La combatividad de los guerreros ibéricos era famosa desde tiempos fenicios. En el siglo VI a.C., los cartagineses ya utilizaban a los íberos como tropa a sueldo en sus aventuras militares. Por su parte, los griegos, colonizadores del Mediterráneo central, se aprovecharon de las magníficas condiciones militares atribuidas a los hispanos para defender sus colonias sicilianas. Tanto los cartagineses como los griegos pujaron por el control de esta zona mediterránea occidental y en ambos casos se sirvieron de soldados provenientes de la península Ibérica.

En el transcurso de las guerras púnicas, numerosos contingentes íberos y celtíberos prestaron sus servicios a los cartagineses para luchar contra los emergentes romanos.

El soldado hispano se caracterizaba por su bravura y combatividad, y también por el cumplimiento de la palabra dada; siempre, eso sí, que el general que lo contratase supiera estar a la altura de lo prometido. Un hecho que llamaba poderosamente la atención con respecto a los hispanos era su famosa *devotio*, una fórmula clientelar que ligaba a los hombres con sus jefes mientras éstos se mantuvieran vivos en campaña. Esa especie de adhesión inquebrantable fue utilizada con frecuencia por algunos líderes militares romanos como Sertorio, Pompeyo o César para cumplir con sus planes de conquista.

Los guerreros ibéricos se alistaban en tal o cual ejército, tanto en pequeños como en grandes grupos, y servían durante largos períodos en los que intentaban acumular con escaso éxito toda la riqueza posible que les permitiera regresar a su tierra para disfrutar de un digno retiro. Bien es cierto que en casi todas las ocasiones las penurias, enfermedades o batallas hacían imposible esta pretensión.

Con todo, los guerreros íberos no concebían la vida sin sus armas de combate; nunca se desprendían de ellas, ni siquiera a la hora de su muerte, pues era costumbre entre ellos enterrarse con su bagaje militar para recibir los honores correspondientes en el más allá.

Sabemos que desde por lo menos el siglo VI a.C., la falcata, típica espada íbera adoptada posteriormente por los romanos con el nombre de *gladius hispaniensis*, fue el arma cuyo uso se hizo más popular. Era una espada sumamente cortante y mortal de necesidad si se introducía cinco centímetros en el cuerpo del enemigo. También existían armas arrojadas como jabalinas de hierro y madera, además de las famosas hondas manejadas por los pueblos baleares y arcos que se utilizaban preferentemente en la caza.

En cuanto a las defensas se usaban rodela, escudos, corazas y cascos de mayor o

menor poder, dependiendo de la condición social del guerrero que los portaba.

En tiempos de Aníbal, miles de soldados ibéricos prestaron sus servicios al brillante general cartaginés; lo acompañaron en su expedición italiana y lucharon en Iberia al lado de sus hermanos. Más tarde, los propios romanos tuvieron que contratar mercenarios celtíberos en 213 a.C. para combatir a los cartagineses en la península Ibérica; fue la primera vez que Roma hacía un desembolso económico de este tipo, pero la marcha de la segunda guerra púnica así lo exigía.



En ese período, los soldados peninsulares se ofrecían de tres maneras a los ejércitos contendientes: la primera —ya la conocemos— como mercenarios; también se aportaban contingentes para el conflicto según fuera la relación de cartagineses o romanos con las tribus a las que iban sometiendo. Finalmente, se encontraban las aportaciones militares de las ciudades federadas o aliadas que, de grado o por la fuerza, enviaban tropas al frente para mantener salvaguardada su independencia.

Una vez vencidos los cartagineses, Roma consideró oportuno quedarse en

Hispania y proseguir con su conquista. Ya hemos visto que no le fue sencillo y que tardó más de dos siglos en completar la total invasión de la península Ibérica. En ese tiempo, la potencia latina tuvo que combatir y derrotar a los hispanos tribu a tribu. La agresividad y amor a la independencia de los peninsulares quedó patente en interminables guerras, que acabaron por desesperar en algunos momentos a los metódicos políticos romanos.

En la primera fase de la conquista, los romanos guerrearon no sólo contra las tropas cartaginesas, sino que también se opusieron a etnias tan guerreras como los ilergetas; ya hemos visto en las páginas de este libro el ardor combativo demostrado por esta tribu establecida principalmente en los territorios de las actuales Lérida y Huesca, y cuyos jefes más renombrados fueron Indíbil y Mandonio.

Los ejércitos latinos avanzaron hacia el sur desde Cataluña, pasando por Levante y Murcia hasta llegar a la región andaluza, donde los romanos se encontraron con la presencia hostil de los turdetanos, auténticos herederos del pasado tartesio. Este pueblo no dudó en contratar mercenarios celtíberos para luchar contra el atacante romano. Aun así, los turdetanos fueron sometidos, quedando a principios del siglo II a.C. la Celtiberia como frontera natural con la zona ya anexionada por Roma.

Era el turno de vacceos, vetones, arévacos, lusones, lusitanos, titos y belos. Las dos contiendas libradas entre lusitanos, celtíberos y romanos fueron las más duras de toda la conquista. El particular modo de entender la independencia y libertad de estos pueblos hizo que el conflicto fuera permanente durante largas décadas. Mientras tanto, la zona íbera de la Península se iba romanizando con velocidad en un proceso sin retorno.

En el siglo I a.C., las tribus lusitanas y celtíberas ya habían sido asimiladas en su práctica totalidad por la civilización romana, pero aún restaba someter al inexpugnable territorio norteño. Durante ese período, las diversas guerras fratricidas entre romanos se trasladaron a la península Ibérica y fueron muchos los pueblos autóctonos que participaron en uno y otro bandos contendientes.

Los celtas hispanos mantenían particularidades tribales que los hacían distintos de otros pueblos ibéricos; nos referimos al régimen gentilicio (basado en lazos familiares), por el que las diversas colectividades mantenían vínculos indisolubles en cualquier aspecto de la vida cotidiana, bien fuera la siembra de terrenos, la cría de ganados y, por supuesto, la guerra contra otras poblaciones, o en este caso, ayudando o combatiendo a los romanos.

La sociedad celta estaba estructurada en forma piramidal: en la base de la pirámide nos encontramos la *cognatio*, o grupo de familias unidas por el parentesco

real o imaginado. En el estrato superior tenemos la *gentilitas* o asociación de algunas *cognatio*, mientras que en la cúspide hallamos la *tribu* o reunión de varias *gentilitas*. En teoría, la alianza de varias tribus nos daría como resultado el *populus*, esto es la denominación común que englobaría a la variedad de tribus establecidas en un territorio y que tan sólo se unirían en determinados y puntuales momentos, como en caso de guerra, para después disolverse sin más.

Durante los siglos III, II y I a.C., las guerras lusitanas, celtíberas o cántabras se convirtieron en el paradigma ibérico de la libertad. Se desarrolló por parte de los aborígenes un método de guerra desconocido hasta entonces y que dio magníficos resultados en una orografía tan compleja y sólo apta para los que la conocían; hablamos por supuesto de la táctica de guerrillas, una fórmula netamente hispana que dio a la popularidad a muchos jefes o caudillos tribales: valgan como ejemplo los lusitanos Púnico y Viriato o el cántabro Corocota, líder montañés que llegó a poner en jaque a las siete legiones de Octavio Augusto. Según se cuenta, este indómito guerrero se movía a sus anchas por montañas, bosques y sitios recónditos de Cantabria. Era como un fantasma que en la noche atacaba con sus hombres los cuarteles, campamentos y pequeños grupos de vigilancia. Lo cierto es que el frente cántabro se extendía por unos 400 kilómetros de longitud y eso suponía un grave inconveniente para unas legiones que debían combatir palmo a palmo al enemigo. Los cántabros, astures y galaicos lucharon ferozmente en la defensa de su tierra y protagonizaron gestas que luego fueron ensalzadas por los historiadores y geógrafos de la época. Aquí descubrimos una sociedad matriarcal donde las mujeres deciden un gran porcentaje de los acontecimientos que ocurren en la tribu. Son féminas que marchan a la guerra o se suicidan para no ser prisioneras de los romanos, luchan junto a sus hombres e hijos y asombran por su valor a los invasores. En el caso de los galaicos, existía una hermosa leyenda cubierta por tintes amazónicos en la que se narraba cómo las mujeres dejaban a sus parejas masculinas al cuidado de los poblados mientras ellas se dedicaban al arte de la guerra. También se pudo constatar en estos pueblos célticos que tras el nacimiento de los hijos, las mujeres cedían el lecho a los hombres para que fuesen cuidados con las más exquisitas atenciones; de alguna manera, estas costumbres matriarcales han perdurado en los rasgos genéticos de los territorios norteños.

Las guerras cántabras provocaron que el propio emperador se desplazase a la zona para solucionar de una vez por todas aquel incómodo obstáculo para la *Pax Romana*. En el caso del escurridizo Corocota, Octavio estimó que la cabeza del insurgente valía 250.000 denarios; una vez más, como en el caso de Viriato, los romanos optaron por

desembolsar fuertes sumas para eliminar rebeldes en lugar de emplear más legiones y, sobre todo, tiempo en su derrota. Para asombro del César, el mismo Corocota —en un ejercicio de valentía sin igual— se plantó ante el Augusto exigiendo la recompensa. Octavio, estupefacto por la osadía, pagó al guerrillero, dejándolo marchar en paz.

En fin, son las curiosidades de los grandes emperadores romanos.

En estos conflictos —casi siempre sin cuartel— se destacaron ciudades de imperecedero recuerdo como Numancia, Calagurris, Lucus..., plazas que optaron por una resistencia heroica y suicida frente al rodillo invasor romano.

En el año 19 terminaba la conquista de Hispania, y los guerreros hispanos pasaron a formar parte del ejército romano. Desde hacía tiempo, diferentes unidades se habían acreditado como fieles soldados al servicio de Roma. Los guerreros ibéricos se destacaron magníficamente en unidades de infantería ligera y caballería, y fueron utilizados por Roma en sus conflictos internacionales o civiles; en ese sentido, cabe mencionar que en 89 a.C., una *turma* o unidad de caballería conformada por 30 jinetes hispanos recibió al completo la ciudadanía romana por su valor en una batalla; el hecho quedó reflejado en el famoso Bronce de Asculum.

Y es que los soldados ibéricos demostraron ser magníficos jinetes que daban un trato exquisito a sus monturas, consiguiendo cierta perfección en el manejo de sus armas arrojadas mientras cabalgaban. El propio Aníbal utilizó con excelentes resultados la caballería íbera en sus campañas de Italia; valga de ejemplo la decisiva aportación de la caballería ligera en la batalla de Cannas.

Los romanos se beneficiaron ampliamente de las tropas auxiliares hispanas que servían en las legiones. Durante la etapa imperial, numerosas alas y cohortes reclutadas en Hispania marcharon a Britania, las Galias o a las fronteras danubianas y germanas para defender las posesiones imperiales. En la propia Península, la VII Legión Gemina, acantonada desde 74-75, fue integrada casi en su totalidad por autóctonos; ésta fue la última unidad legionaria establecida en Hispania. Tras su desaparición, la península Ibérica quedó a merced de pequeños ejércitos privados que poco o nada pudieron hacer ante las invasiones bárbaras de 409.

En resumen, la conquista de Hispania fue la acción más costosa para Roma: dos siglos cubiertos por guerras, matanzas y crueldades en los que las tribus ibéricas lucharon palmo a palmo en la defensa de su modo singular de entender la libertad y la existencia. Roma, en calidad de potencia invasora y colonizadora, se dejó en el camino miles de legionarios, pero sin duda le mereció la pena, pues muy pronto la Península se convirtió en el tesoro más valioso del Imperio romano. Una relación que duró más de seis siglos y que sin duda impregnó el alma y el ánimo de los seculares

habitantes de una tierra fundamental para los designios de la civilización más poderosa de la antigüedad.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- BALIL ILLANA, ALBERTO, *Historia social y económica, la España romana*, Madrid, 1975.
- BARKER, FÉLIX, *Grandes descubrimientos y exploraciones*, Club Internacional del Libro, Madrid, 1992.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA, *Historia antigua. Hispania romana*, Madrid, 1988.
- BLÁZQUEZ, J. M.; MONTENEGRO, A.; ROLDÁN J. MANUEL; MANGAS, J.; TEJA, R.; SAYAS J. JOSÉ; GARCÍA, L. y ARCE, J., *Historia de España antigua. II Hispania romana*, Editorial Cátedra, Madrid, 1995.
- CEBRIÁN ZÚÑIGA, JUAN ANTONIO, *Pasajes de la Historia*, Ediciones Corona Borealis, Madrid, 2001.
- CÉSAR, JULIO, *Guerra civil*, Ediciones Orbis, S.A., Barcelona, 1986.
- CONDE OBREGÓN, RAMÓN, *Las legiones romanas*, s.n., Madrid, 1976.
- CURCHIN, L. A., *La España romana: conquista y asimilación*, Gredos, Madrid, 1996.
- DÍAZ-PLAJA, FERNANDO, *La vida cotidiana en la España romana*, Edaf, Madrid, 1995.
- DURÁN RECIO, VICENTE, *La batalla de Munda*, Editorial Autor, Córdoba, 1984.
- ESLAVA GALÁN, J., *Historia de España contada para escépticos*, Planeta, Barcelona, 2002.
- GARCÍA MERINO, CARMEN, *Población y poblamiento en Hispania romana, El Conventus Clunienses*, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Valladolid, 1975.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., *El ejército romano en Hispania*, Archivo Español de Arqueología, Madrid, 1976.

- GONZÁLEZ ECHEGARAY, JOAQUÍN, *Cantabria antigua*, Ediciones Tantín, Santander, 1986.
- GONZÁLEZ ROMÁN, CRISTÓBAL, *El esplendor de la España romana: el Alto Imperio en la Península Ibérica*, Historia 16, Madrid, 1995.
- HALEY, MARK, *Aníbal aplasta al ejército de Roma*, Ediciones del Prado, Madrid, 1995.
- HERRÁN CEBALLOS, JESÚS, *Cántabros, un pueblo indómito*, Anaya, Madrid, 2000.
- HOMO, LEÓN, *Augusto*, Editorial Destino, Barcelona, 1949.
- KEAY, S. J., *Hispania romana*, Editorial AUSA, Sabadell, 1992.
- KOVALIOV, S. I., *Historia de Roma*, Editorial Sarpe, Madrid, 1985.
- LARA, E., y MONTENEGRO, A., *Hispania romana*, Club Internacional del Libro, Madrid, 1986.
- LIVIO, TITO, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, Madrid, 1994.
- MANGAS MANJARRÉS, JULIO, *De Aníbal al emperador Augusto: Hispania durante la República romana*, Historia 16, Madrid, 1995.
- MARTÍNEZ-PINNANIETO, JORGE, *Los orígenes del ejército romano*, Madrid, 1981.
- MONTANELLI, INDRO, *Historia de Roma*, Editorial Debolsillo, Barcelona, 2002.
- MONTENEGRO, ÁNGEL, *La conquista de Hispania por Roma*, Espasa Calpe, Madrid, 1982.
- PLUTARCO, *Vidas paralelas* (distintas ediciones).
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, JULIO, *Historia de las legiones romanas*, Signifer Libros, Madrid, 2001.
- , *Historia de las legiones romanas*, Ediciones Almena, Madrid, 2003.
- ZONARAS, JUAN, *Compendio de la historia* (distintas ediciones).



JUAN ANTONIO CEBRIÁN ZÚÑIGA (Albacete, 30 de noviembre de 1965 – Madrid, 20 de octubre de 2007) fue un periodista, escritor y locutor de radio español. Su obra literaria y los programas de radio realizados, especialmente *Turno de Noche* y *La Rosa de los Vientos*, fueron su principal fuente de éxito y reconocimiento.

Era conocido sobre todo por sus programas de radio, como *La red*, *Azul y verde* y *Turno de Noche*. En su última etapa 1997-2007 dirigió y presentó el programa de radio *La rosa de los vientos*, en la emisora española Onda Cero. Contó con dos máster en comunicación y realización de programas. Fue fundador y director de la revista *La Rosa de los Vientos* y participó en publicaciones como *Arqueología*, *Muy Interesante*, *Enigmas del hombre y del universo* y *Más Allá de la Ciencia*. Colaboró con el magazine dominical del diario *El Mundo* y con la revista *Historia de Iberia Vieja*. Además, fue director de la colección literaria «Breve historia» de ediciones Nowtilus.

La tarde del sábado 20 de octubre de 2007, Juan Antonio Cebrián falleció de un súbito ataque al corazón a la edad de 41 años. Poco después, Onda Cero emitió el comunicado de su muerte a la hora que debiera haber empezado el programa de *La Rosa de los Vientos*.